

Mixtape rosarino

CONVERSACIONES EN PRESENTE

Bárbara Pistoia (editora) | Lucas Canalda (intro)
Agostina Pozzi, aka candela, Amelia, Anaclara
Pugliese, Félix Leonel Peralta, Florencia Bianchi,
Gladyson Panther, Juan Manuel Robles, Julia
Enriquez, Julia Sabena, Lnt. Noire, Maite Millet
Maritano, Mal de archivo, Mariano Abrach, Matías
Vant, Mercedes Ianniello, Pablo Comas, Paula Aiello,
Pau Turina



CÁPSULA ROSARIO ARDE



Mixtape rosarino

CONVERSACIONES EN PRESENTE

Bárbara Pistoia (editora) | Lucas Canalda (intro)
Agostina Pozzi, aka candela, Amelia, Anaclara
Pugliese, Félix Leonel Peralta, Florencia Bianchi,
Gladyson Panther, Juan Manuel Robles, Julia
Enriquez, Julia Sabena, Lnt. Noire, Maite Millet
Maritano, Mal de archivo, Mariano Abrach, Matías
Vant, Mercedes Ianniello, Pablo Comas, Paula Aiello,
Pau Turina





CÁPSULA ROSARIO ARDE

Edición y corrección

Bárbara Pistoia

Asistente editorial y corrección

Sofía Ferro

Ilustración y diseño de portadas

Bárbara Pistoia

Síncopa Editora

sincopaeditora@gmail.com

sincopaeditora.blog

Instagram @sincopaeditora

© Bárbara Pistoia, 2026

© Síncopa Editora, 2026

Libro digital para descarga libre y gratuita en sincopaeditora.blog

Reservados todos los derechos de esta edición. Hecho el depósito que marca la ley 11.723. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso escrito del editor.



ÍNDICE

10

GPS para la lectura

Nota de la editora: metodología, libertades editoriales y propósito

13

Intro | Rosario no fue

Por Lucas Canalda

23

La menos maravillosa música

Por Juan Manuel Robles / Periódico El Eslabón

30

A mí me gusta acá

Por Maite Millet Maritano

35

El mito rosarino actual está sucediendo

Por Lnt. Noire

43

Rosario y la pausa

Por Julia Sabena

53

Algo que se mueve por niveles más profundos

Por Amelia

61 **El presente como coordenada**
Por Félix Leonel Peralta

68 **El secreto de la ciudad**
Por Gladyson Panther

75 **Make Rosario Great Again**
Por Paula Aiello

86 **Poesía y ciudad**
Por Anaclara Pugliese

93 **Nuevo Tango Rosarino, cultura en movimiento**
Por Florencia Bianchi

104 **La potencia del encuentro**
Por Mal de archivo

107 **las cosas que no conocés rozándote los pies**
Por candela cheres buigues / aka candela

113

Encender la noche, activar las calles

Por Agostina Pozzi

123

Elogio del quedarse

Por Julia Enriquez

130

Under y presente, divinos tesoros

Por Mercedes Ianniello

138

La ciudad que insiste...

Por Pau Turina

144

Historieta argentina desde Rosario: magia y hazaña

Por Mariano Abrach

155

Una ciudad que llevo puesta

Por Pablo Comas

162

La ciudad de las canciones

Por Matías Vant

- 175** **Bonus Track | Contextos**
La producción cultural en tiempos tiranos y precarios
- 178** **Ser inquilinx en Rosario**
Alquileres, vivienda ociosa, proyección de construcción
- 187** **Personas en situación de calle**
Nuevos desplazamientos
- 190** **La precarización de la vida**
Empleo y salario, costos de vida
- 196** **Cuando escucho “ciudad cultural” agarro mi billetera**
Por Bárbara Pistoia / Periódico El Eslabón
- 204** **GPS para ciudades extraviadas**
Por Bárbara Pistoia / Redacción Rosario (versión ampliada)



Luchamos ahora contra nuestros nervios
que antes nos sostenían
y ya se han vuelto extraños.
Corremos con el tiempo sin alcanzarlo nunca
mientras los nuevos indios pescadores
sentados en su orilla, ven poesía
en la forma que han tomado nuestros brazos
cansados de rodar.
—Beatriz Vignoli. “Liso Santa Fe”, *Árbol solo*
(Rosario: Ivan Rosado, 2017)

El pasado tiene que actuar en nosotros de una manera
interesante. No podemos no ser el pasado, pero no
podemos ser fantoches del pasado.
—Horacio González. *Otra trama*, TV Pública (26-06-
2021)



GPS para la lectura

Nota de la editora: metodología, libertades editoriales y propósito

Cada uno de los siguientes textos fue escrito bajo la convivencia entre la consigna libre y algunas guías estructurales. Esto significó invitar a cada autor/a a decir lo que quisiera, de la manera que lo quisiera, en tanto y en cuanto se comprendiera la intención del registro: hablar de Rosario hoy y romper la historia única. Salirnos de los relatos predominantes o institucionalizados, tan a mano para pensar a Rosario a través del canon como por fuera del canon, pero que en ambas direcciones se quedan en la lectura cómoda, aceptada, por lo que se termina dando vueltas en el mismo círculo complaciente y concentrado de siempre.

A partir de ahí, y con la posibilidad de irse por las ramas tanto como desearan, también se les presentó una serie de preguntas para que respondan con total libertad, incluso para que con total libertad decidan qué hacer con ellas, cómo usarlas, cuáles tomar o descartar. Porque la función de esta guía de preguntas no era que aparecieran literalmente respondidas, sino que los textos tengan un hilo conductor para poder plasmar su propósito definitivo: armar una radiografía lo más amplia posible —aún en el recorte que implica todo libro— de la cultura rosarina en la actualidad contada por algunos de sus protagonistas. Algunos eligieron tomar las preguntas y responderlas como entrevista, de ahí sale la prosa. Otros las tomaron como un disparador. En cualquiera de las formas,

las preguntas se multiplicaron y quedaron abiertas con la fuerza de saber que por ahí se colara otro tiempo nuevo. La conciencia de estar haciendo un futuro que nunca cae del cielo ni está por delante esperándonos, sino que lo estamos trabajando ahora mismo, reconociendo que todavía queda mucho pasado y presente por revelarse, conversamos apuntalando ese destino.

Para que este libro cumpliera su propósito, editorialmente tomamos la decisión de respetar al máximo no solo la voz propia de los autores, sino sus estilos y lo que fuera que propusieran para armar su texto. Por eso, verán todo tipo de licencias que terminan construyendo un verdadero mixtape de conversaciones lúcidas y profundas, a micrófono abierto, freestyleando, yéndose por las ramas, lúdicas hasta la victoria que sabemos que en cada página fuimos sembrando. Estas licencias editoriales, a su vez, lograron subrayar la complejidad de cada una de estas voces propias funcionando a doble mano: son testimoniales pero también testigos, son voces no gacetilleras ni autobiográficas en el sentido lineal, sino en relación y tensión con lo que la ciudad da, la ciudad quita, la ciudad ignora, la ciudad define no dar, incluso define regodearse en lo que no da, cómo la ciudad obstaculiza o impulsa. Es decir, son voces que van contando lo suyo y dejándose atravesar por cada capa que aparece cuando caemos en cuenta que pensar una ciudad es siempre pensar un proyecto de vida, más aún, de vidas en común, afectadas entre sí y afectivas, un devenir que no empezó con nosotros ni termina en nosotros.

Para poder ir un poco más allá del recorte inevitable que implica hacer un libro, se le pidió a cada uno de los autores que eligieran recomendaciones rosarinas de cualquier índole. Algunas recomendaciones aparecen dentro de los textos, a lo largo de las respuestas o de las oraciones, y otras veces estas recomendaciones aparecen por fuera, o de las dos maneras, es decir, parte del texto y como anexo.

Último, pero muy importante: este libro no tiene fines comerciales. Nadie cobró por escribir, editar, diseñar, por armar; nadie

puso dinero para que lo hagamos. Nace de reconocer la falta de un registro así, y bajo esa falta y urgencia se pensó para descarga libre y gratuita para facilitar y amplificar su alcance.

Consideramos que la conversación pública no es tan pública, que a diario nos cascotean con mucha información que contradice lo que vemos y vivimos. La misma conversación pública que también silencia, que no difunde, que no está contando ni mirando el acontecimiento cultural por fuera de la cultura oficial. ¿Cómo contrarrestamos ese aluvión de información vacía o parcial y de largos silencios? Bueno, entre tanto otro, con este libro.

Mixtape rosarino. Conversaciones en presente servirá como bibliografía para estudiantes, docentes, investigadores, pero también para periodismos, críticos y demás habladores culturales que todavía crean en la conversación pública diversa, descentralizada, incómoda, democrática. Para amplificar consumos culturales de los curiosos, para mapeo de gestores y productores de todo el país. *Mixtape rosarino* servirá para pensar no solo nuevas políticas culturales, vanguardistas y de encuentros que apuesten al involucramiento y al fortalecimiento del lazo social por sobre la participación entretenida y desafectada, sino, y sobre todo, es un trabajo que adhiere a nuevas formas de hacer política; y en efecto, muchos de los acá firmantes, como militantes, ya las venimos sosteniendo. Estas conversaciones son un aporte de valor a discusiones culturales, urbanísticas, políticas, sociales, económicas, y se estructuran, ni más ni menos, en toda la potencia luminosa que se desprende del derecho a la ciudad. De ahí el valor en sí mismo que este mixtape le da a lo anímico, porque una ciudad cansada es una ciudad extraviada.

Frente a tamaño esfuerzo y tan imprescindible resultado, Síncopa agradece la generosidad y la participación activa de cada uno de los trabajadores culturales que pusieron su voz/escritura, y destaca el respeto y el compromiso, el respeto a los tiempos, a los pedidos, a todo el trabajo editorial por detrás de lo visible y evidente. Dicho todo esto, ahora sí: play.



Intro **Rosario no fue**

Por Lucas Canalda

Hay una costumbre bastante extendida cuando se habla de cultura. Consiste en mirar siempre hacia el escenario. Las luces apuntan al músico, al actor, al escritor, a la artista que inaugura una muestra o al poeta que acaba de publicar un libro. Aplaudimos la obra terminada, celebramos el recital lleno, subimos *story* de la presentación y damos por hecho que todo eso apareció porque sí, como si la cultura fuera un fenómeno espontáneo, una suerte de generación espontánea.

Pero la cultura funciona bastante menos como un escenario y bastante más como un ecosistema.

Un recital no empieza cuando se enciende el primer reflector. Empieza mucho antes. Empieza cuando existe un lugar donde ensayar sin que una clausura llegue antes que el primer aplauso. Cuando hay un colectivo que todavía pasa de noche para que alguien pueda volver a su casa. Cuando una universidad pública forma actrices, poetas, músicos, escritores, docentes, artistas visuales y gestores culturales. Cuando un centro cultural resiste otro mes con la persiana levantada. Cuando una editorial independiente decide publicar un libro que probablemente nunca sea un éxito de ventas. Cuando una persona compra un fanzine sabiendo que, más que un objeto, está ayudando a sostener una práctica. Todo empieza mucho antes de que al-

guien diga “buenas noches”.

Eso es lo primero que deja la polifonía de voces que forman este *Mixtape*. Sus autores y autoras no hablan solamente de su obra. Todos, de una manera u otra, terminan hablando de las condiciones que hacen posible seguir haciendo. La conversación parece comenzar en la música, en las artes visuales, en la literatura o en la edición, pero rápidamente deriva hacia los alquileres, los trabajos paralelos, el transporte público, los espacios que cierran, las redes de afecto, la universidad, las políticas públicas, la precarización generalizada, la circulación de los libros, los recitales, la amistad y el tiempo. Como si todos y todas hubieran comprendido, desde lugares distintos, que el verdadero protagonista nunca fue el artista individual, sino la trama que lo sostiene.

Ahí aparece la primera ironía de esta historia. Rosario sigue siendo presentada, con razón, como una ciudad cultural. Lo curioso es que esa cultura parece sobrevivir menos gracias a las estructuras que deberían sostenerla que al empeño casi obstinado de quienes se niegan a dejarla caer.

Es una ciudad que todavía produce artistas en cantidades asombrosas, pero que al mismo tiempo los obliga a convertirse en gestores, productores, diseñadores, comunicadores, administradores y buscadores permanentes de recursos. El artista multitarea ya no es una excepción: se volvió la norma. El tiempo para crear empieza, casi siempre, cuando termina el resto del trabajo.

En estas páginas nadie se presenta desde la solemnidad. Nadie escribe desde el pedestal del artista incomprendido ni desde la comodidad del especialista que observa el paisaje desde afuera. No aparece el síndrome que es furor de nuestra contemporaneidad: el cantapostismo. Aquí todas las personas escriben embarradas. Desde la espalda arruinada que termina a las dos de la mañana de trabajar. Desde la feria que apenas alcanza para pagar la impresión del próximo libro. Desde la muestra organizada

entre complicidad y afecto. Desde la necesidad permanente de inventar formas para seguir haciendo. Esa coincidencia, repetida una y otra vez, termina componiendo un retrato mucho más elocuente que cualquier estadística sobre industrias culturales. Porque los números pueden medir cuántos recitales hubo en un año o cuántos libros se editaron, lo que difícilmente puedan medir es el costo humano que implica sostener una escena cuando casi todo conspira para volverla excepcional.

Rosario sigue produciendo. Esa nunca fue la discusión. La discusión es cuánto tiempo puede seguir haciéndolo bajo estas condiciones.

Este libro deja entrever una paradoja que resulta casi cruel. Cuanto más se achican las estructuras que históricamente sostuvieron la vida cultural —los espacios independientes, las políticas de largo plazo, los medios especializados, los ámbitos de formación, la posibilidad misma de proyectar un futuro—, mayor parece ser el esfuerzo individual que cada trabajador de la cultura debe realizar para compensar esa ausencia. Como si alguien hubiera decidido trasladar por completo el peso del sistema sobre los hombros de personas que, además de crear, tienen que aprender a producir, gestionar subsidios, negociar alquileres, diseñar piezas de difusión, cargar equipos, responder mensajes, vender entradas y esperar que, al final de todo eso, todavía quede algo de energía para escribir una canción, pintar un cuadro o editar un libro.

Aparecen, inevitablemente, dos puntos. El primero es un interrogante: ¿hasta cuándo es posible soportar? El otro, tiene una extensión de 341 kms. y se llama Ruta Nacional 9.

En Rosario, esa pregunta aparece de manera recurrente. No porque falten talento o proyectos, sino porque escasean las condiciones para convertir un oficio en una forma de vida. Entonces el exilio deja de ser una aventura y se transforma en una

una renuncia silenciosa. Algunos se mudan. Otros permanecen, pero abandonan su práctica. Otros la relegan a las noches, a los fines de semana, a los huecos que deja el trabajo que sí paga las cuentas. En todos los casos, la ciudad pierde algo. Porque el problema nunca fue que los artistas soñaran con irse; el problema es que, demasiadas veces, quedarse termina pareciendo un acto de heroísmo. Una ciudad que obliga a sus creadores a elegir entre su vocación y su supervivencia empieza, lentamente, a expulsar una parte de sí misma.

¿Se puso demasiado oscuro? Tal vez. Pero este *Mixtape* tiene una luminosidad abundante. No se trata únicamente sobre aquello que falta. Escriben, sobre todo, sobre aquello que permanece. En casi todos los textos aparece una palabra que nunca termina de ocupar el centro de la escena, pero que sostiene todo lo demás: comunidad.

No aparece necesariamente nombrada así. A veces hablan de amigos. Otras veces de colectivos, de bandas, de editoriales, de cooperativas, de universidades, de talleres, de escenas, de redes, de compañeros de ruta. Cambian los nombres, pero la idea permanece intacta: cuando las estructuras se debilitan, son los vínculos los que impiden que el edificio termine de derrumbarse. Ahí aparece lo sustancial de este libro. Nos recuerda que ninguna política cultural empieza en un despacho ni termina en un presupuesto. Empieza ahí donde una comunidad decide que todavía vale la pena reunirse para hacer algo que, visto desde la lógica del mercado, resulta completamente irracional: crear.

Crear. Sostener. Apostar. Proyectar. Contra todos los pronósticos.

Hay otra discusión que atraviesa estas páginas de manera más silenciosa, pero no menos importante. Es la discusión sobre el tiempo.

Toda ciudad construye sus propios mitos, y Rosario no es la ex-

cepción. Ahí están sus deportistas extraordinarios, el río, sus músicos ilustres, sus escritores imprescindibles, sus artistas que lograron trascender las fronteras de la ciudad para convertirse en patrimonio nacional. Y está bien que así sea. El problema aparece cuando la memoria empieza a ocupar el lugar del presente.

Rosario parece debatirse, desde hace años, entre el orgullo por lo que fue y la dificultad para mirar con la misma atención lo que está ocurriendo ahora mismo. Frente a cualquier conversación sobre cultura aparecen los mismos nombres, las mismas fotografías, las mismas canciones que ya forman parte del ADN de la ciudad. Como si la validación siempre necesitara venir del pasado. Como si hubiera que demostrar, una y otra vez, que Rosario alguna vez fue extraordinaria. Como si fuera un Sísifo condenado a cargar con su roca del lugar común, cuesta arriba y cuesta abajo, por toda la eternidad, extraviado en una inercia chauvinista que nadie parece atreverse a quebrar.

Pero basta leer estos textos para advertir que la pregunta ya no pasa por ahí. Nadie discute la importancia de aquella historia. Lo que muchos empiezan a discutir es otra cosa: ¿qué lugar ocupa el presente?

Porque mientras seguimos celebrando las gestas culturales que hicieron de Rosario una referencia nacional, hay una generación entera produciendo nuevas estéticas, nuevos lenguajes y nuevas formas de organización que todavía permanecen, en buena medida, fuera del radar. Escenas migrantes, editoriales independientes, colectivos interdisciplinarios, músicos que cruzan géneros con absoluta naturalidad, artistas que entienden la gestión como una parte inseparable de la creación. Un mapa mucho más diverso, más fragmentado, profundamente vivo.

La mayor responsabilidad de una ciudad que se piensa cultural no es únicamente conservar su memoria. Esa tarea ya la hacen los archivos, los museos y las canciones que sobreviven al paso del

del tiempo. El verdadero desafío consiste en desarrollar la sensibilidad política necesaria para reconocer aquello que todavía no tiene prestigio, aquello que aún no llenó teatros ni protagonizó documentales, pero que dentro de veinte años alguien recordará como el momento en que todo empezó.

Después de todo, ninguna escena nace consagrada. Todas nacen pequeñas. En una casa. En un bar. En un galpón. En una terraza. En una cocina. En una biblioteca. En una sala prestada. La diferencia entre una ciudad que produce cultura y una ciudad que simplemente consume su pasado radica, precisamente, en su capacidad para cuidar esos comienzos. ¿Cuántos de esos comienzos estamos nutriendo, narrando, o siquiera notando?

Un acierto de este *Mixtape* es que nunca reduce la cultura a una agenda de espectáculos. Parece una obviedad, pero no lo es. Durante demasiado tiempo nos acostumbramos a medir la salud cultural de una ciudad por la cantidad de recitales, festivales o muestras que logra programar en un calendario. Pero una ciudad cultural genuina no se mide por lo que programa. Se mide por lo que es capaz de sostener. Una biblioteca abierta, un taller que sobrevive durante años, una editorial independiente, un centro cultural de barrio o una escuela que acerca escritores y músicos a sus estudiantes producen algo mucho más difícil de cuantificar que una estadística de asistencia: crean comunidad y construyen sentido.

Por eso es complejo explicar el daño que provoca el deterioro de una escena cultural. Sus consecuencias nunca son inmediatas. El cierre de una sala no significa solamente una sala menos. El cierre de una sala implica menos encuentros, menos cruces, menos diversidad, menos pluralidad, menos aprendizajes, menos oportunidades para quienes todavía no encontraron un lugar donde mostrar lo que hacen. La falta de medios significa la imposibilidad de que una ciudad pueda narrarse a sí misma.

Por momentos, *Mixtape* es disperso y desparejo. Pero por eso es importante leer estas voces juntas. Porque todas, desde lugares muy distintos, parecen negarse a aceptar un silencio inevitable. Hay una idea que sobrevuela estas páginas sin necesidad de ser escrita: una ciudad no pierde su identidad de un día para el otro. La va perdiendo de a poco. Cada vez que un espacio cierra y nadie ocupa su lugar, cada vez que un artista decide irse porque ya no encuentra cómo sostener su trabajo, cada vez que un proyecto deja de existir no porque haya agotado su potencia creativa, sino porque agotó sus recursos: de esa forma se instala el silencio, poco a poco.

Sin embargo, sería un error terminar esta conversación únicamente desde la pérdida. Porque si algo demuestra este libro es que Rosario sigue siendo una ciudad profundamente obstinada. Hay una energía que ninguna crisis consigue extinguir del todo. Pero conviene no romantizar esa resistencia. Ninguna comunidad debería verse obligada a sobrevivir eternamente gracias al esfuerzo extraordinario de sus integrantes. La épica puede sostener una generación. Difícilmente sostenga una política cultural. Confundir resistencia con normalidad sería el error más peligroso de todos. Nadie puede ganarse la vida con su vocación de mártir cultural.

Este libro presenta un diagnóstico severo. Sería fácil leer estas páginas como un inventario de pérdidas: espacios que cerraron, políticas que se discontinuaron, presupuestos que desaparecieron, artistas que emigraron. Todo eso está. Sería ingenuo negarlo. Pero también está lo otro. Una cultura que aparece como una manera de habitar una ciudad, de discutirla, de imaginarla y, sobre todo, de negarse a aceptarla como un destino inmodificable. Cada acción cultural termina siendo también una forma de intervenir el espacio común. Acá, entonces, la obstinación. La de quienes siguen creyendo que una ciudad vale tanto por las conversaciones que todavía es capaz de generar. La de quienes entienden que for-

mar una comunidad lleva años y destruirla apenas unos meses.

La pregunta final es qué ciudad estamos dispuestos a construir para que esa cultura pueda seguir naciendo. Las respuestas no están completas ni son unívocas. Pero sí tienen un punto de partida compartido. Escuchar. Mirar alrededor. Reconocer al otro.

Rosario es una obstinación viva. Tiene espesor y profundidad expresiva, intelectual y afectiva. Rosario es una ciudad golpeada. Pero, ante todo, Rosario es una ciudad viva que todavía se anima a crear las condiciones para que algo nuevo ocurra.

Estas líneas se escriben en junio de 2026. La más reciente rendición de cuentas municipal reveló que la gestión de Pablo Javkin destinó durante 2025 más de veinticinco millones de pesos por día a publicidad y propaganda oficial. Al mismo tiempo, los principales e históricos medios de comunicación de Rosario —radio, televisión y prensa escrita— permanecen concentrados en un único grupo empresario, mientras el resto de los medios con mayor capacidad de alcance tampoco escapa a esa lógica de concentración.

En este escenario, cada voz que logra abrirse paso adquiere un valor que excede largamente su disciplina. Un libro ya no es solamente un libro. Una canción deja de ser apenas una canción. Un medio independiente, una obra de teatro, un ciclo de lecturas, una revista cultural o un recital son también maneras de disputar el relato sobre la ciudad. No porque toda manifestación artística deba convertirse en una proclama política, sino porque toda producción cultural, por el simple hecho de existir, amplía el campo de lo visible y desafía la comodidad de los discursos únicos. Toda hegemonía necesita convencernos de que no hay otra manera de mirar las cosas. Que la realidad es una sola, que los problemas son inevitables y que el futuro ya fue escrito por otros. Por eso la tarea de la cultura nunca consiste únicamente en producir belleza. Consiste, también, en multiplicar las voces, abrir preguntas, recuperar matices y romper el cerco que intenta reducir la com-

plejidad de una ciudad a una única narración posible: la de los lugares comunes, la de los slogans publicitarios, la de afuera hacia adentro y la de adentro hacia afuera.

Ahí asoma otra responsabilidad (otra más y van..) entre las páginas de este *Mixtape*: ensanchar la conversación. Hacer que aparezcan quienes todavía no tienen micrófono. Que las escenas invisibles dejen de ser invisibles. Que los márgenes empiecen a ocupar el centro de la discusión. Una ciudad se vuelve más democrática cuando cada vez más personas tienen la posibilidad de decir algo distinto.

Si hay una tarea que hoy resulta verdaderamente urgente, es precisamente esa: levantar y sostener nuevas voces. Es preciso romper el espejismo de que existe una única forma legítima de contar Rosario. Mientras haya alguien dispuesto a escribir, cantar, editar, pintar, diseñar, fotear, filmar, actuar, investigar o hacer periodismo desde los márgenes, la ciudad seguirá conservando la posibilidad más importante de todas: la de discutirse a sí misma.

Sobre Lucas Canalda

Rosario, 1982. Periodista, escritor y cronista cultural argentino, especializado en música, historieta, gestión cultural, industrias creativas y corrientes contraculturales. Con veinte años de carrera, trabajó en diversas radios nacionales, como Rock & Pop, Metro, La Red, Pop y Radio Gran Rosario. Fue redactor para medios culturales de Argentina, México, Venezuela, España y Chile. Cuenta con más de doscientas entrevistas internacionales con referentes de Europa, Latinoamérica y Estados Unidos. Desde 2016 es editor de la revista cultural transmedia *RAPTO*.* En 2026 publicó *Rosario es un eclipse*, libro que profundiza sobre la

escena cultural subterránea y las expresiones artísticas que resisten en la ciudad frente al capitalismo y la violencia sistémica. Su perfil periodístico se caracteriza por un enfoque de largo aliento, privilegiando las historias detrás de los artistas y los procesos culturales por encima de la cobertura del circuito comercial.

* rapto.com.ar

La menos maravillosa música

Por Juan Manuel Robles | Periódico *El Eslabón*

La primera forma de “Estado” surge por la necesidad de que los niños, las mujeres y los ancianos, no pudiendo cazar su propio alimento, tengan la posibilidad de alimentarse de todos modos. ¿A qué viene esta obviedad? A lo siguiente: el Estado tiene el propósito de equiparar las posibilidades, o al menos las oportunidades, entre los que más tienen y los que menos tienen.

Una realidad bien distinta nos arroja la utilización del Estado por parte del gobierno nacional, y a esa moda se suman el municipal (rosarino) y provincial (Santa Fe). Se suman o quizás fueron precursores de ella.

La misma lógica que rige en el neoliberalismo más extremo de la historia de la humanidad es la que impera en el Estado a la hora de tomar decisiones de gestión sobre cada aspecto de la vida de los rosarinos. La gestión de la cultura, por supuesto, no queda afuera de esta tónica.

La industria de espectáculos en Rosario muestra un mapa gobernado por Asfalto Producciones, dueños del C. C. Güemes, La Sala de las Artes y cogestores del Bioceres Arena junto a All Press, una empresa de producción de espectáculos que apuesta por propuestas internacionales y porteñas de alta convocatoria. Ambas son empresas privadas que cumplen un rol monopólico y clave en la actividad nocturna de la ciudad acaparando la mayor cantidad

de los recursos generados por los recitales en Rosario.

El estado provincial y municipal, por su parte, fomenta la actividad de ambas empresas privadas con una batería de acciones, tales como coproducir eventos con las productoras mencionadas, construir y otorgarles la concesión del primer estadio Arena de la ciudad, con capacidad para más de tres mil personas, y organizar juntos los festivales de verano públicos de la ciudad: festival Faro y Noches de Lunario.

En el caso del festival Faro, la participación (desde las sombras) de las empresas monopólicas se ve en la colocación de los artistas con los que suelen trabajar durante todo el año tanto Asfalto como All Press. Al convocar “productos” pertenecientes a agencias o mánagers del círculo de confianza de las empresas aportan al negocio que sostienen cotidianamente en sus tres salas de conciertos.

En el caso de las Noches de Lunario, organizado por el monopolio, los flyers de las distintas fechas tienen los logos tanto de la Provincia como de la Municipalidad, pero en ninguna parte de la información disponible se especifica cuál es la calidad de participantes de ambos gobiernos, no se sabe si acompañan, organizan, producen o sponsorean. Lo que sí se sabe es que la mayoría de las Noches de Lunario, para muchas de las cuales se cobra entrada, son en el anfiteatro municipal Humberto De Nito, un espacio muy recientemente vallado al que los rosarinos solían tener un acceso libre y propuestas gratuitas para disfrutar.

Además de este trato desvergonzadamente carnal entre el actor principal de la industria y el organismo que debiera regular la actividad industrial, la Municipalidad complementa este buen trato usando la Secretaría de Control y Convivencia, concepto orwelliano y lineal, como brazo armado contra la competencia potencial que pueda surgir a ese negocio redondo de festivales y recitales público/privados, cumpliendo una función de Estado/Empresa, e incurriendo en una competencia desleal, favoreciendo a los más poderosos y en detrimento de los menos poderosos.

sos. La Municipalidad utiliza los recursos públicos para favorecer los negocios privados del monopolio de producción de entretenimientos más grande de la región, exigiendo como única contraprestación que logren que la ciudad parezca volver a tener una actividad cultural que en realidad no tiene.

EL CANTO DEL PUEBLO ES UN RUIDO MOLESTO

Apenas se empieza a reflejar en los números o en la actividad de la gente un nuevo movimiento, con sus espacios culturales, sus expresiones artísticas y su potencia transformadora de la realidad, un verdadero ejército de inspectores municipales acude con urgencia ante alguna supuesta llamada de ruidos molestos a multar o clausurar el lugar, aludiendo falta de regulación. Son incontables los casos de centros culturales y salas de conciertos con una vida efervescente que fueron asfixiados hasta su desaparición. Uno de los más emblemáticos es el caso de La Chamuyera, una tanguería céntrica que albergaba toda clase de músicas y personas en las largas noches de milonga, rock, cumbia, poesía o lo que sea que el verdadero pueblo quisiera expresar.

Una noche fatal, algún vecino supuestamente harto de los ruidos molestos del local arrojó una botella de vidrio desde el balcón de su departamento, impactando en la cabeza de una chica que quedó en silla de ruedas. La inexplicable acción que tomó el gobierno rosarino ante este atentado fue cerrar el centro cultural. El agresor o la agresora nunca fue identificado y permanece impune.

¡A CASA QUE SE HACE DE NOCHE!

El caso de La Chamuyera es un ejemplo cabal del modelo de nocturnidad que la Municipalidad busca, el reino de las denuncias de ruidos molestos y la desaparición de las expresiones cultura-

les significativas y genuinas de sus ciudadanos. El gobierno logra su cometido: las calles de Rosario, inclusive las céntricas, son un desierto absoluto todas las noches, sólo vemos las veredas atestadas de gente tomando cerveza en birrerías artesanales (que parece que no provocan ruidos molestos), eso sí, con sólo gente del centro que vive a pocas cuadras de esas birrerías.

En caso de que las personas de los distintos barrios alejados del centro quieran acercarse a pasar la noche en Pichincha, el centro, la costanera, o cualquier otro lugar, deben gastar un dinerito en trasladarse en taxi o Uber, puesto que, en concordancia con el plan de desertificación de la noche de la ciudad, la Municipalidad deja sin transporte público a toda su población. Como bien sabe cualquiera, un fin de semana después de las diez de la noche ver pasar algún colectivo es motivo de pedir un deseo, y a la gente no le sobra el dinero como para andar pagando un taxi de más de veinte mil pesos desde el centro hasta alguno de los barrios periféricos de la Cuna de la Bandera.

De esta manera, en una movida magistral, así se mantiene la noche de Rosario, libre de aquellos delirantes que Charly García quería ver por ahí bailando en una calle cualquiera, y se ahorra en personal policial para controlar, se ahorra de poner en marcha una conectividad para hacer posible la actividad nocturna de la ciudad, se mantiene el *statu quo* del negocio del entretenimiento en dos pares de manos privadas con las cuales ya está todo arreglado, y por último, pero no menos importante, se controla quién sube a un escenario y qué es lo que se dice desde ese espacio.

Como Estado es una planificación perfecta: la gente sólo se concentra en tomar sus cervezas viendo si logra la simpatía de algún acompañante ocasional y no se alborota con las ideas estéticas y éticas que proponen las infinitas (y no exagero) expresiones culturales que tiene la ciudad, a pesar del esfuerzo que el gobierno compromete para que dejen de existir.

DIME A QUIÉN CONTRATAS Y TE DIRÉ QUIÉN ERES

En el caso de la música está muy claro el modelo, la idea de “La Muni” y “La Provincia” es subir a los escenarios pagados con el presupuesto público a artistas del mainstream porteño, al menos en su gran mayoría, y que tengan un mensaje lavado e inocente.

Sin realizar un juicio de valor sobre el arte de los demás, me atrevo a sugerir que escuchen a los artistas de las grillas del festival Faro o de las Noches de Lunario (¡que impresionantemente no incluyen ni a un sólo músico rosarino!): Zoe Gotusso, la banda de covers Koino Yokan (otro fetiche de la Municipalidad), Gauchito Club, Alejo, El Zar, Alan Sutton, Lisandro Skar, La Grecia, Silvestre y la Naranja, Facu Martínez o Nuestro Romance. Todas estas agrupaciones contratadas en los festivales Faro y Noches de Lunario tienen un mismo denominador: sus éticas y sobre todo sus estéticas están despojadas de toda crítica social o rebelión. Son pulcros, bonitos, hasta chetos, y cantan canciones que hablan de amor o de “tantos hoteles caros que me acostumbré”.

Y como siempre, están “el hijo de” o “el instagramero cuñado de” que terminan siendo quienes generalmente se benefician con gran parte del presupuesto de la Secretaría de Cultura para realizar recitales públicos. Todo queda entre amigos y familia, una fiesta del nepotismo y la oligarquía desvergonzada, ejercida abiertamente con fondos públicos.

NO ES TU CULPA, PERO PODES APORTAR

Es lógico que el público rosarino llene el festival Faro, bien organizado, con bandas de buen nivel técnico, al aire libre y con mucha gente, es un gran plan para cualquier laburante que quiere relajarse y pasar un buen momento. En eso triunfa la Municipalidad y el gobierno provincial, sacando un gran rédito político, haciendo parecer a la ciudad un polo cultural activo y al mismo tiempo controlando que el discurso que se desprende de los artis-

tas en el escenario no interpele ni subleve al público abordando temas de conflicto o crítica, manteniendo la paz social que tanto buscan imponer como logro del socialismo.

Es también lógico que alguien que trabaja ocho o doce horas por día no tenga tiempo de hacer una investigación exhaustiva para elegir qué contenidos culturales son los más adecuados para sí. De hecho, la gente ya casi no elige qué escuchar, lo cual lleva a casos como el de Spotify, que enfrenta un problema estructural con la proliferación de artistas ficticios creados para alimentar playlists adaptables al estado de ánimo buscado por los consumidores, reducir costos de regalías y maximizar beneficios dentro de la plataforma.

Sin embargo, el circuito alternativo es cada vez más grande, resiste y se expande contra la corriente de luchar no sólo ante el monopolio privado de Asfalto y All Press, sino también contra el gobierno provincial y el municipal. Allí es donde toma importancia la elección cotidiana de los ciudadanos: ¿vas a ir a ver a los hijos de los poderosos que acumulan cada vez más poder con negocios turbios, que comprometen fondos públicos para ganancias privadas, o te vas a arriesgar a investigar un poco más y a aventurarte a la vastísima oferta cultural construida autogestivamente por los verdaderos actores de la verdadera cultura de *una ciudad que busca que todo sea ropa de marca, canciones de amor y hoteles caros*?

Tu decisión define si la música DE ROSARIO sigue existiendo o se marchita condenada al ostracismo.

Publicado originalmente en *El Eslabón*
Edición impresa del 07/02/2026

Sobre Juan Manuel Robles

Periodista y músico. Voz cantante y líder en los Gay Gay Guys, batero en Los Altares, y con un proyecto solista titulado Los Robles. Además, participa de travesías colectivas, como el sello discográfico Rock Villero.

Recomendaciones rosarinas

Key Biscayne (trap) / Toba (banda) / Fundación EOS para la Infancia y Juventud / El Eslabón / Bon Scott / Distrito 7 / El regreso del coelacanto (banda) / Blizters (banda) / Denita (banda) / Rock Villero (sello discográfico)

Sobre *El Eslabón*

Es un periódico de dieciséis páginas fundado el 2 de septiembre de 1999 por estudiantes de Comunicación Social de la UNR. Es editado en la ciudad de Rosario por la Asociación Civil Cadena Informativa, y producido por la Cooperativa La Masa. Desde sus comienzos como publicación mensual, *El Eslabón* se propuso “fomentar la pluralidad informativa, la lectura y la cultura popular; con una absoluta amplitud política e ideológica, ajeno a tendencias religiosas o raciales, autónomo de cualquier organismo partidario inspirado en el respeto esencial a la ecología, el medio ambiente, la vida humana y sus derechos”. En abril de 2014, luego de quince años de vida, y unas cuantas mudanzas, *El Eslabón* se transforma en un periódico semanal. El 24 de marzo de 2026, a cincuenta años del Golpe Cívico Militar, sin abandonar la edición impresa ni ninguna de sus convicciones, lanzó su versión digital: elesla.com

A mí me gusta acá

Por Maite Millet Maritano

Llegué a Rosario hace algunos años para estudiar Bellas Artes y, desde un principio, mis referentes fueron todas las chicas que lo habían hecho antes que yo: las alumnas de años superiores, las ayudantes, las docentes, las gestoras, las artistas y las que eran varias de esas cosas al mismo tiempo. En especial aquellas que eran de ciudades pequeñas como la mía. Me cuesta encontrar referentes en personas que no están cerca mío, que no son parte de mi *aquí y ahora*, que no están atravesadas por circunstancias similares. De esos primeros años viviendo acá recuerdo el entusiasmo por observar, recorrer y estudiar la ciudad, las personas y sus modos de habitarla. Lo mismo aplicó a la escena del arte rosarino. Hambre voraz de aprehender y ser parte de algo por primera vez.

En los últimos años algunas de esas referentes fueron cambiando y otras se mantuvieron. Me gusta pensar en las referencias como amigas a las que les puedo pedir consejos, a las que puedo acudir para ver qué camino han elegido, qué decisiones han tomado. En casi todos los casos son polirrubro: artistas, docentes, gestoras y personas al mismo tiempo; de acá cerca o no tanto, por uno o varios motivos. De algunas tomo la irreverencia y no temor a ocupar espacio; de otras, la pasión y el compromiso hacia sus prácticas y contextos. En todas, el hecho de haber sostenido su entusiasmo en el tiempo frente a un mundo que no siempre hace que eso sea sencillo. Algunos nombres que siempre dan

vueltras por mi cabeza son Eugenia Calvo, Ana Gallardo, Fernanda Laguna, Liliana Porter, Sophie Calle, Louise Bourgeois.

Hubo, hay y (espero) habrá pequeños ingresos monetarios relacionados a mis prácticas artísticas, pero hasta el momento han sido, con suerte, sólo suficientes para que esas prácticas se solventen solas y no requieran una inversión extra. Me encantaría poder destinar más tiempo y dinero a mis proyectos, pero la mayoría del tiempo siento que es un loop interminable en el que los mismos veinte pesos de siempre van y vuelven. El mejor de los casos es cuando esos veinte pesos van para la entrada del recital de algunx amigx y después vuelven cuando me compran un fanzine. En el último tiempo he podido acceder a empleos temporales relacionados a mis estudios universitarios y prácticas artísticas, pero aún así los ingresos son tan escasos que no son suficientes para solventar la vida cotidiana.

La aparición de esta ciudad en mis producciones fue inevitable, las dinámicas citadinas y urbanas me sorprendieron y encantaron. Abundancia de personas, autos, comercios, basura y ruido. Mucho ruido, visual y sonoro. En gran parte, esa influencia tan directa se debió a que el llegar a Rosario habilitó algo que yo desconocía: la posibilidad de pasar un poco más desapercibida de lo que estaba habituada. Con el paso del tiempo eso se fue perdiendo, unx hace amigxs, amigxs de amigxs y amigxs de amigxs de amigxs. Ese anonimato, aunque fuera parcial, es crucial para desinhibirse y librarse de prejuicios heredados, experimentar nuevos modos de existir en el mundo. Siempre gusté de Rosario por eso.

Esa posición de *gustar de* y elegir un lugar habiendo nacido y/o vivido en otro habilita una mirada panorámica, simultáneamente crítica y compasiva. Lo que se da por sentado, los patrones y las tendencias que se repiten, llegando desde otro lado y teniendo otros puntos de comparación, se vuelven más evidentes.

Hay momentos en los que Rosario me expulsa, o mejor dicho, me encierra. Las calles son hostiles, las políticas públicas también. Hoy me encuentro contrariada, vivo y quiero a una ciudad

que no sé si nos quiere a mí y a mis amigxs. Si no fuera por los lazos y el sentido de comunidad que he podido construir con los años, hoy en día vivir acá sería insostenible, se respira una desidia generalizada que solo por momentos es interrumpida por algún atisbo de esperanza y alegría. Es el encuentro con otrxs lo que asegura que eso continúe sucediendo y que la desazón no prevalezca por sobre nuestro espíritu. De todos modos, me pregunto cómo es posible que existan esos momentos de encuentro cuando la ciudad en la que vivimos no nos contiene, y tampoco alcanzan las horas del día para hacerlo, porque la única forma de subsistir económicamente es tener varios empleos en simultáneo.

La Rosario que habito y en la que pienso es una en donde están mis amigxs y las personas que quiero, por lo que no tengo muy presente el relato histórico/cultural rosarino ni a esos personajes lejanos que alguna vez caminaron por estas calles. Quizás se deba a mi condición de *rosarina-por-adopción*, pero no pienso demasiado en eso otro, anterior. Noto que a algunxs *rosarinxs-de-nacimiento* les pesa más esa parte de la historia de la ciudad, y hay muchxs que lo sienten como parte de su identidad, pero no es mi caso. Hay otras historias y narrativas que me interesan más, que sucedieron en los márgenes, por fuera de los relatos hegemónicos, historias de personas que se salieron de la norma, que habitaron la ciudad de otra manera y que fui descubriendo con los años.

Si pienso en cómo sería una Rosario más amena, inmediatamente tengo que ampliar la visión, pensar en un panorama más nacional y anhelar políticas públicas gubernamentales que, en primer lugar, velen por los derechos de lxs ciudadanxs y, en segundo lugar, no se centren en vulnerarlos y desmantelarlos estructural, mezquina y maliciosamente.

A pesar de eso, resulta sumamente necesario que como artistas, músicxs, gestorxs, productorxs, poetas, autorxs, etcétera, encontremos la forma de que la persecución y la desazón que estamos atravesando no desmantele y debilite las redes interpersonales que sostienen la cultura de todos los rincones del país. Nos

toca insistir y resistir, aunque suene imposible e inabarcable, y para eso es esencial afianzar nuestra comunicación y articular mejor nuestros haceres.

Considero que se debería apostar a una construcción colectiva de la agenda cultural de la ciudad, con diversidad de interlocutores y una real apertura al diálogo. Proyectar una Rosario descentralizada, que democratice el acceso a espacios, herramientas, recursos y experiencias, que no demonice a sus propios agentes culturales independientes y que, por el contrario, los respalde e incentive. De ahí es que tejer redes resulta imprescindible: el individualismo se produce en personas que no se reconocen parte de una comunidad y, por lo tanto, no se involucran.

En los años que llevo viviendo acá he notado en algunxs *rosarinxs-de-nacimiento* una nostalgia heredada de años anteriores en los que Rosario invitaba a caminar sus calles y habitar sus espacios culturales. Rosario como ciudad entusiasta, defensora de sus artistas y productorxs, conectada con sus alrededores y el resto del país. En esa nostalgia sostenida en el tiempo se inhabilita la posibilidad de una visión clara del *aquí y el ahora*, así como la oportunidad de proyectar modos nuevos de hacer las cosas. Además, cuando desde las gestiones gubernamentales no se defiende a los artistas de una ciudad, es difícil lograr que la conversación pública no esté condicionada por discursos inquisitivos y estigmatizantes, complicando aún más que en la lucha por una Rosario más habilitadora y amena seamos cada vez más.

Las verdaderas redes de producción y difusión cultural, como en muchos casos, son sostenidas de manera autogestiva e independiente por personas que creen en esa lucha y que dedican su tiempo, sus recursos y sus conocimientos para que se mantengan. Cultura autogestiva e independiente como forma de resistencia contra un sistema que cada vez más intenta dismantelar el trabajo y la militancia colectiva. Por eso mismo, elegir estar y proyectar una vida en Rosario es una decisión política cuando unx está involucradx en prácticas y proyectos artísticos.

Además, resulta indispensable repensar nuestra relación con

la capital del país, por momentos aspiracional y paternalista. Y en cambio, apostar a reforzar los circuitos y los lazos que ya existen entre nosotrxs como rosarinxs y santafesinxs, así como con las demás provincias del país.

Vivo en Rosario y me encantaría que siga siendo así, a mí me gusta acá.

Sobre Maite Millet Maritano

Nacida en 1999. Artista y estudiante avanzada de la Licenciatura en Bellas Artes (UNR). Actualmente reside en Rosario y desde el año 2020 participa en exposiciones colectivas e individuales, festivales y ferias de arte, al igual que gráficas y editoriales.

Recomendaciones rosarinas

Bubis Vayins / Biblioteca y Archivo de arte contemporáneo
América Elda Nancy / Arde Libros / Princesa Tetrabrik / Sala
Reflejos / Movimiento Kiki Rosario / Isa Franco (la.nub3) / Camila
Vienna (atelier.compartido) / Feria Pliega / Ciclo de cine
Proyecciones Paralelas del Colectivo Cultural Archipiélago

El mito rosarino actual está sucediendo

Por Lnt. Noire

Cada uno de nosotros tiene sus propias referencias e influencias, y luego están las de la banda. Profundizando en ellas, la primera fue Channel Tres; su visita a la Argentina coincidió con el momento en el que estábamos comenzando nuestro primer disco. Y a nivel de producción, cuando arrancamos, escuchábamos mucho a Henry Wu y a Varnish La Piscine. En términos de composición: PinkPantheress, The Internet, Tyler the Creator, Paris Texas, Kaytranada y Mndsgn.

Las influencias a nivel internacional fueron creciendo a medida que avanzábamos en el proyecto, nos fuimos compartiendo referencias individuales —Liv.e, Reek0, Moodymann, Mike, Demae, muchos de la movida de Londres— que terminaron por moldear lo que estamos haciendo actualmente.

A nivel nacional nos costó encontrar algo más relacionado a lo nuestro, pero con el tiempo nos fuimos encontrando con colegas que estaban en una similar, como Tade Fonk, Franky93, MissLupe.



Nosotros, al ser un colectivo, nos desarrollamos singularmente como artistas que pertenecen a distintas escenas. Pedro está en la

escena del rap rosarino y de artistas haitianos, Lucio viene más del palo de las bandas alternativas y Juan viene del lado del jazz y de la movida del soul porteño. Como proyecto nos sumamos al colectivo Obligado, un grupo de artistas en Buenos Aires. También se nos abrieron las puertas dentro de la escena de la electrónica, tocando en festivales importantes, como Collage Universe, Pulsa o Vertientes.



Actualmente, Lucio y Pedro viven en Rosario y no piensan irse; de todas maneras, suelen viajar por trabajo, para tocar o pasar música. Juan vive en Buenos Aires por cuestiones de trabajo, pero le gustaría volver por cuestiones personales.

Pedro tuvo múltiples trabajos en los últimos años, y de todo tipo. No vive de la música. Hubo fechas que no pudimos aceptar por los trabajos que él tenía, y también hay trabajos que no acepta porque quiere tener tiempo para la música. Esta inestabilidad laboral afecta en varios aspectos, porque, desde estar ocupado todo el tiempo al hecho de no llegar a fin de mes, la preocupación por el dinero frena la creatividad.

Juan puede vivir 100% de la música y dedicarle gran parte de su tiempo al estudio gracias al apoyo de su familia. Esto le abrió las puertas en proyectos de Buenos Aires, donde la industria es más grande. Hoy se encuentra trabajando con varios proyectos, y esto, en parte, como laburo freelancer, es bastante caótico en términos de organización, entre giras y fechas que surgen sobre la hora. Sumado a vivir en Buenos Aires, la distancia y esta dinámica aportan al desencuentro con la banda.

Lucio vive un 50% de la música. A lo largo de los últimos diez años tocó en múltiples proyectos de Rosario y Buenos Aires. Traba-

ja, además, como productor musical, hace DJ sets, y organiza algunos eventos en la ciudad. Esto lo complementa con un trabajo en un almacén familiar.



De base, Rosario aparece en el nacimiento de la banda. Los tres integrantes somos reflejo de la cultura de la ciudad. El ambiente de la electrónica que está en auge, la nueva ola del rap rosarino, que tiene mucha importancia, y las diversas escuelas de jazz y agrupaciones de funk que vienen poblando la escena musical local atraviesan nuestro proyecto desde sus comienzos.

Si bien Lnt. Noire está sujeto a estructuras diversas, que tienen que ver con los géneros que tocamos (rap/electrónica), hay algo que prima: la canción. Esto está directamente relacionado con la cultura cancionera histórica de la ciudad.

Y otra clave fundamental en la banda es la multiculturalidad. Pedro pertenece a la comunidad haitiana, que ya desde hace varios años se asentó en Rosario y es cada vez más grande. Y en las letras de Pedro la ciudad aparece narrada a partir de sus experiencias cotidianas.

Más allá de la música y la composición, en esa relación cotidiana con la ciudad, hay días que Pedro se siente bien en lo que a la rutina respecta, y en pasear, ir al cine y consumir arte. Hay días que se siente integrado o parte del común social. Pero también hay otros días, aunque sea algo menos frecuente de lo que puede parecer, en los que la ciudad lo hace sentir como que no es parte de ella, por las miradas o comentarios de la gente.

Juan piensa que la ciudad, a pesar de un montón de defectos que tiene, es una ciudad amable, que tiene muchos espacios verdes, ofertas culturales y gastronómicas interesantes. Siempre y

cuando se mantenga un estándar de transporte y seguridad que hagan que la tarde y la noche sean viables.



Creemos que Rosario es un mito cultural en sí mismo. Más allá de estar tocando fuera de la ciudad y que te digan “qué buenos músicos hay en Rosario”, o “en Rosario son todos músicos”, en la ciudad hay una gran comunidad de proyectos creativos muy interesantes que en contraste con el tamaño de la ciudad, la poca cantidad de lugares que hay para tocar, la decadencia de los espacios de formación y el poco apoyo que tiene la cultura, llama la atención. La ciudad tiene escena y de calidad, como otras grandes ciudades del país, con sus propias contradicciones. Estaría bueno que la gente crea en el mito cultural rosarino actual, porque está sucediendo.



El principal problema de la ciudad es la falta de lugares para tocar y para desarrollarse creativamente. La mirada y la escucha del público local, en general, está puesta en proyectos de afuera o hacia las movidas culturales gratuitas. Es por esto que se torna muy difícil vender entradas u organizar producciones más arriesgadas. Creemos que tiene que ver, en parte, con una costumbre, y también con la situación económica actual. Y a pesar de lo compleja que es la situación actual, hay diversas propuestas artísticas en la ciudad, artistas muy diversos, centros culturales, comunidades y/o colectivos que activan mucho con los recursos que tienen.

Rosario no deja de ser una ciudad universitaria con variadas formaciones artísticas muy dignas.

Por otro lado, aunque muchas veces muy clientelistas, hubo gestiones de cultura en la municipalidad y en la provincia que dejaron sentado un estándar de propuestas culturales públicas, libres y gratuitas.



Hay mucho público que nos banca, también hay mucho público al que es difícil acceder. Rosario tiene nichos bastante herméticos, por los que es más complejo transitar. Aun así, recibimos mucho apoyo de la gente, nuestras canciones suenan en cafeterías y bares, hemos sido invitados en algunos medios y también tocamos en la mayoría de los lugares de la ciudad.



Rosario tiene una cultura muy consolidada, creemos que en parte tiene que ver con el puerto, la ciudad cosmopolita, las universidades, etcétera. Esto la convierte en una especie de capital con autonomía cultural. En contradicción, la subordinación que sufre Rosario con Buenos Aires se ve intensificada en lo que concierne a la cultura mainstream o mediática. Se suelen escuchar comentarios dentro de la movida musical como “toqué gratis y no fue nadie, y viene tal músico porteño y llenó”, o si no fuera por Radio UNR, ninguna pasa música rosarina actual. Ese tipo de situaciones generan una sensación de que nos ponemos el palo en la rueda a nosotros mismos. Es cierto que hay personas que se han hecho un gran espacio en la cultura rosarina desde acá, pero también existe una fascinación tardía por las personas que lograron hacerse un mínimo espacio en Buenos Aires.



Hay muchas “Rosarios”, en todos los sentidos, que no están siendo narradas. Nosotros vamos a hablar de lo más cercano en relación a lo artístico, y nos llega por Pedro y sus amigos. Se trata de la escena musical inmigrante, que una vez al año tiene un poco de luz en el Encuentro y Fiesta Nacional de las Colectividades pero luego desaparece. Es muy difícil que la gente se entere que sucede en esas escenas ya que no hay espacios para que ellos expongan su arte. Como una excepción, Pedro, Judetrunki (colega rapero) o Afro Zed (DJ) son parte de esas escenas y tocan en diferentes festivales y ámbitos de la ciudad.



La identidad cultural de Rosario es una contradicción, por un lado es reconocida como una de las ciudades culturales del interior, y, aun así, está muy sujeta a Buenos Aires. Si bien creemos que tiene su propia idiosincrasia, no terminamos de distinguir una sola estética, hay mucha diversidad. En cada época ha predominado, con mayor o menor intensidad, un estilo: el groove a partir del 2016, el rock alternativo en los 2000, o la trova en los 80s.

En las producciones culturales de la ciudad, las identidades que supieron hacerse un lugar y que lograron cierta hegemonía, se las ve presentes y con más apoyo que otras marginadas. Es lógico, existe una industria dedicada a eso, que su fin principal es mover gente y recaudar dinero. Por esa razón es muy complicado hacerse un espacio, es decir, que te escuchen, que te tomen en cuenta para poder mostrarte.

Sentimos que, tanto desde lo privado como desde lo público, se prioriza la estética que está de moda, lo superficial, así como también la cantidad de producción en lugar de la calidad y la innovación, que es lo que consideramos importante.

Sobre Lnt. Noire

Es una banda y un colectivo artístico, LNT Collective, de Rosario. Integrada por Pedro Lyricko, Chiljud y Lusio, tres mentes diversas que desde 2023 confluyen para generar un proyecto fresco, innovador y políglota, con letras que van del español al criollo haitiano, inglés o francés. Con un estilo que mezcla variedades de géneros de la música electrónica, desde afro house y broken beat, entre otros, con rap y soul jazz, apenas a un año de su nacimiento hicieron su debut discográfico. En 2024 lanzaron *Lnt. Noire*, un primer disco homónimo que los consolida logrando un fiel registro de su sonido, y que fue premiado como Mejor Disco del Año en la categoría Música Electrónica/Experimental de los Rosario Edita. Con varias presentaciones en su haber, Lnt. Noire ya cuenta con un historial de escenarios destacados a lo largo del país, con participaciones en las fiestas Pulsa, Collage Collective o Vicio y Fantasía. Además, han compartido escenarios con varios referentes del género, como Franco Cinelli, Deep Mariano, Vinocio, Rareshe o Matias Aguayo. La banda también integra el colectivo de artistas Obligado.

Sobre Juan Martín Duque | aka CHILJUD

Es un músico, saxofonista, flautista, cantante y compositor oriundo de Rosario. Actualmente reside en Buenos Aires y se formó en la carrera de jazz del Conservatorio Manuel de Falla. Integra proyectos como Vinocio, Lnt. Noire, Makumba, Chinwezz y Fer Moreno, además de colaborar con numerosos artistas nacionales e internacionales. Su propuesta musical recorre géneros como el jazz soul, el afrobeat y el house, atravesados por una fuerte impronta improvisatoria.

Sobre Lucio Sánchez | aka Lusio

Es un tecladista, productor, DJ y compositor oriundo de la ciudad de Rosario. A lo largo de los últimos años formó parte de diversos proyectos musicales, entre ellos: Gladyson Panther, Amelia, Lichi, Jimmy Club y Lnt. Noire. En marzo de 2021 lanzó *Soft Boys*, su primer trabajo discográfico, en colaboración con Chiljud. Un mes más tarde, publicó *Pop del Futuro y del Presente* junto a Gladyson Panther. En julio de ese mismo año presentó *Sombra*, su primer álbum solista. En 2023 editó *S-DAT 1*, un EP de drum and bass que cuenta con colaboraciones de Pedro Lyricko y Judetrunki. En 2026 comenzó a organizar, junto a Sebastián Montes, un ciclo de DJ sets en vinilo llamado La Escucha.

Sobre Max Pedro Gustave | aka Pedro Lyricko

Es un rapero y productor nacido en Haití en 1995 y radicado en Rosario desde 2014. Comenzó su recorrido artístico en las batallas de freestyle, aunque rápidamente se volcó a la escritura y a la exploración de distintos géneros musicales, como el rap francés y estadounidense, la balada francesa, el indie y el pop. En 2017 lanzó *Preface*, su primer mixtape de carácter autobiográfico. Luego llegaron *Blue* (2019), producido junto a Trato Grosso, y *Sezon Lapli*, su primer EP. En 2024 publicó *FakeSmile*, su tercer mixtape. Ese mismo año fue también el primer lanzamiento junto a LNT Collective, con colaboraciones de Chiljud, Amelia y Lusio. En 2025 presentó *Blue Caviar*, una compilación de canciones grabadas entre 2019 y 2025, su trabajo más reciente hasta la fecha.

Rosario y la pausa

Por Julia Sabena

Me cuesta distanciarme y pensar en lo que hago como parte de la cultura rosarina. Me cuesta pensarme en relación con la ciudad, sus mitos, sus ventajas y desventajas, problemas, si no es desde lo más atomizado y concreto de mi hacer particular.

Creo que la ciudad se cuele, se asume como lugar desde donde hacer, modula la textura de una voz para decir el mundo. Quiero decir que puedo hablar de mi experiencia como una especie de inexorabilidad rosarina. Rosario más bien como espacio que habilita. Portuaria, abierta, lugar de paso. Puedo hablar de mi trabajo y de la historia de Serapis, nuestra editorial, y que a través de eso se escuche un poquito de Rosario. Más que pensar la producción mirando a la ciudad, diría que me paro en Rosario para dialogar con el mundo. Me imbuye de esa mirada activa y curiosa que impulsa la vida rosarina, siempre a mano pero con cierta ventaja de segundona respecto de la capital.



Lo que me maravilla de Rosario es el río Paraná y la isla a dos pasos. Estoy a quince minutos del centro y de las librerías, y a quince minutos de la orilla para llegar a la isla en otros diez. Cualquier día, sin mucha más excusa que cruzarme a tomar una

cerveza y mirar a la ciudad de frente con el sol de la tarde.



No nací en Rosario, y me siento un poquito rosarina solo cuando estoy en Buenos Aires. Y este desapego me sirve para armarme mi propia tradición. Fito para mí es Buenos Aires, su rosarinidad la vi en la serie y en la memoria colectiva de la que no formo parte. El sustento musical es, en todo caso, para mí, el Chacho Müller, su música, sus letras. Su mítica propensión a la discusión. El Fander, no tanto como el mito de La Trova sino en esta línea que es la que evoca el paisaje entrañable de la isla y la implacable pobreza de sus habitantes. El Fander canta lo humano desde su rincón asombrado. Ahora mismo compone y graba canciones eternas que nos ennoblecen, canta su devenir para que el resto pueda encontrarse en él. Lo tuve de profesor, muestra de su generosidad y entrega absolutas, en otro gran espacio que supo tener Rosario, el taller de composición de la canción popular en la Escuela Municipal de Música. El Fander siempre facilita la aparición de nuevos artistas en escena. Y me lo cruzo en las marchas y en su ayuda activa, que nunca menciona y transita de manera incansable.

Eso es otra cosa que me abrió Rosario: militancia, luchas, trabajos colectivos intensos y sostenidos. Aparezco, todo lo que mi itinerancia me permite, en La Bartolina, un colectivo cultural y político abierto y potente, que tuvo mucho tiempo un local y en la pandemia se hizo insostenible. Ahora lleva adelante algunos eventos en diferentes espacios (bibliotecas populares, casas, El Trocadero, entre otros) e intervenciones, como en la marcha del 24 de marzo pasado, convocando previamente al armado de canciones para cantar marchando. Ahí se sumaron, por ejemplo, José Santucho y Julián Venegas, que protagonizan uno de los proyectos musicales más imponentes, Ambulantes. Entonces todas

esas músicas y poesías de las calles de Rosario están articuladas y presentes en el día a día.



Rosario es la ciudad que elegí siempre para vivir, y a la que volví cada vez que me fui. Durante más de una década estuve en CONICET, trabajé unos años en la UNL, y concursé y trabajé casi una década en la Universidad Autónoma de Entre Ríos como profesora de Literatura Española del Renacimiento y la Edad Media. Mis familias están entre Rafaela y Reconquista. La única netamente rosarina es la editorial, Serapis.

Dudé mucho sobre qué decir de Serapis y Rosario. Tenía miedo de que esta historia que voy a contar fuera demasiado subjetiva o parcial. Pero la emoción que me produce, y la sensación de verdad que hay detrás, vuelve periódicamente en estos veinte años a manifestarse. Y creo que es lo que tengo que contarme cada día renovando el contexto y las variables.

Serapis se gestó en el seno de Letras de la UNR, con la impronta de tres amigas que terminábamos la carrera y teníamos ganas de que pudiera haber otros libros circulando. Libros que ya no circulaban, otros que no tenían lugar para surgir, literaturas de las que no llegaba nada. No era una época con tantas editoriales independientes en acción, como ahora. Las había, emergentes, pocas. No teníamos muchas referencias en la ciudad; según recuerdo, más que Bajo la Luna, todavía rosarina entonces, y Beatriz Viterbo, con una veta más académica y de tesis. Creo que nos fijábamos en ciertos detalles de Adriana Hidalgo para terminaciones, web, etcétera.

Las direcciones fueron cambiando, veinte años son varias vidas cuando se nace sin un criterio propiamente editorial, al calor de un impulso creativo que todavía no se piensa en el circuito

económico. La presencia de Lucas Collosa durante varios años impulsó sin dudas la presencia de la editorial en el circuito de librerías de Buenos Aires y de ferias, impulso que resultó decisivo para la configuración actual de Serapis: por un lado, el centro fuerte de la distribución “nacional” (CABA, Buenos Aires, algunas provincias), por otro lado, el recorrido a través de muchas ferias y la presencia sin intermediarios en otros sitios.

La editorial nació en 2006 publicando una antología del poeta rosarino Héctor Piccoli, cuyos libros no estaban accesibles para quienes queríamos leerlo. Profesor de Literatura alemana en Letras, era una figura fascinante para nosotros, e intuíamos que algo de la POESÍA en sentido pleno se jugaba ahí. En este momento, otoño 2026, para celebrar un círculo virtuoso, está en imprenta la *Poesía reunida* de Héctor.

A los veintipico era difícil saber por dónde ir con un proyecto editorial así, puras ganas e ignorancia. En mi caso era el 2001, asambleas en la Facultad de Humanidades, movimientos estudiantiles emergentes y el tesoro de una alianza poética, política, amistosa con un puñado de profesores y profesoras que nos marcaron como generación: Piccoli, Sonia Contardi, Sonia Yebara, Claudia Caisso, Roberto Retamoso. Profesores y profesoras que hicieron del paso por la UNR una bisagra vital para el grupo de estudiantes que andábamos por ahí.

Los primeros pinitos editoriales tuvieron lugar ahí mismo: colaboramos en la editorial Bibliele en la edición de las *Obras completas de sor Juana Inés de la Cruz*. Entre asados en el club de pesca, asambleas en la escuela de Letras, tertulias de lectura y vino, marchas por la educación pública y ciberpayadas se forjó Serapis.

Me detengo en esta escena fundadora porque espero que, como un tatuaje, me siga señalando un centro para lo que hago. No tengo mucho para decir sobre mi trabajo sino el modo en que trato de que se escuchen todo lo posible las voces que merecen ser

escuchadas.



Un día, siendo estudiante de segundo año de Letras, fui a la casa de Héctor Piccoli en una misión: buscar un libro suyo que le habíamos pedido para regalar a un amigo. Nos dijo que sí, sin conocernos. En medio de mi timidez me hizo pasar, me invitó a sentarme con él en la computadora y “ayudarlo” a decidir cuál era la mejor terminación para un verso endecasílabo que lo tenía a mal traer. Me costaba decidir si estaba loco o tenía una grandeza difícil de asimilar, con esa centralidad en la escucha, tanto de la poesía como de la palabra ajena.

Sus clases generalmente versaban sobre algo muy mínimo: una poesía, un fragmento. Y a partir de ahí los grandes temas: la muerte, la condición humana. En el medio, acentos de versos, el Barroco, las perspectivas narradoras. Se ponía todo a consideración, se escuchaba, se discutía. El profesor se hacía preguntas que no siempre podía responder pero que nos compartía. Entonces, algunas conclusiones: la palabra implica pensamiento. La amplitud de herramientas de lenguaje implica capacidad argumentativa y de entendimiento general. Hacer libros implica un compromiso enorme.

Durante aquellos años (2002-2010) viví todas estas experiencias como algo natural que una aprende de sus maestros. De lo que fui dándome cuenta después, y ratifico ahora, es de que no todo el mundo se cruza con gente así. La responsabilidad con la que esa gente trabajaba con la palabra y vivía la docencia es una marca que nunca voy a llegar a agradecer suficiente. El accionar de ellos era minucioso y silente, pausado y generoso. Su compromiso con la sociedad se traba absolutamente con el compromiso con la palabra, con la experiencia literaria significativa y compartida en

esos mínimos actos. Todos enseñaban a partir de la poesía, para volver a ella. Siempre. En el aula, en el club de pesca, al calor del vino en una casa.

En el transcurso de estos años publicamos libros, propios y traducciones, de algunos de ellos. Hay libros que necesitan mucho tiempo para crecer, como un árbol. Y entonces, firmes y sólidos, se proyectan en el tiempo. Ellos ya lo sabían, porque era su modo. Nunca apuraron. Algunos, como los ensayos de los filósofos de la naturaleza del Romanticismo alemán, quedaron en texto durante seis años mientras buscábamos entender cómo era la mejor manera de que se hicieran libro. Otros, poesía erótica francesa del siglo XVI, amasaron su traducción por una década y media.



En mi ámbito se lidia con una aceleración que, huelga aclarar, es parte de la situación global, y tiene que ver con la mercantilización de la educación y de la cultura, con el discurso individualizador y alienante que tiene a la hiperproductividad como objetivo, con el vértigo como modalidad (para leer, para escribir, para escuchar, para mirar, para consumir, para vivir).

En este contexto, resulta muy difícil poner a circular algo que necesita detenimiento, que no tiene un efecto inmediato, que se quiere lento. Creo que algo fundamental y diario con lo que lidio es eso: querer andar este tiempo, entender sus herramientas, aprender de ellas, sin resignar lo sustancial, lo que puede ser incómodo sin la etiqueta prestigiosa de lo contestatario. Cómo silbar bajito una melodía que llegue a quienes les pueda venir bien.

La dinámica de la vida rosarina tal vez ayuda a poder darme el tiempo de respirar un libro, de pensarlo en el catálogo, de evaluar la presencia de paratextos o afines. Estoy hablando en relación a Buenos Aires y los ritmos de cada una. Esas pausas que

significan las frecuentes estancias en la isla, caminatas por la costa, la andadura cotidiana por esa parte de la ciudad ayudan, intuyo, a que el pulso se mantenga a raya. Quizás estoy equivocada. Varias veces pensé que tal vez para la editorial sería mejor estar en Buenos Aires, muchas cosas parecen fluir mejor y más rápido allá, y cada visita arroja visibles resultados. Tras cierta consideración, sigue siendo Rosario el punto justo.

A partir de eso, sin romantizar el oficio, busco armar el catálogo, intentando lograr un movimiento intempestivo en la escena cultural que transito. No de trascendencia sino de diálogo. En este sentido, poner a circular textos que propongan perspectivas diversas a las de circulación más masiva es uno de los desafíos más grandes. Incluso en el interior del ámbito de la edición independiente, hay una agenda central y periferias. Mi gran desafío es intentar encontrar el equilibrio para lograr una presencia entre el público lector. Por momentos, incluso, conformar un lector armando un catálogo que se sostenga en el tiempo y que yo pueda respaldar con convicción.

“Conformar un lector”: siempre pensé que eso era una abstracción rimbombante y hace unos años me di cuenta de que formamos parte de este momento histórico en el que la cantidad y calidad de editoriales argentinas tuvo mucho que ver con la cantidad y calidad de público lector argentino, junto con la educación pública, la tradición editorial que nos antecede, las revistas literarias, etcétera.



Antes del 2019 mi actividad y mi ingreso principal era CONICET (con el tema del gongorismo peruano del siglo XVII). En 2020 puse a Serapis como centro, activando todos los resortes posibles. Hubo un tiempo en que pude vivir de esto, más un puchito por la

docencia. Digamos 2021 hasta el 2023. Durante 2024 y 2025 los ingresos de la editorial (mayormente las ferias, los pedidos de librerías de acá y de afuera, la liquidación de la distribuidora) eran el 80%. Este 2026 arrancó muy muy difícil, veremos cómo sigue todo, recién empieza a moverse (ahora mismo estamos en plena Feria del Libro de Buenos Aires).



Creo que mis referentes actuales son mis colegas cercanos, aspectos de cada uno de ellos, quienes construyen y sostienen su catálogo con muchísimo esfuerzo y compromiso.

Si bien me gusta conocer y admirar a esos editores próceres, como Alberto Burnichón o Divinski, para mi caminar cotidiano me sirve el intercambio amoroso y cercano con mis compañeros de ferias, especialmente Ramón Tarruella, editor de Mil Botellas, de La Plata, o Daniel Lipara, que reúne a la vez ser poeta, traductor, y fue editor en Bajo la Luna, también con mi amiga y cofundadora de Serapis, Guadalupe Correa.



Poder trabajar de manera coordinada en diferentes ámbitos con otras editoriales de Rosario es un privilegio que me da esta ciudad. Las charlas en viaje, en ferias, tan ricas para mí, con los colegas de Neutrinos sobre temas varios, el trabajo conjunto sobre un texto y la posibilidad de aprender de gente con muchísima experiencia y amor por lo que hace, como los amigos de la Editorial Municipal de Rosario, la gestión colectiva de un stand con Casagrande y Último Recurso, es un tesoro para cualquiera que se acerque de este modo a un oficio.

De la misma manera valoro también el trabajo de la gente que

trabaja hace años en el sector de las industrias creativas culturales en la provincia, que atraviesa gestiones y proyectos pero está ahí siempre con una palabra amable y una ayuda en la medida de las posibilidades. Las docentes del Olga Cossettini y de la Escuela de Sociales que invitan a las editoriales de Rosario a formar parte de sus actividades, de sus lecturas, para conformar una pista de circulación que nos vincule en tanto cultura y sociedad. Las y los periodistas que buscan dar un lugar a la producción de la ciudad. Lo cierto es que cada uno de esos actores hace lo posible dentro del marco acotadísimo que le dejan las condiciones en las que puede desarrollar su actividad.

Los suplementos culturales desaparecieron o se redujeron al mínimo, los nuevos que fueron surgiendo sudan sangre para sobrevivir de manera autogestiva, los docentes buscan el resquicio para hablar de literatura, los escritores para hacerla. Refinería, con el Refi y Esquina (en una ochava efervescente, una movida de muestras plásticas, lecturas, músicas), pugna por abrirse como un nuevo polo cultural, con las dificultades generales a las que se suma el transporte público deficiente.

No sé si sé decir qué le falta a la ciudad. Se acotó también la posibilidad de la noche. Se podría mencionar que le faltan más o mejores políticas para las industrias culturales, pero antes que nada políticas inclusivas en general, menos represivas y más centradas en la educación y la cultura; bibliotecas públicas, orquestas, comedores, escuelas. No es nada nuevo lo que digo ni particular de Rosario, aunque la presencia policial y la clausura de espacios de inclusión están en primer plano en cada calle de la ciudad. Se va configurando otro mapa, otros recorridos, más exclusiones y más refugios, una bomba de tiempo.

Es difícil en ese contexto enlistar los perjuicios al ámbito editorial o cultural, cuando los resultados a nivel vital están tan a la vista.

Sobre Julia Sabena

Egresada en Letras por la Universidad de Rosario, donde también se doctoró en Humanidades y continuó el posdoctorado con investigaciones sobre las manifestaciones poéticas en Perú virreinal y el gongorismo americano. Concursó y dio clases de Literatura española del Renacimiento en la UADER durante nueve años. Entretanto cofundó y sostuvo editorial Serapis en Rosario desde 2006, participando en residencias, coloquios, cursos, ferias (de editoriales independientes, como la FED, EDITA, INVIERNO, TILDE y otras ferias del país, y también afuera, como la de Guadalajara, San José de Mayo en Uruguay, y la Furia del Libro en Chile). Llevó adelante durante varios años en Rosario el ciclo *Lost in translation*, que nucleaba a diferentes actores del proceso de traducción literaria para poner en diálogo cuestiones de políticas editoriales, políticas de traducción, talleres, etcétera. Dirige, además, la colección Tatakúá, de la editorial universitaria cartonera Vera, de la Universidad Nacional del Litoral.

Algo que se mueve por niveles más profundos

Por Amelia

Mi referencia inmediata siempre fue mi hermano Fermín. Hoy es productor y artista, pero antes tocaba el bajo en bandas de rock psicodélico, como Camello, con Agustín Pati Muntaabski (productor y guitarrista de Los Cristales y Jimmy Club) y Gabriel Tano Rosignoli (baterista de Suave Lomito, Jimmy Club y mi proyecto, Amelia). Yo siempre iba a verlo con mi familia, tenía una gran admiración por él y por lo que hacía. Después, ya de adolescente empecé a escuchar artistas como Twenty One Pilots, Halsey y Aurora, y con ellos fue, capaz, la primera vez que me sentí identificada con un estilo o un sonido. Eso me permitió encontrar un lugar no sólo de disfrute sino de inspiración creativa, empecé a ir a canto y pedí que me regalen un ukelele. Así escribí mis primeras canciones, con lo familiar, la adolescencia y una estética ansiosa/soñadora muy a flor de piel.

Cuando empecé a tocar fue otra cosa, la dinámica cultural de una ciudad corrompe un poco tu consumo global-segmentado, *lollapaloozero*, y eso está bueno. Porque en aquello, las referencias visuales/sonoras se vuelven chatas, no pasan por el tamíz de la experiencia, son más una cuestión sensorial abstracta. Con esto no quiero decir que en el encuentro con la música, y el arte en general, no se produzca algo inexplicable en uno, sino que hay algo que se abre, un camino que se esclarece, cuando se conquista

el lenguaje artístico para retratar lo que vivimos, la experiencia cotidiana.

Partiendo de la base que toqué por primera vez, luego de haber sacado un EP de cuatro canciones con ukelele, en una fecha a la que me invitaron Pablo Holsman y Gladyson Panther en Berlín, estoy segura de que si no me invitaban nunca me hubiese imaginado tocando arriba de un escenario. Hoy admiro y aprendo de proyectos cercanos, como Cundo y Las Aventuras, Bubis Vayins, Cyberangel, Princesa Tetrabrik, entre otros, porque logran capturar pensamientos y sensaciones muy particulares y aún así fuertemente identitarias de una comunidad local. Me resulta más poderoso y más conmovedor. Y me gusta pensar que la ciudad sigue teniendo ese poder, aunque después escuche Cameron Winter todas las mañanas o vaya a un festival para ver a Primal Scream y Massive Attack, hay algo que se mueve por niveles más profundos cuando veo ciertas bandas rosarinas. Eso me inspira, me transforma, y afecta directo en mi manera de hacer, escribir y crear.



No vivo ni jamás viví del arte. Antes sí cobraba tocando en recitales, tanto en producciones públicas como independientes. Hoy con suerte se puede recuperar algo de lo que se invierte en la producción de una fecha, si no se va a pérdida. La fantasía mayor siempre fue vivir del arte, luego encontré la Licenciatura en Gestión Cultural de la UNR y me gustó imaginar la posibilidad de trabajar en la cultura desde otras áreas. Actualmente, estoy cursando tercer año con el apoyo de mis padres. Hoy trabajar en cultura parece una fantasía, desde todos sus aspectos y en todos los sentidos que implica la palabra fantasía.



Hoy me interesa escribir sobre la ciudad, es una de mis búsquedas actuales. Me interesa pensar en la particularidad de los lazos y las dinámicas que se arman en esta ciudad. Cómo altera los deseos, los sueños. Qué conexiones encuentro entre la historia del territorio y las reflexiones del presente.

Tengo sentimientos muy opuestos respecto a la ciudad. Por un lado, el contexto actual de la ciudad me deprime enormemente. Me angustia. En especial, durante estos meses, con los crecientes problemas edilicios de la Facultad de Humanidades y Artes; en la inactividad nocturna; en los precios elevados de los consumos básicos, y los no tan básicos; en el estado emocional de mis cercanos, ya sea por cuestiones sociales o económicas, y principalmente en la dificultad para proyectar y pensar en el futuro. Por otro lado, mis amistades y las distintas comunidades que me rodean son las que me permiten encontrarle sentido a ese contexto, y me hacen pensar en maneras de transformarlo.

Me siento también muy conectada con la historia de Rosario, con los sueños truncos del pasado o maneras de imaginar la ciudad que se perdieron en el tiempo. Conocer esas ideas y experiencias, reconocerlas como patrimonio cultural e intelectual local, me revela cosas. Como si al recuperarlas y compartirlas con amigos podemos entender mejor el espacio que habitamos, por ende, alimentar nuevas ideas para su transformación.



Me pasa que siempre banco las cosas con mística. Para mí hay música ya identitaria de la ciudad que carga una mística enorme, como canciones de Fandermole o los primeros discos de Fito, porque remiten a una época particular de Rosario, o incluso a una época particular de la vida de uno, y reencontrarse con esa música te traslada directamente a ese contexto. Lo que no banco

es usar estas creaciones apelando a la nostalgia como recurso para generar convocatoria en un evento porque se sabe que eso es seguro y funciona. Creo que es peligroso, porque alimenta una idea y un discurso de que es lo único con posibilidad de trascendencia en Rosario en términos artísticos. Creo que el presente puede presentar similitudes con el pasado, pero es necesario difundir y fomentar interpretaciones o creaciones artísticas específicas de nuestra actualidad.



La falta de espacios culturales independientes y el cierre de los que hay es un problema concreto que imposibilita trabajar y desarrollar nuestras prácticas culturales y artísticas. Hay una decidida falta de espacios y fomento para la cultura independiente. No hay un plan de política pública a largo plazo, que estudie y comprenda a todos los sectores y permita el crecimiento de artistas, proyectos y producciones pequeñas para posibilitar el desarrollo de una industria cultural local. No le falta únicamente una política de financiamiento, aunque esta sea más que necesaria, se trata de un análisis concreto de las dificultades y potencias de la cultura local en todos sus aspectos, de entenderla como un engranaje fundamental para el fortalecimiento de la ciudad.

Otro problema con el que nos encontramos es el freno del consumo cultural y sus diversos agentes, ya sea por recesión económica o por la devaluación simbólica y concreta de la cultura por parte del Estado.

En consecuencia, otro obstáculo con el que lidio es la falta de presupuesto para invertir en mis proyectos.



Creo que a todos nos ataca la nostalgia a la hora de pensar en el futuro, y de una forma u otra recurrimos a lo que ya funciona. Capaz es la sensación de que todo lo que conocemos puede desaparecer de un segundo a otro, porque sucede; los espacios cierran, las organizaciones se desarman y los artistas se mudan o se deprimen. Coincido con Lucrecia Martel cuando dice que hay que inventar un futuro que nos guste. Creo que como ciudad, culturalmente, tenemos que cambiar la mirada.



Disfruto de las propuestas que ofrecen espacios culturales públicos, como el Museo Castagnino y el Museo Marc (ahora cerrado por reformas), también del Cine El Cairo. De las propuestas independientes, las de El Club (@elclub.ros), un club de artistas y espacio de talleres y muestras, y las cooperativas, como Refi Comunidad y Hevale.



Me siento parte de la escena de artistas independientes, pero particularmente conecto mucho con ciertos lazos que fui creando a lo largo de los años con varios artistas y proyectos de la ciudad, tales como Las Aventuras, Bubis Vayins, Gladyson Panther, entre otros. Hay algo casi espiritual que me une a ellxs, en conversaciones o en la forma de crear, como una visión, que me hace sentir contenida y en comunidad.

Como parte de esa escena independiente en la visión más general, creo que el aspecto más dañino que compartimos es la incapacidad de organizarnos y la tendencia a pensar en los problemas de uno desde la individualidad, sin entenderlos como un conflicto más amplio que debemos atender en conjunto.

Lamentablemente, no somos artistas que viven solos en el medio de la montaña, nos toca estar en esta ciudad, y para que esta ciudad tenga un movimiento diverso y activo creo que es necesario unir herramientas y hacerlo de manera colectiva. Nosotros somos parte de la política cultural de Rosario; las acciones artísticas también son acciones políticas que pueden transformar culturalmente nuestra ciudad.

Siempre digo que es imposible seguir creando en esta ciudad sin volverte gestor de una u otra forma, sin involucrarte en las problemáticas que obstaculizan nuestro crecimiento. A no ser que tengas mucha plata o tengas un vínculo con alguien de poder en la ciudad. Yo rescato ese aspecto, como más autogestivo, que encuentro en muchos artistas y proyectos de la ciudad, más allá de los géneros y disciplinas. Algunos se hacen los vagos pero tienen las cosas claras al momento de participar en un espacio/fecha/movida, y hay una instancia de reflexión previa, desde donde también se ve afectada la visión que uno tiene para el desarrollo general de la cultura.

A esta ciudad llegó mucha gente con hambre por construir un futuro mejor. Algo de ese estado mental, como decía antes, creo que sigue incidiendo en el pensamiento y la manera en que actuamos, como una actitud hereditaria.



No siempre veo la identidad de la ciudad en la producción cultural. Hay estructuras que actúan desde otras lógicas más mercantilistas o tradicionalistas que ocupan una porción muy grande de la producción cultural local. Mi análisis es que esas cosas tienen fecha de vencimiento, pero que, a su vez, nos perseguirán de por vida como fantasmas, con otros nombres u otros formatos.



En términos mediáticos, toda producción que no sea de carácter oficial no está siendo narrada. No aparece. Si bien existen medios independientes, predominan los que apoyan los discursos y los proyectos del oficialismo.

Siento apoyo y apertura en medios como *Radio UNR*, *Brindis TV*, algunos periodistas de *La Capital* y *Página 12*, pero principalmente destaco el trabajo de *Rapto* y a su periodista Lucas Canalda.



El tamaño de la/s escena/s en Rosario es significativamente menor a la/s de Buenos Aires, justamente por la cantidad de personas y actores que participan en el campo cultural. Creo que en Buenos Aires existen muchos más espacios y escenas para movilizar la música de uno. Sin embargo, la concentración de distintos géneros y ámbitos que se produce en Rosario genera una sensación similar a la de la experiencia secundaria. Si bien existen escenas y comunidades diferentes, el encuentro inevitable con proyectos y personas muy distintas a uno, a mi parecer, provoca un cruce y una conversación mucho más interesantes que lo que puede suceder en una ciudad más grande y segmentada.

Después está el tema de los recursos y las estructuras, que abundan más en Buenos Aires que en Rosario, se lee un mercado un poco más dinámico en la industria cultural porteña. Acá los recursos o estructuras pueden ser los que brinda el Estado o los que se construyen colectivamente mediante lazos. Si hay un mercado privado en Rosario, al menos en el ámbito de la música, los artistas locales que logran ingresar se pueden contar con los dedos de una mano y más bien se prioriza invertir en traer artistas de Buenos Aires o alrededores.

Vivo en Rosario y me encantaría quedarme acá, pero igualmente me dan ganas de vivir en otra ciudad en algún momento para abrir un poco el espectro. Por ahora me interesa recibirme y seguir desarrollando lo que construyo en la ciudad.

Sobre Amelia

Integra la escena de artistas independientes rosarinxs desde su adolescencia. Con sus raíces en el pop, el rock y la electrónica, crea junto a sus amigxs distintos universos artísticos, año tras año, llevando la fantasía y la sensibilidad como bandera por los escenarios de Rosario. En su último disco *ONÍRIKA* (2023), nos transporta hacia un espacio onírico y fragmentado, tomando como inspiración su tránsito por las vías del arte en un mundo capitalizado, abarcando temáticas antagónicas como el amor y el odio, el inconsciente y lo terrenal, la vida y la muerte. La producción colaborativa toma elementos de la música pop, indie, electrónica, psicodélica, trap, entre otros, dando como resultado un sonido potente y luminoso. Actualmente (2026), se encuentra grabando su próximo disco, inspirado en la escena subterránea de la cultura rosarina.

Instagram: @amelilium

Spotify: Amelia

Más links: linktr.ee/amelilium

El presente como coordenada

Por Félix Leonel Peralta

Estos últimos meses no estuve en Rosario, sino en Tokio, donde todavía me encuentro. Se me rompió el e-book y mi conexión con la literatura de mi patria ocurre a través de una notebook, cosa que es bastante perjudicial porque me encorvo para leer y no puedo ir a la cama, que es mi lugar favorito de lectura.

Últimamente me encuentro con gente escribiendo sobre los familiares fallecidos como una forma de recuperar un pasado que ya no existe. En la mayoría de los textos, la figura de esa persona está ligada a un oficio "de antes", como puede ser la costura, la carpintería, o el simple acto de escribir a mano, que sin darnos cuenta cae en desuso a ritmo paulatino, más si pensamos en la escritura cursiva, por la que con gusto tomaría clases de caligrafía para recuperarla en mis cuadernos personales.

Cuando digo que me cruzo con gente hablando sobre familiares que no están, en realidad, me refiero a poemas que leo por internet de autores contemporáneos. Se podría hablar de que en los poemas de publicación reciente se repite de forma constante una elegía posmoderna que no solo se lamenta la pérdida, sino también la incapacidad de suceder a la persona muerta porque en el mundo ya no hay asidero para esa actividad que el familiar honrado realizaba. Esto denota un pesimismo generacional. La incertidumbre por culpa de la situación económica es materia de

todos los días y la poca representación que recibimos de nuestros líderes políticos nos vuelve esquivos y propensos a la fuga de un pasado en el que se supone que fuimos más felices.

Sin embargo, en mis cercanos que gustan de escribir poemas esta nostalgia no la encuentro con la misma fuerza que en otras partes del país. Todos, a su manera, están comprometidos con la porción de vitalidad que les toca y con las personas con las que comparten espacio y tiempo. En nuestra ciudad abundan eventos literarios, revistas, talleres y pequeñas y medianas editoriales. También se puede sentir el calor pleno de las fotocopadoras de la ciudad imprimiendo fanzines una y otra vez. Si se gusta de leer, en Rosario se está en un buen lugar. La factoría local goza de un vigor enorme y las carencias con las que vivimos no nos vuelven nostálgicos, sino más activos. Existen una ambición y un entusiasmo generalizado que no nos hacen sentir las pérdidas. Y espero que sigamos así hasta que se nos consuma la vela de nuestra existencia.

Hace poco fui a un festival de poesía acá en Tokio y al mencionar que era de Rosario una italiana mencionó al Festival Internacional de Poesía de casualidad. Y es indiscutible que dicho festival es un núcleo que nos reúne a todos al menos una vez al año, tanto a los que disfrutamos de esa serie de días como a aquellos que no comparten y polemizan con el criterio de los organizadores a la hora de elegir poetas y editoriales.

La polémica, la polémica, la polémica. Desde que participo en la comunidad poética siempre vi pujas producto de una mezcla entre desacuerdos estéticos y envidias por la suerte ajena. Cuando me empecé a acercar como púber a las lecturas de poesía había dos veredas bien marcadas: la del estilo lírico que buscaba llevar al verso hasta el artefacto preciosista, y por otro lado, la de un habla más coloquial y directa, que se obsesionaba con mantenerse

fresca y joven para siempre. Allá, por 2010, el asunto se vivía con cierto tenor que hoy roza lo ridículo. La gente discutía y se faltaba el respeto no escuchando al otro, o levantándose de su asiento en sonora indignación. Qué tiempos. Los mayores te ponían a prueba para ver si lo que escribías valía la pena, y uno como “joven poeta” se sentía el dueño de una verdad escrita por la mitad.

Como siempre, la juventud es un perfume que todo el mundo quiere respirar de cerca, más si tiene tintes de promesa, y por este factor siempre había espacio para leer, sea un evento importante o en un micrófono abierto. Rosario disfrutaba de la primavera kirchenrista y el otoño macrista con mucha belicosidad, o al menos yo así lo sentía. Y viéndolo desde el hoy, ese pasado se siente abundante. Sin embargo, había una necesidad auspiciosa de ocupar un centro, de pensar que había una sola verdad a la cual el resto debía presentar un respeto solemne.

A mi me tocó vivirla desde la Escuela de Letras de Humanidades, entre las filas de Ala letra, que era una agrupación estudiantil. Teníamos un fanzine llamado *La Cosa Misma*, que nos permitía participar de encuentros con proyectos editoriales y revistas literarias. Y aunque había mucha tensión con todo aquello que no venía de “Letras”, sin embargo, también había gente que se ocupaba de que nos viéramos la cara seguido a pesar de las infundadas diferencias. Pienso principalmente en espacios como Mercado Solidario y el Trocadero, o en la labor de Roberto García y compañía de juntarnos a todos los pendejos de aquel entonces.

Hoy lo recuerdo con cariño y con una importancia al menos personal, porque una vez pasada la efervescencia de las malas miraditas entre los que éramos “de la facu” y los que no, puedo decir que el haber estado cerca de los otros me permitió valorar proyectos tales como *El Corán y el Termotanque* (“experiencia

indefinible” según sus propios hacedores, pero que todavía tiene rastros en la web como para descubrir de qué va), la editorial Pesada Herencia, y *Revista Apología*, entre muchos otros. También recuerdo con mucho cariño la librería Laguna en el segundo piso del Pasaje Pan, en la que conseguí revistas de *Unión y Amistad*, las ediciones de Danke, Neutrinos e Iván Rosado. No iba muy seguido que digamos, pero sí recuerdo algunas lecturas y homenajes a escritores que se hacían con sus asistentes sentados en los pasillos del local repleto de libros. También me gustaría mencionar a La Pulga Renga, que fue una de las primeras editoriales de la ciudad de las que tuve una sentida colección.

Pero con la crisis las cosas cambiaron. El mundo de posibilidades en apariencia se estrechó y la gente está más cerca, no sé si hermanada, pero más unida. Mientras que los eventos no se superpongan se irán a todos. Lo que importa es estar. Hasta el que no quiere estar, está. Y la razón de que esto ocurra es por el amor que se le tiene a esta ciudad. Y ese amor nos lleva a escribir mucho sobre ella y vivirla la mayor cantidad de tiempo posible. Vivimos gracias a la épica que significa recorrer las calles repletas de luces incandescentes y por el refugio que encontramos en las amistades y en los proyectos que nacen a partir de ellas.

Hace poco Julia Enriquez abrió el blog *El under de las emociones*, una suerte de diario en verso que refleja mucho amor por Rosario. En una de sus entradas, con mucha razón, dice que “Salir de noche es una militancia”. En esta ciudad somos animales nocturnos que nos gusta llevar a cada evento hasta las últimas horas de la madrugada. En eso nos mezclamos con otros grandes especímenes que son los músicos, nuestros héroes mitológicos contemporáneos. A falta de soldados y guerreros, muchos actualmente escribimos sobre la música y sobre quienes la hacen. También aprovechamos la plasticidad del verso libre para dotarlo de una

sonoridad que lo acerque a un tema musical. Y siempre se dan invitaciones de músicos a tocar en eventos literarios y cada tanto se cuele una lectura entre una fecha de grupos musicales. Pienso en los poemas de Felipe Hourcade y Matías Vazquez en la búsqueda que encuentro en ciertos poemas del primero y en el oficio del segundo como cronista de recitales. También pienso en cómo el poema “Poesía Popular”, de Anaclara Pugliese, es un manifiesto y una expresión de deseo de muchos que escribimos con la intención de ser parecidos a nuestros hermanos musicales.

Con respecto a la amistad y a la calle me gusta pensar en un conjunto de poemas de mis amigos que se comunican entre sí formando un plano de la ciudad trazado con diversas emociones. Puntualizo un primer poema de Anaclara y la perspectiva que le da Flor Giusti en un segundo, figurando una misma secuencia ocurrida enfrente del Cine El Cairo; “el Para Elisa” inconfundible que aparece en el poema resacoso de Manuel Bozzo. El poema que Fidel Maguna le dedica al cruce de Francia y Brown y al tren que por ahí pasa, que le hace reencontrarse en sueños con un poeta que ya no está. El 110 del poema de Manuel Díaz, que bien podría ser cualquier colectivo de la ciudad. También pienso en el poema “Los bares”, de Bernardo Orge, que ocurre en un auto con una madre sin hijo y unos hijos sin madre. Otra motorizada es Fer Jurado, que toma a Rosario como su destino y nos habla de pueblos que tantos se parecen al suyo. La ciudad se cuele por todos lados y nunca bajo el prisma del recuerdo, sino de un constante presente que nunca lo dejará de ser una vez puesto en versos.

Y aquí reside nuestro gran mito cultural Rosarino que contrasta tanto con la recurrente nostalgia a esa Rosario ochentera que ya no existe, y que tanto clamor recibe por los medios tradicionales. A pesar de tener grandes referentes musicales en el siglo pasado, hoy preferimos a nuestro under musical como banda

sonora de nuestro oficio y de nuestra vida. Y con respecto a la poesía, seguimos leyendo mucho el pasado, obvio, pero escuchar lo que hoy se escribe nos envicia. Por eso hay tantos ciclos de lectura: Detectives Salvajes, de Ernesto Gallo y Felipe Hourcade; Óxido y Suburbio, de Luna Victoria y Agustina Gastaldi; el Slam de Poesía Oral de Rosario; Un lugar limpio y bien iluminado, del grupo El Sol; el ciclo literario y formativo Proyecto Urbanístico, y me quedan muchos afuera, incluso el que organizo yo. Los eventos nos acercan a las publicaciones independientes y fundan una relación directa con los poemas del otro sin tantos ambages.

Los poemas en esta ciudad gozan de muy buena salud y todavía hay mucho para hacer. Por suerte esta fiesta tiene asiento para todos. La ventaja de escribir es que no se necesita mucho para hacerlo. Nuestras hojas no necesitan de un flete para ser llevadas. Esto hace que sea accesible y es una clara ventaja frente a los músicos que necesitan de una buena infraestructura para cantar en vivo. Hasta un pícnic en medio de la noche puede ser un evento de poesía.

Esta accesibilidad tiene como contracara que no sea tan fácil vivir de la escritura, aunque no es imposible. Gracias a la voracidad de leer me acerqué a otro idioma como lo es el japonés. Actualmente me gano la vida dando clases del idioma y en un futuro tengo pensado armar talleres de literatura japonesa, sirviéndome de traducciones que estoy haciendo desde el país del sol naciente. Siempre hay una forma de salir adelante con este oficio y sus derivados. Muchos dan talleres, otros corrigen y tienen sus propios proyectos editoriales. De alguna u otra se sale adelante. Pronto volveré a Rosario y la ilusión de poder seguir buscándole el agujero al mate me tiene ansioso, pero ilusionado. Y creo que esa condición de estar siempre en la búsqueda es la que nos mantiene despiertos, y con más ganas de leer y escribir.

Sobre Félix Leonel Peralta

Nació en 1994 en Rosario. Cursó Letras en la UNR y es profesor de japonés. Editó varios fanzines de poemas entre los que se encuentran *La gran limpieza*, *23 en 1* y *Afinación en re dada*. Actualmente está viviendo en Japón y escribe sobre su experiencia fuera del país en un diario/crónica que se publica por *Revista Belbo*.

El secreto de la ciudad

Por Gladyson Panther

Empecé a componer, a grabar y a producir mis canciones en 2016. Aprendí a hacer todo eso solo, jugando con la netbook de Conectar Igualdad. Durante ese verano, cuando mi familia se iba al club, como yo ya no iba, me quedaba solo en mi casa y ahí empezaba a jugar. Todavía me daba mucha vergüenza, así que era algo que hacía bastante anónimo y lo mantenía todo en secreto.

No tenía mucha referencia en lo que estaba haciendo. Tenía 13 o 14 años, era bastante chico así que por eso también se me hacía difícil encontrar alguna referencia con la que me pueda sentir identificado. O sea, era consciente de Rosario y su historial de bandas, tipo Cielo Razzo o los Killer Burritos, muy de ese estilo, consagradas. Pero no me quedé en eso, me mantuve siempre curioso. Y al poco tiempo de empezar con esas grabaciones muy primitivas descubrí Bandcamp, y ahí sí se abrió un mundo. Empecé a escuchar un montón de música, a buscar, conocí muchos proyectos independientes que me re marcaron el camino, que me ayudaron a moldear un poco el recorrido, a hacerme entender que se podía hacer música de manera independiente y que no hacía falta ser Cielo Razzo ni los Killer Burritos. Como que había algo más, y con eso más que había era con lo que me sentía más identificado.

De Rosario, pienso ahora en los Daddy Rocks, Mi Nave, La Metamorfosis del Vampiro. Pero también están Perras on the Beach, de Mendoza, Mitimitis, de Chile. Otra banda que me encantaba era Mizuki Amapola, de Córdoba.



Actualmente no vivo de la música, como la mayoría de los artistas independientes. Aunque sí logro financiar gran parte del proyecto con los shows y el merchandising. Después trabajo en la zapatería de mis abuelos que es lo que también me permite llevar la vida de artista independiente y la vida de ser humano, ja, la de todos los días. Como que puedo equilibrarlo bastante.



Hace unos días hablando con Cyberangel y Amelia, ellos me decían que no sentían que mi música sea muy rosarina. Y ahí me di cuenta de esto: hay algo del dramatismo o de la solemnidad rosarina que elijo no mostrar. Al menos en lo que se termina publicando. Siempre que hago una canción y sale muy solemne, la retiro.

Pero igual sí siento que la ciudad aparece en mi música, aunque sea algo muy por momentos. Tal vez aparece más como una herramienta que contextualiza, la ciudad para pensar cómo y dónde se gesta mi obra, y no como el eje central de una canción.

También creo que en cualquiera de los casos, por lo menos desde mi perspectiva, siento que la aparición de Rosario en la obra de uno es como medio inconsciente. A los rosarinos nos es muy difícil que la ciudad no condicione la obra de uno, porque también pasamos por cosas y vivimos la vida de otra manera. No sé, siento que es una ciudad que es muy protagonista en la vida de los rosarinos. De la que es muy difícil escaparle. Rosario siempre aparece, y me resulta muy flashero eso.



No tengo mucha relación con el mito rosarino, con La Trova o Fito. Nunca escuché mucho la música de los artistas que integraron La Trova en su momento. Pero igual entiendo que esa sea la referencia de los que no viven en Rosario, o hasta de los que viven en Rosario y no se han enterado mucho de las cosas que fueron pasando y surgiendo acá después. Porque tampoco hubo otro colectivo o muchas comunidades artísticas que traspasaran la ciudad y atravesaran otras de esa forma como hicieron ellos. Cuando uno viaja afuera, a Buenos Aires o Córdoba, siempre alguien te va a hablar de La Trova y Fito. Y está todo bien, quizás es gente que no sabe o no le interesa conocer proyectos nuevos.

Lo que no sé es si solo conocen eso porque alguna vez tuvieron curiosidad y ya no, o si antes había más curiosidad que ahora para conocer otras cosas. Es todo un poco incierto para mí la relación con el mito rosarino. Lo que sí es una realidad clara es que, más allá de entender, obviamente también es cierto que es un garrón. Porque creo que de los ochenta para acá pasaron un montón de otras cosas, incluso mucho más copadas, con un montón de personas que se juntaron a hacer cosas muy buenas, buenísimas, y hasta mejores.



Creo que desde que soy parte de la comunidad underground rosarina, desde siempre, el mayor problema es que no hay lugares para tocar. O sea, cierran los lugares. Los últimos diez años han cerrado muchísimos lugares. Y creo que ese es uno de los mayores problemas. No hay lugares para desarrollarse artísticamente, para seguir creciendo. Falta infraestructura.

Esto afecta de muchas formas más allá de la posibilidad misma

de tocar. Porque uno busca seguir creciendo y apostando, pero en muchas oportunidades se siente como que va para atrás, o que quedaste medio estancado. Cuando uno hace todo lo que puede, todo lo que está a su alcance, cuando se inventa y se unen fuerzas para ir más allá de eso posible, después qué más se puede hacer si la ciudad es la misma que no habilita lo mínimo necesario para que el resto ocurra, que no acompaña ese desarrollo ni siquiera desde la infraestructura. Entonces hay mucho de ponerle mucha onda, de ponerle la mejor, pero también de chocar todo el tiempo con lo que se complica porque tampoco da para hacer mucho más de lo que ya hacemos.

A eso le sumaría el desinterés por gran parte de la gente que vive acá de conocer, escuchar, ir a ver música de acá. La gente va a algo de acá, pero si es gratis. Suele suceder mucho esto de armar shows y quedar compitiendo con una agenda repleta de shows gratuitos. La gente se acostumbró a no pagar la entrada, a no valorar nuestro trabajo.

Realmente son problemas muy determinantes en lo que hacemos, y creo que son los principales de, al menos, la última década, y más que nada de este último tiempo, al que se le suma el contexto que estamos pasando en el país.



Lo que está bueno de Rosario es que siempre hay gente haciendo un montón de cosas, activando un montón de movidas, aún cuando el contexto indica todo lo contrario. Aún cuando se dice que no vale la pena, que a nadie le importa una mierda, que está todo mal, bueno, en Rosario igualmente siempre hay cosas sucediendo en distintas disciplinas artísticas de la ciudad. Teatro, poesía, cine, música. Siempre hay mucha gente activando con muy pocos recursos lamentablemente, pero pensaba que eso también

le da mucha magia, ¿no? Le da como algo muy único, muy nuestro, muy secreto. Hay algo muy copado en eso. Y también hay mucha comunidad, que por las mismas circunstancias y empuje se arma y rearma muy rápidamente. Y esto, que es lo que mejor funciona en la cultura de la ciudad, tiene que ver con nosotros: artistas, productores, toda esa gente haciendo lo suyo a niveles increíbles con poco y nada.



Me siento más parte de una comunidad que de una escena. Porque, la verdad, no sé bien a qué escena pertenezco. Como que siento que superficialmente puede parecer que acá en Rosario estamos muy separados por género y por otras cosas, pero en lo profundo, en lo concreto, en lo real, acá no pensamos así la ciudad ni nos encontramos a partir de los géneros. No es como en Buenos Aires que sí está más marcado que hay una escena de hardcore, una escena de rock alternativo, una escena de lo que sea, sino que acá está todo más mezclado. Entonces, tal vez lo que nos une es más una cuestión de amistad, de valores, de códigos, de otras cosas más abstractas que van más allá de la música que cada uno hace. Y entonces sí me siento parte de una comunidad de bandas, de artistas.

Me siento acompañado por Las Aventuras, Bubis Vayins, Amelia, Lnt. Noire, Cyberangel, Princesa Tetrabrik. Bueno, cuando uno se pone a nombrar siempre se olvida de gente, pero sí es con ellos y otros más que armamos una comunidad en la que estamos unidos por esa cosa más abstracta, de la amistad, afectiva, que por estilos musicales. Y a su vez, siento que esta forma de hacer comunidad, que no sea por estilos de música sino por otras cosas, está re bueno. Es una mezcla que también te hace abrir la mente y el oído, mantenerse abierto, y eso siempre está muy bien. Incluso

para hablar de una identidad rosarina, no podría hacerlo bajo identificaciones propias. Sino que reconozco una identidad en la forma que hacemos comunidad. En la que estamos todos mezclados, haciendo lo nuestro, todo sucediendo a la vez.

Hablando de identidad rosarina, hay otras formas de expresión identitarias en las que no me veo pero están. Una es como un contrapunto a esa solemnidad rosarina que decía antes, que si bien no accede a lo más mainstream, está muy presente en la producción local, y es esa cosa más lavadita, más pop, que no van a quedar nunca muy contraculturales. Y después está la identidad externa, esa identidad rosarina que no tiene nada de Rosario, que está pensada a escala nacional, una identidad que apunta más a ser una cosa medio wanabi porteña, en la que ahí sí no veo nada de lo rosarino ni de lo que uno vive acá.



Vivo acá, seguiré por muchos años viviendo acá en Rosario. Y aunque no descarto en algún momento vivir en otro lado, no estoy cerrado, vivir en Rosario está bueno porque, a pesar de parecer lo contrario, es una ciudad que te deja vivir en tranquilidad.



Por suerte, durante este último tiempo, hay mucha gente que escucha mi música, que compra las remeras, que va a vernos en vivo, y eso se re siente, se re valora, es súper lindo. Pero no puedo dejar de mencionar que noto que hay otro montón de público al que no logramos llegar. Y es raro.

Me pasa que voy a ver bandas de Buenos Aires que vienen a Rosario, y hay un montón de gente que podría venir a vernos a nosotros, y no lo hace. ¿Por qué toda esta gente no está viniendo a

nuestros shows? ¿Por qué no están escuchando también nuestra música? Es muy raro cómo hay una gran porción de la juventud rosarina que se está perdiendo de algo muy copado que está pasando en su propia ciudad. Son muchos los jóvenes rosarinos que, entre muchas comillas, no consumen música local. Entonces, sí, siento el apoyo de la ciudad, pero es de parte de un núcleo duro de gente que ya sabés que está ahí, que va a ver bandas de acá. Al mismo tiempo que no deja de ser sorpresivo, en proporción a lo grande que es la ciudad, que sea una cantidad tan chica.

Sobre Santino Martin | aka Gladyson Panther

Nacido en el 2002, es un músico, productor y performer argentino. Desde 2015 produce y graba su música de manera autodidacta, desde su casa y compartiendo con otros artistas por las calles de Rosario e internet. Entre varios lanzamientos de sencillos, su discografía al presente se compone de cinco discos —*Rocanrol* (2018); *No Me Pidas Perdón* (2020); *Pop del Futuro y del Presente* (2021); *Tengo Mil Amigos* (2022); *Ah Sí, Está Bien* (2024)—, y cinco EP —*Desamor* (2018); *Lofi* (2018); *Flores y Abejas* (2020); *Tma B-Sides* (2023); *Hacelo Inolvidable* (2026)—. En sus shows en vivo predominan la performance y los estribillos enérgicos, siempre provocando e invitando al público a formar parte de un momento único y catártico. Hace varios años lleva su música por cada rincón del circuito independiente argentino, generando fechas con constancia en Rosario, Buenos Aires y Córdoba.

Make Rosario Great Again

Por Paula Aiello

Tengo 30 años y vivo en Rosario. No soy de Rosario, pero vine a estudiar Comunicación y decidí quedarme. O sea que desde los 18 años vivo sola en una ciudad distinta a la de mis padres, y nunca viví sola de verdad: siempre fuimos muchxs.

De casa en casa, acarreando muebles donados y algún nuevo emprendimiento, podría decirse que casi la mitad de mi vida la viví con mis amigxs. Me fui aceptando a través de aceptar las diferencias que nos unían. Aprendí nuevas reglas, elegí de quién tomar ciertos comportamientos y cuáles eran mejor dejar atrás. Conocí y adopté lo que me hizo bien. Me permití encontrarme en mi propio desorden. Aprendí a cocinar tortilla. También aprendí que dejar los huevos afuera o adentro de la heladera es lo mismo. Así que decidí dejarlos afuera, como lo hacía un amigo mío. Y aprendí a no preguntarme tanto el por qué de hacer las cosas.

A los tumbos, empezando carreras universitarias, terciarias, cursos, charlas, terminando algunas, dejando otras, en todos lados hice uno o dos amigos, esos que te enseñan y te quieren. Hice la escuela de teatro y aprendí a actuar cuando me pude hacer amigos, y dejé Comunicación porque no había hecho ninguno. Pero si algo hice en esta ciudad fueron amigos, y conocer el teatro, el cine, el skateboarding, el perreo, la música a través

de quienes la componen.

Yo me considero una persona que hace cosas y que se encuentra con personas que también están haciendo algo. Sea lo que sea, nos vamos cruzando. Y por eso creo que pintó quedarme en Rosario y formarme acá: porque me crucé con quienes construir a favor de la cultura, del amor, de la alegría, de la grupalidad. Esos fueron mis primeros referentes: mis amigos.



Cuando llegó la pandemia, me encontré con mi individualidad y comencé a aprender edición de video. Hacía un par de años que venía registrando a mis amigos con la cámara del celular. Los fui entrenando para que no se sorprendieran al ver la cámara y para que sigan siendo ellos, haciendo lo que estaban haciendo, para que no actuaran diferente cuando los filmaba. Empecé a encontrar maravillas del ser humano en lo cotidiano de sus vidas. Enceñada durante la pandemia llegó el momento de ensamblar y montar esos momentos para empezar a darle un pequeño orden a las cosas. Para entonces yo ya había terminado la carrera de actuación, pero estaba cursando a la par el último año de Dirección de Actores y la carrera de Cine.

A partir de la consigna de un trabajo práctico hice un video hermoso. Entendí que en la edición también era importante armar un relato para que el espectador sienta algo, como en el teatro. La edición de video fue un gran hallazgo. Montar una cosa sobre la otra nos permite contar historias en cualquier momento. Hay algo de montar en todo lo que hago: un video, una obra, un cortometraje, un guión. Y la mayoría de las cosas que hoy adoro hacer surgieron de la consigna de un trabajo práctico, de alguna carrera suelta. Desde mi primer taller de teatro a los 6 años. Ahhh,

el teatro. La única actividad que practiqué ininterrumpidamente a lo largo de toda mi vida.

Como actriz, tuve muchos referentes, en su mayoría mujeres. La primera fue Anne Hathaway en *Los Miserables*. La vi en el cine y salí sabiendo que quería generar en otros lo que ella me había generado a mí. Toda una vida admirando actrices. Muchas películas y series a lo largo de toda mi adolescencia, pegada a la pantalla queriendo estar en un set. Pero yendo al plano teatral rosarino, Jesica Biancotto fue precursora para mi generación. Y Matías Martínez, tal vez el primer hombre que dejé entrar en mi lista de admirados. Ellxs comparten una forma de ver el teatro muy carnal, aunque cada unx tiene su propia manera de verlo y hacerlo.

De Matías aprendí mucho como directora también: cómo ser intérprete para dirigir desde esa interpretación propia a un otrx que está esperando indicaciones, esperando que pase algo. Estudiando Dirección de Actores en la EPCTV, Matías fue mi profesor justamente en esa materia y también en puesta en escena. Sus clases encendieron una chispa que hasta ahora no se apagó. Dirigiendo para sus clases sentí por primera vez que hacía algo que me gustaba a mí, sin importar la validación del resto. Esa pequeña escena que armamos para rendir su materia se transformó, a lo largo de los años, en una obra: *Las amanecidas*. Una obra de carácter performático que ayudó a cerrar una etapa y a abrir otra. Cerrar ese proceso de experimentación escénica le dio paso a algo más grande: la consolidación de una grupalidad.

Esa escena se llamaba *El amor ke salvas*, al igual que nuestro grupo actualmente. Una escena escrita por nosotras mismas para rendir una materia, a la que le pusimos el cuerpo y nuestras mejores ideas, fue semilla de la grupalidad que sostenemos hasta hoy. La grupalidad que nos sostiene.

Otra referente en actuación es Camila Peralta. Como directora

miro mucho a Paula Hernández y a los hermanos Coen. Algo de cine español. Como pensadora, Lucrecia Martel. Como poeta, la Gata Cattana. Como guionistas a Phoebe Waller-Bridge y Malena Pichot. En la música, mucho Tyler the Creator y Ana Milagros. Mucho soul y R&B, mucho rap: Little Simz, Kendrick Lamar, Daniel Caesar. En lo argentino, Gabo Ferro y Charly García todo el tiempo. Rock nacional, el Pity. En la producción y el management no tengo referentes: solo voy adelante con lo que creo que es trabajar en grupo. Las referencias son mis amigxs. Actualmente estoy estudiando una Diplomatura en Dispositivos Escénicos y los referentes que nos han acercado son varios, pero ningunx en específico que me interese seguir.



Mi mayor ingreso proviene de la edición de video, y por eso muchas veces siento que "soy editora de video" y me frustró, porque no consigo esa satisfacción plena. Aunque me gusta mucho editar y montar, no sé si me llena tanto. El resto de las cosas que hago suelen ser *ad honorem*, cosa que antes no era así.

Actuando es donde menos he ganado dinero; dirigiendo o asistiendo, menos aún. Cuando trabajo en publicidad, que a veces es un perno, gano una buena moneda. Tal vez la producción y el management van un poco más de la mano con lo económico, pero tampoco es gran cosa. Creo que todos hacemos lo que podemos, pero Rosario se ha quedado muy atrás con las producciones culturales. Dejamos de ganar plata, aunque sea un poco.

Básicamente la cuestión se divide entre lo que disfrutas hacer con una cuota artística más elevada y lo que hacés porque tenés que vivir de algo. No solo económicamente, sino también para alimentar el ego, ser parte de la comunidad, existir en el plano de la actualidad.

Gracias a mi familia, que siempre me dio un techo y todo lo que necesité para desarrollarme profesionalmente, hoy puedo decir que trabajo muy esporádicamente en cosas alejadas del mundo artístico, teatral o audiovisual. Aunque me gustaría que todxs pudiéramos elegir ese camino independientemente de su pasado.



Creo que es inevitable que la ciudad donde vivimos nos atraviese en lo que hacemos. Yo no nací en Rosario pero elegí quedarme, y siento que también es válido hacernos de un lugar nuevo si así lo sentimos. Yo a Rosario la siento como mi casa: la ciudad me formó, me enseñó y me desilusionó.

Como actriz y directora, destaco la calidez, el río corriendo, la humedad insoportable, ese brillo de ciudad litoraleña. Me gustan sus distintos niveles, que a veces sea peligrosa, real. Aprender a donde ir y a donde no, dónde está el límite. Probar lo que la ciudad te pone enfrente y encontrarte con los peores demonios, los internos, o las caras nocturnas que tanto enseñan. Como dije, conocí muchos amigos y conocí el skateboarding: gran deporte para habitar la calle, la noche, los huecos de la ciudad, la mugre. Comer una empanada en la vereda, rapear con una amiga de madrugada en algún garaje, cagarse de frío. Rosario son todas las bicicletas y los galpones en el río, las distintas culturas que trae cada estudiante de todas partes del país. Es imposible que la ciudad no me atraviese. Veo la belleza de la calle en todo lo que pienso y escribo. Voy a un show y miro las luces, las pantallas; todas las señales son visuales. En esta ciudad empecé a producir y no paré de buscar posibilidades de mezclar lenguajes: teatro con cine, cine con música, música con teatro, shows teatrales.

Como productora me da pena que no se sigan desarrollando políticas públicas como las que había hace 10 años, que no se si-

gan creando espacios ni abriendo barreras para la cantidad de artistas increíbles que se merecen un lugar donde mostrar lo que hacen y crecer profesionalmente. *Make Rosario Great Again.*



En la vida cotidiana de la ciudad me siento bien, pero el centro me da una paja tremenda: está todo apretado y es difícil acceder. Me pregunto, con una ciudad tan grande, ¿por qué hacemos todo en cinco cuadras? No sé si en el resto de las ciudades será así. Otra cosa que siento es que Rosario no es tan peligrosa como dicen. El peligro es no confiar en lo que la ciudad te propone, no conocerla. Tiene agua, muchos espacios verdes, la gente es cálida. A mí me encanta vivir acá y la siento como mi casa.



La verdad es que no me encuentro mucho con el mito rosarino. Siento que, en general, el mito es "lo viejo es mejor", y por eso se ningunea bastante a las nuevas generaciones, más siendo mujeres. Nos comemos el bardo de lxs viejxs y los hombres. La mayoría de los que sostienen ese mito son hombres que no pueden aceptar que las cosas cambian constantemente, que la forma es construir en conjunto, encontrarse con lo nuevo, habitarlo, hacerlo parte.

Lo que hace Fito Páez está bueno, pero ¿cuánto más le vamos a dar? Estaría bueno pensar en el lugar que ocupan las nuevas generaciones, los nuevos Fito Páez, y darles ese lugar como comunidad.

Los signos del pasado me agradan en clave de construir desde la comunidad, de ser parte del crecimiento del otro.



Hacer teatro depende prácticamente todo de lo monetario, pero también tiene que ver con los medios para publicitar. El teatro es muy dispar del resto de las artes, porque es más ancestral: hay algo que tiene que darse sí o sí entre lxs actantes y lxs espectadores, y si la sociedad está en crisis, estos lenguajes son los primeros afectados por la falta de público. No podemos hacer una obra solxs en nuestras casas, por más que lo intentemos e inventemos formas, *performances* y *happenings*. El espectador hace existir a la obra.

Para producir eventos y dirigir shows en el underground no es tan diferente, porque también existen los problemas monetarios y la falta de información. Las posibilidades de usar las herramientas que nos proponen los espacios a favor del show son infinitas, pero no muchos artistas en Rosario barajan la posibilidad de pensar el show desde lo visual y no solo desde lo musical. Es una ardua tarea que elijo emprender para que cada proyecto en el que participe, desde la producción o dirección, tenga su cuota de dinamismo y no subestime al espectador. Creo que también hay una rapidez para hacer todo que no le permite a la obra formarse, existir, ser escuchada. El tiempo funciona de otra manera para la sociedad, y culturalmente se ve reflejado en las obras.

Hoy en día es difícil arrancar a hacer música o artes en general. Lo que te propone el medio son números, no sensaciones: podés ver cómo se pega tu canción en la industria en tres, dos, uno, y sos famoso pasado mañana. Y se pierde lo lindo de construir, pensar, encontrarse con un otrx. Los tiempos se reducen, y lo nuevo es eso también. Inmediatez.



Creo que cada ciudad tiene su identidad cultural, que se va desa-

rrollando y pasando de generación en generación a través de múltiples factores: los tiempos que manejan las personas, las distancias, el pasar económico, las influencias, las políticas públicas, el interés del sector privado y más. Yo siento que Rosario ahora se encuentra un poco desmembrada. La cultura, que hace unos años estaba en manos de los pequeños productores, el Estado y las empresas, hoy está más que nada en manos de unos pocos, en su mayoría empresas privadas. Por lo cual se monopolizaron los eventos artísticos y culturales, y quedan muy pocos sentados en la mesa chica, tomando decisiones, que respondan a los intereses del pueblo. Y mientras que en lo masivo se pierde identidad, en las pequeñas cosas pasa lo contrario: encontramos la ciudad en cada disco, en cada pintura, en cada obra de teatro. Pero porque somos los artesanos, los autores, los independientes, el underground, los que recién arrancan tratando de mantener viva a la ciudad que nos vio crecer. Orgullosxs de ser rosarinxs y queriendo que el resto de Argentina y el mundo deseen conocer esta ciudad y habitarla.



Rosario tiene que dejar de idolatrar a los porteños. Punto número uno. Pero yendo a lo concreto: culturalmente, Rosario hace años que se viene apagando. Cerraron todos los bares y centros culturales, y eso nos imposibilita a los artistas a mostrar nuestro arte en persona.

Las redes sociales generan la ilusión de que uno está mostrando lo que hace, pero no: no podés estar haciendo un show para quinientas personas cuando recién hiciste tu primera canción. Tenés que poder presentarte en lugares, percibir que podés vivir de eso sin que te cueste un pulmón, mostrarles a tus amigos y a tu familia lo que sabés hacer. Sentir esa realización personal. Encon-

trarte con otras personas que hagan lo mismo que vos y formar un grupo. Y para que eso ocurra, sea sostenible, no podemos estar todos trabajando en McDonalds.

A Rosario le falta esa libertad que hace unos años existía: la libertad de presentarte en un lugar, de armar un evento sin saber mucho, de probar. Ahora todo tiene que estar pensado cincuenta veces para no perder, y muchxs, sin darse cuenta casi, eligen otras alternativas más “llamativas”.

Hay lindos espacios municipales que de vez en cuando funcionan bien, y hay comunidades que también funcionan, pero ¿a qué costo? Creo que lo privado es lo que más está funcionando ahora, los pocos espacios que pueden generar encuentros. Después de varios años de vivir en Rosario, siento que muy pocas cosas culturales municipales terminan de funcionar al cien por ciento hoy. Todas quedan por la mitad o se impulsan por las razones equivocadas, y se termina notando. Puede ser que últimamente estoy un poco descreída, pero está todo muy monopolizado, aburrido.



La Rosario de la sensibilidad es una Rosario que no está siendo narrada. La que se diferencia de Buenos Aires no está siendo narrada. La que, en términos más receptivos, de artistas que construyen desde el corazón, que buscan ser mejores personas, salir de la que están y progresar, construyendo vínculos sanos con el entorno. Acá en Rosario hay artistas que dejan el alma en sus obras. Nos conocemos entre nosotros, nos damos una mano. He conocido varios ámbitos, más que nada en Buenos Aires —ciudad que volvió a ser el foco cultural de Argentina hace unos años— y en su mayoría la fama es lo que mueve a los artistas a hacer. Acá nos mueven otras cosas. Hay una humildad heredada que nos permite ver las cosas con otro ojo: el ojo de caminar por la ciudad,

de conocer distintas realidades, de hablarles a todxs y no a unos pocos.

Estamos intentando encontrar el norte nuevamente. Como mencioné antes, estamos un poco perdidos identitariamente y también políticamente: no hay referentes. Por eso la necesidad de "estar en la onda", de individualizarse y diferenciarse todo el tiempo del otro, hasta por las razones más estúpidas. Es un presente que nos está separando un poco. De igual manera, existen personas que eligen quedarse en Rosario.

Me siento parte de la escena del hip hop en Rosario después de varios años ya de laburar produciendo shows, siendo mánager, haciendo escenografía y luces. También soy parte de la comunidad Vacilón, gran comunidad rosarina donde tuve el placer de trabajar varios años como filmmaker, luego como productora y directora creativa, y actualmente como actriz. Es una comunidad que se viene generando hace más de diez años, dedicada al perreo y al encuentro de las personas en el baile. Comenzó siendo una fiesta llamada Vacilón y se terminó transformando en una comunidad de gente que se apoya entre sí y comparte la misma pasión por el perreo, el reguetón, el dancehall, y más.

Sobre Paula Aiello

Directora escénica y audiovisual, actriz y productora. Estudió la Tecnicatura en Actuación (2014-2018) y la Tecnicatura en Dirección en la Escuela Provincial de Teatro y Títeres (2015-2019). Además, cursó algunas materias de la carrera de Realización Audiovisual en la EPCTV. Realizó seminarios de entrenamiento actoral con Alejandro Catalan, Matías Martínez,

Jesica Biancotto y Juan Nemirovsky. Cursó seminarios de guión con Laura Zenobi y Francisco Pavanetto. Es cofundadora del grupo de teatro independiente El amor ke salvás, con más de cinco años de trayectoria. Junto al grupo, presentó su primer cortometraje como directora y guionista titulado *No me olvides* (2025), dirigió la obra de teatro *Las amanecidas* (2024/2025), y participó en Descarriadx: laboratorio de creación escénica, coordinado por Elisa Carricajo en el CCPE (2025). Fue productora, realizadora audiovisual y guionista de *S.O.S: Experimento teatral telefónico*, *S.O.S: Búsqueda del tesoro* y *S.O.S: Instalación teatral interactiva* (2020-2022). En 2022, participó como directora de arte del corto *0 a la izquierda*, dirigido por Francisco Alonso. Fue productora y directora creativa de Vacilón Party, la fiesta de perreo más grande de Rosario (2022/2025). Actuó y guionó *Irreversible*, álbum audiovisual de Joako Garcia (2026). Actualmente, trabaja en la industria musical como directora escénica y es mánager de Varoner, artista de hip hop rosarino, desde 2024. Se desempeña también como editora de video freelance y asistente de dirección en videoclips de hip hop para grupos como Golden Boyz, Ana Milagros, y en publicidad para marcas como Quilmes. Se encuentra estudiando la Diplomatura en Diseño de Vestuario y Dispositivos Escénicos en LAB Productora. Está escribiendo su segundo proyecto audiovisual junto a El amor ke salvás.

Poesía y ciudad

Por Anaclara Pugliese

Es muy difícil responder preguntas sobre la ciudad si primero no definimos qué es una ciudad. Si una ciudad es un lugar, un paisaje, aparece escasamente en lo que hago. Porque no me gustan mucho los paisajes. En cambio, si una ciudad es una serie de personas y espacios urbanos, por supuesto que aparece. Aparece de modo directo en una plaqueta de poemas, *Nieves* (Mentazines, 2024), donde lo que quise hacer fue mostrar cómo una amistad se va gestando mediante recorridos geográficos y queda asociada a experiencias y a lugares, como casi todas las relaciones humanas. Quería mostrar cómo conocer nuevas personas nos hace conocer nuevas ciudades dentro de la propia ciudad, ya sea porque nos llevan a conocer otras zonas, otros barrios, otras calles, otros grupos, o porque, de por sí, estar con nuevas personas nos revitaliza el modo de estar en la ciudad y, por lo tanto, a la ciudad misma. Pero a la vez la ciudad aparece en lo que hago porque básicamente todos los poemas, o casi todos, surgen o se desarrollan cada vez que me desplazo por ella.

Hay una relación entre caminar y pensar, entre caminar y sentir, o mejor, una liviandad mientras camino que hace que sentir y pensar se confundan. Y ahí es cuando surgen los poemas. Por ejemplo, cuando salgo a caminar por el parque, yendo a la escuela a dar clases, o yendo a coordinar un taller de poesía.

Me aburren un poco los poemas abstractos, que están como flotando en el tiempo y en el espacio. O los poemas que hablan de pájaros o de naturaleza pero tratados como símbolos, desde la distancia más radical y construyendo un ideal de naturaleza basado en la lectura de otros poemas. También me aburre cuando se escribe sobre lo local mirando hacia Buenos Aires.

En ese sentido, también hay algo de mi propia biografía que interviene en la percepción propia que tengo de la ciudad. No haber nacido en Rosario sino en Arroyo Seco produce una especie de desajuste, una mirada levemente extrañada, como si nunca terminara de habituarme del todo a los ritmos, a los lugares, a las formas de circulación. Una extranjería mínima pero constante: la de quien, incluso después de muchos años, sigue mirando todo con ojos de recién llegada.

POESÍA Y DINERO

Casi nadie vive de la literatura. Menos todavía de la poesía. O sea, casi nunca nos pagan por leer. O por vender libros. Pero podemos enseñar cosas, podemos corregir, hacer clínicas, editar a otrxs. En mi caso, desde hace muchísimos años mi trabajo formal es la docencia, enseñé Lengua y Literatura en escuelas secundarias públicas, lo que me permite tener un piso que me asegure una cierta estabilidad, más allá de los bajos salarios. Por suerte, lo bueno que tiene la poesía es que es barata, casi no necesitamos recursos. Ni instrumentos, ni materiales. Ni siquiera necesitamos espacio físico, un taller de artista. Y eso es espectacular, porque podés estar creando en cualquier parte: mientras caminás por la calle, arriba de un colectivo, en la sala de espera de un médico o incluso en la cola del súper. Yo uso todos esos lugares para escribir, y esa facilidad es dada porque el lenguaje lo llevamos siempre

a todas partes, lo tenemos naturalizado, como respirar, o mejor dicho: es algo que somos.

POESÍA Y FUTURO

Si pienso en mi ciudad soñada, lo que me encantaría que tuviera Rosario es un espacio para hacer una residencia de poesía. El Festival Internacional de Poesía de Rosario tiene una residencia para poetas de todo el país, pero en general es para menores de veinticinco años, para jóvenes poetas. Me encantaría una residencia de poesía para poetas no tan jóvenes de todo el país, o quizás de América Latina. Un espacio de formación y de intercambio, que podría ser en la isla para que fuera más atractivo, o pensar en un modo de residencia que involucre el paisaje urbano. Algo parecido a lo que pasó en el taller de crónicas “Contar la ciudad”, a cargo de la escritora española Cristina Fallarás, en el marco del Festival Pensamiento Contemporáneo, del que surgió el libro *Rosario, una ciudad anfibia* (publicado por Editorial Mansalva): dieciséis becarios de Argentina, Chile, Colombia, Estados Unidos, Italia, México, Paraguay, Perú y Uruguay participaron y escribieron sobre la ciudad, recorriéndola e interviniéndola, superponiendo el mito con la realidad.

O quizás lo que faltaría es pensar un proyecto interdisciplinario y bastante más ambicioso, como el Paraná Ra'anga en 2010, en el que no solo artistas sino también científicos realizaron una expedición desde Buenos Aires hasta Paraguay en un barco en el que convivieron un mes. Me gustaría que se propongan encuentros o experiencias colectivas quizás un poco más ambiciosas que las existentes.

También tener un espacio físico específico, un lugar como la Casa de la Poesía, que cerró en 2009, podría ser una forma de darle

un poco más de centralidad a la poesía. No digo para que en el medio del parque (estaba ubicada en Sargento Cabral y el Río) a las tres de la tarde haya poetas recitando mientras las familias y amigxs caminan, lo que también sería hermoso que sucediera como si fuera parte de la geografía de la ciudad, de la misma forma en la que vemos en el Fontanarrosa a adolescentes bailando en la explanada. Podría haber lecturas, pero también videopoemas, pequeñas publicaciones, o incluso muestras de poesía.

Más allá de lo que falta, la iniciativa municipal que celebro cada día que exista es la EMR (Editorial Municipal de Rosario), con su catálogo y sus premios, pero también con su propia librería, que reúne autoediciones, fanzines y libros locales. Y por supuesto que celebro la existencia del Festival Internacional de Poesía de Rosario, al que vengo desde antes de mudarme a esta ciudad; un evento anual que se sostiene desde 1993 y, al menos las últimas ediciones, es una coorganización entre el Ministerio de Cultura de la Provincia de Santa Fe, la Secretaría de Cultura y Educación de la Municipalidad de Rosario y el Centro Cultural Parque de España, con el acompañamiento de la Cooperación Cultural Española (AECID) y el Centro Cultural España Buenos Aires.

GENIO Y ESCENIO

Existe en Rosario una escena. Es una escena siempre en movimiento, porque algunos componentes entran, otros se van, pero más o menos se sostiene, y creo que nos nutrimos mutuamente. Yo me siento parte.

Hay un concepto de Brian Eno que me gusta mucho: *escenio*. Hace referencia al genio creativo de una comunidad. Él lo dice así: “Si el término *genio* se utiliza para señalar a ciertas personas y decir que ellas son las importantes, cuando analizás de cerca la

vida de cualquiera de estos artistas, te das cuenta de que vivían en, y se nutrían de, una escena cultural muy activa y floreciente, de la que ellos eran sólo algunos de sus componentes. Elementos que vivían conscientes de lo que otros estaban haciendo, escogiendo, destilando, barajando... Todas estas personas llamadas genios en realidad se situaban en medio de algo que yo llamo *scenio* [*scenius*]. Si el genio es la inteligencia creativa de un individuo, el *scenio* es la inteligencia creativa de una comunidad. Lo que me gustaría que suceda es que se preste más atención a esa posibilidad de comportamiento creativo”. Es hermoso porque nadie puede hacer algo interesante si no tiene curiosidad por lo que pasa en su propia ciudad, por lo que sucede al lado suyo, si no lee los libros que salen cuando salen, si no tiene una comunidad con la cual conversar.

Yo me siento parte de un *escenio*, me gusta conversar, valoro mucho a quienes se saben sostener arriba y también debajo de los escenarios, quienes van a escuchar, lxs que tienen curiosidad por lo que se está haciendo en la ciudad. Hace unos días hablábamos con un amigo de lo que él llama “eventismo”, esto es que la cultura se convierta en hacer cosas solo por hacerlas, porque hay que hacer cosas. Pero ser productivo sin pensar demasiado solo repite lo que ya fue hecho. También el eventismo, decíamos, era reunirse para ser público o para ser el que está arriba de un escenario alternadamente, ser a veces el que muestra y otras el que mira.

¿Cómo pensar formas de estar juntxs que excedan esa lógica del show, formas que excedan al escenario como único modo o modo fundamental en torno al que se organiza la cultura?

Creo que espacios como los talleres grupales son eso: lugares para estar juntos creando, pensando, compartiendo, sin que nadie sea público. Pero hasta eso parece que se está perdiendo un poco, el taller grupal como espacio de conversación.

En general, al menos en poesía, se impuso el taller individual como forma de perfeccionamiento de una técnica, de curaduría individual. Como si el otro o la otra pudiera ser una amenaza. Lo que pasa en los talleres grupales es que siempre hay alguien que puede hacerte sentir insegurx, alguien que te gusta más lo que escribe que lo que vos mismx escribís, y eso más que un riesgo me parece que es algo que se puede capitalizar y aprovechar, te saca de tus propios lugares comunes, te desafía más allá de tus límites.

Antes, incluso, nos leíamos entre nosotrxs para los medios, pero ahora es cada vez menos frecuente ver reseñas. En general, los medios más o menos grandes cubren en poesía únicamente presentaciones de libros. Lxs periodistas no suelen hacer reseñas. Puede que porque sea más fácil escribir sobre novelas, sobre cuentos, crónicas o ensayos, donde hay más de lo que agarrarse: una historia, un protagonista, una serie de personajes, un conflicto. Hablar de poemas es quizás más complejo. Pasa lo mismo con los conversatorios: siempre invitan a autorxs de ficción o de crónica. Es raro ver conversatorios de poetas.

LA CIUDAD DE LA POESÍA

Rosario es la ciudad de la poesía. Yo lo siento así. Aunque también es verdad que siempre estamos mirando lo que pasa en Buenos Aires. Pero mucho de lo que pasa allá me parece irrelevante. Yo vivo en Rosario y pienso seguir viviendo acá. Siempre decimos con mis amigas que nos quedamos acá porque queremos que las cosas sucedan acá. Y además porque amamos esta ciudad, la amamos igual que amamos los poemas. Digamos que yo no puedo alejarme de mi propio ecosistema emocional si quiero escribir poemas.

El ecosistema emocional de mis poemas es la ciudad, la ciudad

llena de estudiantes en el año, vacía de estudiantes en enero, ese ecosistema son mis amigos. Digamos, el escenario del que hablaba antes, se rompería. Al menos a mí me cuesta mucho generarlo. Ese ecosistema es la razón de ser de mi poesía.

Yo por eso desconfío de los que se van lejos en general, migrar si es un capricho me parece medio tonto o roto, menos todavía creo en mudarse a Buenos Aires para crecer o hacer una carrera, obtener más visibilidad, tener contactos. Mudarse para hacer una carrera carece de épica. Como lo que decía antes de hacer cosas por hacer cosas. Es un camino ya conocido y lo siento de otra época. Hay muchos ejemplos de artistas que crecen y logran ser cada vez mejores quedándose en las ciudades de origen. Hay que hacer que las cosas sucedan acá, o en Santa Fe, o en Paraná. La gente que dice que acá no pasa nada interesante, en parte es porque ni siquiera conoce su ciudad o porque no se siente responsable de esa construcción colectiva.

Sobre Anaclara Pugliese

Nació en Arroyo Seco, en 1989. Es Profesora en Letras por la UNR. Publicó en poesía *La sombra de las nubes* (2017), *Nieves* (2024), *Suma de intensidades* (2024) y *Poesía popular* (2025), entre otros. Desde 2014 colabora escribiendo ensayos, crónicas, entrevistas y reseñas en revistas culturales y académicas. Actualmente cursa el Doctorado en Literatura y Estudios Críticos en la UNR.

Recomendaciones rosarinas

Rapto / Editorial Danke / Bar Bon Scott / Biblioteca y archivo de arte contemporáneo América Elda Nancy / El Club - Talleres de artistas (IG: elclub.ros)

Nuevo Tango Rosarino, cultura en movimiento

Por Florencia Bianchi

La historia nacional del tango, ritmo rioplatense por excelencia, nos cuenta que el baile como espacio de socialización tuvo su lugar de origen en los prostíbulos para luego copar los clubes barriales en su época de oro. A medida que el tango fue musicalmente quedando relegado, en un declive documentado a la perfección por autores como Gustavo Varela, para bailarlo quedaron un puñado de refugios escondidos en las sombras de las ciudades. Esta pintura a mano alzada sobre un pasado nacional, en Rosario aparece con sus piringundines, sus grandes maestros, sus figuras imborrables, sus trincheras de resistencia y sus artistas *for export*. El tango rosarino, en definitiva, tiene un recorrido con más apego que distancia al devenir nacional trazado.

En *El tango en Rosario: aproximaciones históricas y contemporaneidad*, de Martín Marino, nos encontramos con unos versos que vienen al pie para ilustrar estas derivas; dice Luis Blasco en *Réquiem a Pichincha*: “A los acordes del tango / y placeres regalados / a tus salones lumbrados / llegaron buscando amor: / el errabundo, el señor, / felices y desdichados”.

La zona que hoy despunta como polo gastronómico y cultural, centralmente transitado por jóvenes de clase media/alta,

supo ser el escenario principal del tango prostibulario local de los primeros decenios de 1900.

Avanzando en el siglo XX, en ese período demarcado entre 1935 y 1955 como época dorada, Rosario también tuvo su propia gloria con la popularidad y masividad alcanzada por las orquestas típicas y el baile en los clubes. Entrevistado por Mila Kobryn para *Suma Política* (20/05/2023), el investigador Lautaro Kaller, ensayista y difusor de la historia del tango local, lo resume de esta forma: “El momento de apogeo es una discusión, pero lo sitúo en la década del cuarenta porque fue cuando, de alguna manera, la sociedad toda estuvo impregnada de eso que se llama tango. En Rosario, que poseía una cantidad mucho menor de habitantes, se realizaban treinta o cuarenta bailes diarios. Había orquestas de tres órdenes. Las principales eran aquellas más trascendentales y exitosas que no solamente vivían del escenario, sino que también tenían a la radio como un ingreso estable. Después había una línea media, de orquestas de segundo orden. Y por último había orquestas de barrio. En todos los barrios había dos o tres orquestas. En ese momento la gente podía vivir del tango. Un tercer violín podía sostener a una familia tocando en la orquesta”.

Clubés, confiterías nocturnas, emisoras radiales y bares vespertinos conformaban, en sus palabras, un “mundo extraño y maravilloso”. Y a modo ejemplo relata el circuito del Café Colón, ubicado en calle San Martín entre Córdoba y Rioja, donde tocaban tres orquestas de doce músicos cada una, en tres tandas: de 13 a 17, de 17 a 21 y de 21 a 1. Década de grandes formaciones y músicos que en su pasaje a las marquesinas porteñas van a dejar huellas por calidad e identidad. La tan nombrada Escuela Bandoneonística Rosarina es uno de los ejemplos más perdurables, esta denominación no hacía referencia a una entidad educativa, sino que caracterizaba una forma de describir, valorar, a los fueyes locales:

Antonio Ríos, Olsvado “Marinero” Montes y Rodolfo “Cholo” Montironi, por nombrar algunos entre otros tantos.

Para la década del sesenta los espacios ya se fueron achicando, y el tango fue quedando recluido a una serie de peñas, como Mi Refugio (San Juan esquina Dorrego), de Raúl Mendoza, o centros tradicionalistas, como El Hornero (Juan Manuel de Rosas 1147).

NOVENTAS, UN NUEVO DESPERTAR

Tres décadas después, la historiografía del género tiene un giro más en los años noventa. Porque por aquellos años se gesta un puente intergeneracional que resultaría en una suerte de despertar del tango local en un Nuevo Tango Rosarino. Ahora, interpretado, arreglado y compuesto a partir de los sonidos de la época con un puñado de músicos y músicas académicos que abrazaron al tango y renovaron la tradición de hacer, desde estos pagos, escuela. Hablo de artistas como Carlos Moyano, Javier Martínez Lo Re, Carlos Quilici, Alicia Petronilli, entre otros tantos. Pero también de un despertar que no sería del todo lo que fue —y es— sin contar a las docencias del tango danza en su impronta milonguera. Entre tantos y tantas, podemos mencionar a Orlando Paiva, Victoria Colosio, Rodolfo “El Duende” Ruiz Díaz. Mencionados y no mencionados en esta lista aventurada y caprichosa, todos impulsores y formadores de una generación que encarnó los acordes, tópicos, formas, lenguaje y transformaciones artísticas, políticas, culturales y sociales de su expresión contemporánea para darle una nueva vida a la música que nos convoca.

Los despertares también necesitan lugares donde ocurrir. Sedes sociales como el Centro Asturiano, bares y espacios culturales autogestivos, como El Resorte, El Café de la Flor, La Chamuyera, las tanguerías, como El Levante, pero también los livings de los

docentes de tango fueron los ámbitos en los que la danza canyengue comenzó a convocar de forma creciente a las nuevas juventudes (y no tan nuevas, en este caso hacia un reencuentro). Un modesto resurgimiento que la antropóloga y bailarina Eugenia Calligaro describe en su libro *El tango en los pies* (HyA Ediciones, 2021) como una “alternativa de los consumos culturales de la ciudad”. La autora aporta datos, número de entidades y ubicación geográfica de los lugares donde se impartían las clases y se realizaban las milongas, y en ese recorrido va registrando una concentración en el centro de la ciudad, exaltando su movimiento histórico entre el casco histórico, Pichincha y Sunchales, tal como ocurría a principio del siglo XX, la expansión a los barrios en la década del cuarenta y cincuenta, y ahora, en su nueva contracción noventosa, una apertura hacia el microcentro, a la que hay que sumarle una leve ampliación a partir de los años dos mil.

Estas derivas históricas, sin embargo, parecen chocar con el karma rosarino. Porque este renacimiento no logrará inclinar la balanza comercial de los artistas locales del tango a su favor, como ocurre con la gran mayoría de músicos y músicas que luchan por vivir de lo suyo en un país que sigue teniendo su mostrador en Buenos Aires, aún en la era digital de plataformas, redes y playlists. “Bailarán que no baila / se hace DJ. / Cantor que no canta / a la noche en los bares, / a la tarde en la casa da clases”, canta Juan Iriarte en su tango *Buenos Aires*, para rematar con otra máxima: “éxito en Europa, / en Argentina sopa”. Una realidad artística que alternarán entre giras o escuelas de baile europeas y regresos a un circuito con más voluntad autogestiva que mercado laboral.

ESCENARIOS QUE YA NO ESTÁN

El Berlín Pub, emplazado en el Pasaje Fabricio Simeoni, ex Pasaje Zabala, entre Sarmiento y Mitre, no fue un ámbito exclusivo del tango. Más bien, si Berlín tuvo una marca registrada esa fue la de convocar durante casi treinta años a numerosas generaciones de estudiantes universitarios que alternaban su uso como pub, boliche o escenario under, en el que disfrutaban del teatro independiente, el rock o las nuevas olas que traía el tango.

Este aspecto da cuenta de cómo una parte de esa nueva generación, tanto artistas como público, iba aceptando al incipiente nuevo tango. Su encuentro con el rock, fogoneado mediáticamente a través de algunas de sus figuras, como Fito Páez y su admiración y colaboración con el Polaco Goyeneche, invitaban a convivir en espacios como esos.

Fue en el bar del mítico Pasaje Zabala donde escuché por primera vez en vivo *Balada para un loco*, de Piazzolla y Ferrer, por la Orquesta Juvenil de Tango, dirigida por Javier Martínez Lo Re con el joven Leonel Capitano al micrófono. No recuerdo la formación completa de la orquesta, pero ahí está el germen del nuevo tango argentino hecho en Rosario. Mientras Martínez Lo Re desde la docencia y la dirección va largando a sus alumnxs al ruedo, Capitano empieza a reescribir el género en su faceta letrística y nos invita a escuchar versos cantados como *Mi tango a Maradona* y *Me duele la memoria*, de su primer álbum *Vivo 2000*. Le seguirán otros jóvenes músicos que harán lo propio en el campo de la composición musical: Martín Tessa, Joel Tortul y Sebastián Jarupkin, entre otrxs.

Este camino será acompañado desde la gestión pública a través de formaciones pedagógicas, como la Orquesta Escuela de Tango, de la que ampliaremos luego, y programas ya históricos, como el Encuentro Metropolitano de Tango, que se viene realizando desde el 2006, aunque con algunas interrupciones. Al momento de ha-

cerse este libro, el Encuentro en su edición 2026 anunció la extensión de su nombre en homenaje al bandoneonista Rodolfo “Cholo” Montironi y su enorme legado musical, siendo uno de los más grandes fueyes del país. Esta edición espera a más de doscientos artistas, y habrá actividades en doce sedes, aunque vale situarlo, porque al igual que la Orquesta, es un programa que nace “como parte de los objetivos trazados por el Centro Cultural La Casa del Tango para reunir a los colectivos tangueros de la ciudad en la promoción del género en todas sus manifestaciones y para todos los públicos”.

Nacimientos y renacimientos que se logran e impulsan por la dedicación, esfuerzo, compromiso, lucha de artistas y docentes regados por una tendencia que trasciende la geografía local y abarca el extenso mapa nacional, aunque siempre con una fuerza concentrada en sus tradicionales orillas rioplatenses. Lo que, una vez más, me obliga a subrayar la importancia de los espacios.

Entonces también tenemos que hablar de El Levante, en la calle Pichincha 122 (ex Ricchieri). Inaugurada en junio de 2003, fue una de las más perdurables e importantes milongas rosarinas. Su arquitectura y ubicación hicieron de su historia y su pista de baile la más entrañable en su tipo. Después de quince años, terminó cerrando sus puertas a finales de 2018 para dar paso a Casa Brava, un bar/boliche con foco en los tragos de autor y oferta musical de bandas, DJs y eventos en vivo.

La Chamuyera, abanderada del tango contracultural de la ciudad, abrió a mediados de los dos mil como proyecto autogestivo. Más que autogestivo: La Chamuyera nace de la fantasía y voluntad del arquitecto, también docente de tango y gestor cultural, Marcos Raviculé, acompañado por el bailarín y músico Germán Ruiz Díaz y el ya mencionado Leonel Capitano, militante del tango si los hay.

“La Chamu” quedaba en Corrientes 1380, una dirección que también era su nombre. Para recordarla, o para que quienes no pasaron por ahí puedan imaginarla, nada mejor que escuchar *Mochila Mon*, con letra y música de Capitano: “Como el gotán / que lo arrastró / de Saladillo hasta el centro (...) Bermuda y Topper de lona / baila mochila”. Milonguero y habitué de “La Chamu”, Héctor “Mochila” Mon encarna la experiencia de muchxs que adoptamos el tango en zapatillas, la pista irreverente, los proyectos soñados y ejecutados entre amigxs. Cientos de jueves de milonga entre los miércoles de jazz y los viernes de rock. Formación sentimental y experiencia social urbana. Todo entre mesas de ajedrez y pizzas antigourmet. En 2016, esta parte de nuestra historia cultural, otra más, fue interrumpida y arrancada por una mezcla rara de violencia, locura y voracidad inmobiliaria.

En muchos otros sitios se bailó o sonó el dos por cuatro, tal vez con menos recorrido y con razones de cierre que no son consecuencia directa, o al menos visible, de las sucesivas crisis económicas o los desplazamientos urbanos, especulaciones inmobiliarias mediante.

Actualmente, auditorios de teatros públicos y privados, centro culturales municipales y provinciales, bares y pequeños espacios alternativos son escenario de numerosas formaciones y orquestas.

El tango danza, por su parte, cuenta con un circuito de milongas entre las que se destacan Percanta Tango Club, La Casona, El marne, El Palais de Glace, Malena, La Maga, y otras tantas autogestivas que se realizan en espacios públicos, como la explanada del Parque España, o la pista Victoria Colosio del Parque de las Colectividades, además de La Grieta y La Novata, comunitarias y eventuales, o las organizadas en clubes y salones particulares.

LA ORQUESTA ESCUELA, SEMILLERO DEL NUEVO TANGO ROSARINO

La ya mencionada Casa del Tango se inauguró el 11 de diciembre de 2004 y se formalizó como Centro Cultural en 2018. Su pertenencia al área municipal la sitúa como el ámbito para promoción de la cultura del tango en todas sus manifestaciones con un especial anclaje local. Su programación incluye, desde su fundación, el desarrollo de capacitaciones a través de clases y talleres de danza. Y tiene dos proyectos fundamentales para formación: la Orquesta Escuela de Tango y el Conjunto de Guitarras.

La Orquesta Escuela de Tango fue fundada por Javier Martínez Lo Re y Martín Tessa en 2005. Con más de veinte años en su haber, se formaron más de doscientos músicxs en sus diez promociones. Su programa está orientado a intérpretes de bandoneón, viola, violín, violoncello, contrabajo, piano, guitarra y canto de hasta 40 años de edad inclusive. Su objetivo principal es recuperar la transmisión oral entre los músicos de tango, aquella que se daba espontáneamente en las décadas doradas, cuando la orquesta, como institución, era el ámbito natural en el que se nutrían del conocimiento de sus colegas y directores. De esta manera, en la Orquesta se enseñan y transmiten los elementos técnicos que hacen al lenguaje del tango desde la perspectiva de cada instrumento que la conforma, se fomenta la creatividad de sus estudiantes, y la producción de arreglos y obras propias. Es un enfoque sustancial para el recorrido del Nuevo Tango Rosarino porque fortaleció la proliferación de numerosas agrupaciones que interpretan el género desde una visión generacional.

Más allá del amplio segmento de la juventud que comenzó a bailarlo en las milongas y de cómo otros tantos músicxs, desde la vereda del rock y la electrónica, comenzaron a tocarlo en su ver-

sión fusión, la potencia y la singularidad del Nuevo Tango Rosarino se consolida, fundamentalmente, por los aspectos antes mencionados. Rosarino y nacional. Ese caudal de jóvenes y talentosos músicos provenientes de la Escuela de Música de la UNR y de las formaciones en el estilo son los que van a configurar el Nuevo Tango Argentino de impronta rosarina, en el que se destaca cantidad, calidad e identidad propia. Un movimiento musical que es definido por su crecimiento, renovación, pluralidad de corrientes estilísticas, diversidad de formaciones y producciones discográficas, heterogeneidad, y creciente participación de las mujeres, que —más allá de las que lo eligen— han dejado el rol de cantora al que parecían estar encorsetadas, en un arco que claramente trasciende lo tanguero y lo reconocemos en otras músicas, para asumir protagonismo como instrumentistas, arregladoras, compositoras, directoras, productoras, y más.

COOPERATIVISMO Y FEMINISMO

A los pocos años de iniciada la formación en la Orquesta Escuela comenzaron a surgir múltiples y nuevas agrupaciones. Al surgimiento siempre le sigue un paso superador para lograr algo más allá de la irrupción: el de la organización para gestar, en sintonía con ese presente musical, una escena local de contención. En esta dirección, hay dos movimientos fundamentales de este devenir: el MuTaR (Músicxs Tanguerxs Rosarinxs) y el MyDTR (el Colectivo Mujeres y Disidencias Tangueras de Rosario).

MuTaR nació en 2011 como cooperativa de trabajo, y se auto-definió como un “movimiento independiente y autogestionado con una militancia ferviente para con el género musical”. La organización realizó de forma intermitente ciclos de conciertos, talleres, milongas y ocho ediciones de sus rupturistas Festivales

Mutantes. Un espacio propuesto para valoración de la producción rosarina decidido a ampliar la escena local, ofreciendo donde tocar en vivo y estimulando el vincularse con la vertiente milonguera.

MyDTR aparece en el 2019, en sintonía con el auge de la Marea Verde, el movimiento feminista por la legalización del aborto: “una colectiva artística, feminista y social que nace de la resignificación del tango como identidad en constante transformación, integrado por compositoras, arregladoras, cantoras, instrumentistas y bailarinas del tango del siglo XXI”.

Visibilidad y equidad fueron parte de las banderas comunes en el campo de la lucha por los derechos de las mujeres, con otros batallas particulares: cambiar una narrativa tradicionalmente misógina aportando e impulsando la difusión de nuevas y propias composiciones, y abrir la discusión para desarmar los mecanismos machistas y violentos, propios de la antigua dinámica de relación en el ámbito del baile social conocido como milonga.

Así, las mujeres bailarinas dejan de ser la partener lánguida y bonita de los profesores varones para mostrar el rol femenino y se convierten en docentes que enseñan ambos roles del tango danza, líder (emisor) / seguidor (receptor), dándole posibilidad a otras formas de bailar, aprender e interrelacionarse en el encuentro de los cuerpos. Las músicas van a disputar sentidos y estereotipos tan cristalizados en el tango del siglo pasado a partir de la elección de repertorios propios y nuevos. Un movimiento de transformación profundo, con artistas y acciones dentro y fuera del colectivo, del que forman parte distintas generaciones de mujeres que ocupan un espacio importante dentro de la nueva identidad del tango rosarino del siglo XXI. Las compositoras inspiradas y animadas por la última gran ola feminista se animan y proponen otras formas de tocar, de cantar y habitar las historias musicalizadas. Femicidio, acoso callejero, tantas viejas y nuevas formas de

relaciones afectivas en conflicto conviven con los temas habituales en el tango: el amor, el barrio y los paisajes sociales y naturales, pero esta vez escritos e interpretados a partir de las miradas de las autoras y los sonidos de las compositoras del presente.

Sobre Florencia Bianchi

Primero que nada, milonguera intermitente desde 2003. Luego, todo lo demás. Trabajadora cultural rosarina. Licenciada en Comunicación Social y Magíster en Género por la UNR. Autora de *Pioneras, Aliadas & Feministas* (Leviatán, 2025), un libro que recoge la historia de las mujeres rosarinas del rock.

Comunicadora del Centro Cultural Roberto Fontanarrosa (1997/2023) y del Centro Cultural La Casa del Tango (2023/actualidad). Participó de programas radiales, escribió en revistas y publicaciones digitales, organizó ciclos musicales, realizó trabajos de prensa para artistas y grupos independientes, y participó como productora del largometraje *El Color del Bromo* (Ficción, 2019).

La potencia del encuentro

Por Mal de archivo

En el mapa rosarino de las prácticas culturales del siglo XXI, la experiencia de Mal de archivo no aparece como un caso excepcional ni como una suma de actividades, sino como un modo de habitar la ciudad a través del libro, la música, la lectura y el encuentro. Pensar esta librería es, al mismo tiempo, pensar una forma de hacer cultura en esta ciudad hoy.

Mal de archivo parte de la convicción de que el libro no es únicamente un objeto de consumo ni un soporte de contenidos, sino una experiencia. Una experiencia que es individual y colectiva a la vez, afectiva y política, íntima y pública. Desde esta perspectiva, la librería se configura como un espacio de mediación: entre autores y lectores, entre editoriales y comunidades, entre la producción cultural local y los circuitos más amplios de circulación simbólica.

La práctica cotidiana de Mal de archivo se sostiene en una lógica colectiva y horizontal, donde la cultura es pensada como trabajo y como derecho. Esta posición implica asumir las condiciones materiales del hacer cultural —la precariedad, la multiplicidad de oficios, la convivencia con otros trabajos— sin romantizarlas, pero tampoco sin escindirlas del deseo de producir sentido. La librería existe, así, en la intersección entre lo vocacional y lo laboral, entre la pasión por los libros y la necesidad de construir un proyecto sustentable.

La ciudad aparece de manera orgánica en lo que hacemos. No como tema explícito ni como postal de fondo, sino como el contexto vivo que es, y por lo tanto, como tal atraviesa decisiones, vínculos y modos de producir. Pensar qué libros circulan, qué voces se entraman, qué lenguajes se ponen en diálogo, es también una forma de pensar Rosario: sus posibles lectores, sus tiempos, sus tensiones culturales. La librería no busca representar a la ciudad, pero sí conversar con ella, leerla y dejarse afectar por sus ritmos y contradicciones.

En ese diálogo, Mal de archivo convive críticamente con el mito cultural rosarino. No desde la negación ni desde la repetición nostálgica, sino desde la pregunta por aquello que aún no fue dicho, por las escenas que no siempre encuentran lugar en los relatos dominantes. La apuesta es ampliar el campo de lo visible y lo audible, habilitar otras temporalidades y otras genealogías culturales que exceden los nombres consagrados y las décadas cristalizadas.

La experiencia de la librería también permite leer, en escala micro, algunos de los problemas estructurales de la cultura local: las dificultades para sostener proyectos independientes, la fragilidad de los circuitos de legitimación, la escasa crítica cultural sistemática, y las tensiones permanentes con los centros de producción —simbólicos y materiales— concentrados en Buenos Aires. Al mismo tiempo da cuenta de potencias concretas: la existencia de comunidades lectoras activas, el deseo de encuentro, la capacidad de generar conversación pública desde espacios pequeños pero intensos.

Mal de archivo se piensa y se vive como parte de una escena, aunque una escena porosa, no homogénea, atravesada por diferencias y autocríticas. Ser parte de una comunidad cultural implica revisar prácticas, repensar modos de circulación, interrogar los propios límites y las responsabilidades. No se trata de consolidar

una identidad cerrada, sino de sostener un espacio abierto, en movimiento, dispuesto a transformarse con la ciudad que lo aloja.

Desde esta experiencia, la identidad cultural rosarina aparece menos como una esencia que como una pregunta en disputa. ¿Qué Rosario se narra y cuál queda fuera? ¿Qué lecturas se legitiman y cuáles permanecen en los márgenes? La librería no pretende dar respuestas pero sí ofrece un territorio donde esas preguntas pueden hacerse y apropiarse colectivamente.

En un contexto urbano atravesado por múltiples crisis, Mal de archivo insiste en el valor del tiempo compartido y de la conversación alrededor de los libros, de la música y la cultura en general. En ese gesto simple se concentra una esperanza: la de seguir imaginando una cultura que nazca del encuentro y del diálogo con otros, que permita que el corazón del libro reviva nuestros latidos y nos salve.

Sobre Mal de archivo

Librería independiente, espacio y club cultural: un lugar donde se cruzan autores y lectores, editoriales y comunidades, la producción cultural local y todo eso que circula, se comparte y nos conecta. Libros nuevos y usados, revistas, vinilos, casetes, CDs y otro tipo de hallazgos y joyitas conviven con talleres, conversatorios, actividades y eventos de alta densidad cultural. Participó de la creación de la Cámara Argentina de Librerías Independientes, y es también integrante de la Cámara de Librerías Independientes de Rosario. Instagram @maldearchivo

las cosas que no conocés rozándote los pies

Por candela cheres buigues | aka candela

hasta mis seis años , vivo a la vuelta de librería arroyito . desde mi seis, mi panal está en el borde norte de rosario , entre las vías . ahí, tranquila en la cama, escucho acostada músicas en español . una y otra vez lo mismo de soundcloud . acento chileno , andaluz , rioplatense . todas cadencias gemelas , para mí . un oído desordenado incapaz de diferenciar matices , solo palabras completas en sí mismas , envueltas con moño . un regalo que sigo redescubriendo : las sonoridades de nosecuenta , eddicirca , mente sabia crú , gata cattana , raxet1 , brapisone , yungbeef , plinio (ex lashormigas) , los besos , sara hebe . mientras , un balbuceo desterritorializado sobre beats de uso libre e instrumentales precarias y bárbaras hechas con mi compu de escritorio y subidas a youtube . lo que le sigue a eso : el desplazamiento diario hacia el centro para estudiar . hasta el dos mil diecinueve, el centro de la ciudad estaba determinado por mi casa y no por otra cosa .

ya dichas mis primeras palabras , estado mental entusiasmada as fuck . pero una pena , un prado entero de pena que no existan billetes de entusiasmo para pagar las expensas , el alquiler , la comida , el material de la facu y una placa de sonido . por eso mi entusiasmo lo divido y redirecciono la mitad en aquello que permite sobrevivir : atender al público ,

corregir , ser moza , o estar en la barra de un bar , vender hamburguesas de lentejas con mi mamá , ser docente , dar clases particulares . malabarismo . la otra mitad : jugar , leer , aprender , escuchar , hablar , estudiar en la universidad pública , ir de acá para allá esperando el colectivo más de media hora antes de las veinte horas porque despues desvía el recorrido y ya es otra la cantidad de cuadras que debería caminar a la noche .



si es una serpiente nos pica : cada rincón de la ciudad está inundado de néctar . también lo está cada tarea y cada tiempo que paso haciendo otras actividades . soy una abeja obrera puesta para hacer miel . todo me invita , me _inspira_ dirán algunos , pero esto es más una actitud frente a la vida que una realidad material que veo y escucho con mis manos . también sé que es una postura que adoptamos las que confiamos en lo que hacemos , seguir haciendo _a pesar de_ es un modo de arengarnos entre todas . cuánto néctar da la misma flor no es algo que yo sepa . actualmente , en dos mil veintiséis , ya debo estar en mis segundas palabras pero no veo cerquita la posibilidad de subsistir solo pronunciándolas . las quiero y , aunque no las haya pensado nunca para eso , sería emocionante que suceda o ayude . me gustaría que haya más abejas y , sobre todo , una regadera para cada flor y más personas cambiando las macetas . no hay naide pensando en cambiar las macetas y nos pone tristes . un día estar plantada en una botellita de coca cortada a la mitad y que de repente alguien que tiene otra maceta te ofrezca una de plástico para que tus raíces se expandan más cómodas . esto aplica para todo . es un modo de vincularse , de crear , de ver la vida , de germinar conocimiento y de pensar el futuro .



sobrevuelo por la costanera , mis ojos una kodak , un tesoro ver el río paraná , pero no es mi lugar predilecto . algo resuena en mí del poema de humita , editada en plaqueta por danke : “porque no me gusta el río / odio el río / me parece asqueroso / las cosas que no conocés rozándote los pies” . me pregunto por qué es el río La Imagen que compone , históricamente , La Escena rosarina y no otra cosa ? no quisiera , tampoco , que nuestro Paisaje se componga a partir de unos ojos que miran lo mismo y lo fijan en el tiempo .



aprecio mucho los ojos que nos observan desde adentro extrañados y generosos y los oídos que procuran que nada (o casi nada) se vuelva ruido . me gusta mucho , por eso , la mirada y la manera de escuchar de lucas canalda , que no se queda en sentir únicamente y va y lo escribe . él , por ejemplo , sabe que me siento muy de acá y que se ve en lo que hago y en cómo lo hago , aunque no explícitamente ; que se me ocurren frases para canciones y poemas mientras camino por esta ciudad y no por otra ; que nunca me iría y que no me conflictúa ; que la ciudad y nuestra identidad es ecléctica y que, en todo caso , para ver rosario en las cosas que hacen algunas personas hay que pensar rosario de otro modo ; que cada evento , cada propuesta y cada una de nosotras son un diapasón regulado de modo diferente y desconocido . hay muchas personas en la ciudad como él y podríamos hacer una fiesta para celebrarlas . la fiesta , claro , sería en bon scott .



a veces es como si nos obligaran a todas a estar en el asiento de atrás de un auto cuyos espejitos retrovisores apuntan a los autos estacionados en lugar de mostrarnos el flujo verdadero del movimiento y el tiempo : el sonido de una moto que frenó de gol-

pe porque se cruzó un perro , el detalle de la campera de la señora que caminó apenas avanzamos , el abollado de la puerta de atrás de un auto que chocó porque también tenía mal puesto el espejito . nosotras somos curiosas , nos damos vuelta , miramos , asomamos la cabeza , tomamos nota , pero la solución es que todo apunte a ese movimiento .

¿ cuánto están perdiéndose los que miran por el espejito ?

y entonces el poema cambia , en realidad no son “las cosas que no conocés rozándote los pies” : son las mismas cosas (muchas veces extranjeras) una y otra vez rozándote los oídos , los pies , las manos , el anfiteatro , ahggggg!!!! dele que te dele rizar el rizo . creo que echaría luz sobre todas nosotras que haya una política del roce de lo desconocido . cada día un lugar nuevo naciendo , con una propuesta nueva caminando , con personas de la ciudad escuchando e interviniendo y no haciendo malabares para sostenerse . un acercamiento consciente de las que solo observan por el espejito . cuando ya todo lo desconocido sea conocido , se exigiría una renovación y un auto-desconocimiento de cada una de nosotras (que devendría en un auto-conocimiento) para volver al trote . estaríamos tan sensibles , tan predispuestas y toquetonas . podríamos pegar la vuelta : polemizaríamos !! sería tan divertido y esclarecedor . “yo quiero que me toque esta cosa desconocida y no esta otra” , diría alguna haciéndose la loca . y , como la Ciudad nos apoyaría y propulsaría al mundo entero , podríamos polinizar sobre por qué tal canción configura mejor que otra la nueva ola del neo-bedroompop . no sé , imagino al menos . vendrían a nuestra ciudad para que nuestra mirada ciudadana se pose . los ojos de todas una kodak fotografiando la verdadera rosario . justamente , que nuestra ciudad no sea tan grande como buenos aires es una gran virtud , acá existe la posibilidad de que nadie pase inadvertida , que todas seamos escuchadas , miradas y valoradas .

así , entonces , no habría Una Escena Rosarina Histórica , ni una Escena Rosarina Contemporánea a la que pertenecer , ni Escenas en general , que es mejor todavía . Habría una gran Colmena , que es lo que hay . no me gusta la palabra escena , porque implica un detrás de escena , un salir de escena , un entrar en escena . el “ centro ” es la escena , ¿lo que se ve? . hay algo de frialdad y quizás exclusividad atrás de ese término . me incomoda un poco la fijeza .

¿ cuánto tiempo alguien tiene que entrar y salir para “ permanecer ” en la escena ? ¿ cómo se entra antes que nada ? ¿ se percibe de modo diferente el espacio cuando alguien entra y sale ?

a mí me gustaría que todas hablen y que naide esté atrás o a los costados ; que todo sea adentro . una linda palabra antes que “ escena ” podría ser “ comunidad ” , que serviría para pensar un constante porvenir construido desde el nosotras . otra palabra que es precisa-preciosa es “ constelación ” , porque invita a pensar el presente hacia atrás y hacia adelante .

yo elijo enjambre . bzzzzzz bzzz

Sobre candela cheres buigues | aka candela

(Rosario, 2001). Hacedora de canciones y poemas. Profesora en Letras (UNR). Desde 2019 lleva adelante su proyecto musical *aka candela*, con el que publicó los EP *acuoso* (2020), *faz* (2020), *amor gatuno* (2022), *específico* (2023), *aka candela acá allá y en todas partes* (2023), y el álbum *el porvenir* (2025). En 2024 participó de la Residencia para poetas jóvenes del Festival Internacional de Poesía de Rosario (FIPR); año en el que autoeditó y publicó el fanzine *Poemas reguetoneros*.

Recomendaciones rosarinas

sala reflejos / el trocadero / agus lofi / silencio / ciclo óxido y
suburbio / charo centeno / maxi trampa / omachi ediciones / iara
iusef / puerto limón

Encender la noche, activar las calles

Por Agostina Pozzi

Un día, durante mi primer año de terciario, me llamó Lauro Campos para actuar en la obra *Como si fuera una perra*, una adaptación suya de *La casa de Bernarda Alba*, de Federico García Lorca. Él, gran referente teatral de una vieja escuela, llamándome a mí, una niña. Y sí, aprendí mucho. Esa fue mi primera actuación formal en el teatro independiente, mi primera obra. Agradezco cruzarlo en mi carrera, y le mando un beso al cielo.

Mis primeras referentes fueron mis maestras, docentes que admiré y seguí. En la secundaria, Alejandra Mac, docente de Lengua y Literatura que siempre terminaba los prácticos con alguna escena teatral. O Cecilia Uthurry, una docente que hizo un reemplazo en inglés, pero también era actriz; en mi recuerdo quedó grabado verla actuar, en el salón de música del Normal 2, un monólogo de *Corazón delator*. Me movilizó tanto que no entendía, quería tener ese poder de producir sensaciones. ¿Estará sintiendo lo que siento yo? Me hice mil preguntas.

A mi primer profe de teatro lo conocí en la primaria, un pibito que nos hacía actuar y contaba chistes. Quería ser como él. Lo vi actuar en *La canción del camino viejo*, con Severo Callaci, y fue *un antes y después*. Hablo de Santiago Dejesús. Nos reencontramos años más tarde y entrené con él bastante tiempo, junto a Miguel Bosco. Luego, la amistad y los proyectos.

De la Escuela de Teatro y Títeres, Mary Sojo fue de las primeras en presentarme el teatro independiente, el absurdo, el juego en lo teatral, la posibilidad laboral. Otra docente que expandió fue Laura Copello; en una clase nos dijo que todxs podríamos *sacarnos un diez*, pero lo importante es lo que hagamos por fuera. No fueron sus palabras exactas, pero algo así es lo que recuerdo y escucharla decir eso marcó algo en mí: activar la calle en simultáneo al estudio. Copello sacó varios libros que se abrían en muchas capas y nos presentó el mundo de objetos.

Terminada la escuela me obsesioné con el teatro físico, con la antropología teatral. Aparecen ahí Eugenio Barba, Julia Varley. También conocí a Jesica Biancotto y entrené con ella un tiempo, aprendí las mil y una posibilidades, la paleta de colores escénica, la diversidad de universos que pueden crearse, el cruce de disciplinas. Pienso en Urdapilleta, Tortonese, Batato Barea, el Parakultural, epicentro del teatro underground posdictadura. Escuché y vi mucho a Tita Merello, a Verónica Llinás, Capusotto, Charo López, Malena Pichot, Rita Cortese, Julio Chávez, Griselda Gambaro, Eduardo Pavlovsky. Me interpelan mujeres como Lucrecia Martel, Mercedes Morán, Dolores Fonzi, Érica Rivas. A veces vuelvo a ver los videos de Nina Simone, otras veces vuelvo a Eva Duarte, a Rita Segato. El colectivo teatral Piel de Lava, esa grupalidad que conforman Elisa Carricajo, Pilar Gamboa, Valeria Correa y Laura Paredes me parece fantástica, las observo mucho.

El colectivo rosarino Si, Sociedad de Impro también me parece una grupalidad teatral con mucho para aprender, como otras tantas que hay en la ciudad; los nombro a ellxs por tener el lujo de cruzarme con varios en proyectos actuales. Dentro de mi actuar inquieto de aquí para allá, Juan Nemirovsky se ha sumado a mis referentes, un trampolín de haceres. Hay muchxs compañerxs queridxs de mi ciudad, gente que admiro y de los que aprendo mucho.



Trabajar de actriz y vivir de eso: es difícil de decir así tan lineal, tan cerrado. No siempre se está con funciones, tampoco siempre se está estrenando algo, ya sea en teatro como en cine. Hay proyectos por salir, cocinándose, hay fechas por llegar, hay cosas pasadas que vuelven. Hay intermitencias y continuidades casi en simultáneo.

Hace unos años, además, me metí en el mundillo de la producción, en la asistencia de dirección, primero de teatro y luego de cine. Y a la vez, si pienso en mi corto recorrido, siempre fui un poco productora de mis labores generando varietés, armando compañía de animaciones infantiles, llevando escenas a la plaza, a algún club, a algún bar. Al fin y al cabo ser artista independiente siempre va de la mano con aprender a gestionar lo propio con otrxs. Eso siempre. De este modo, soy parte de El amor ke salvas, grupo de chicas que producen teatro y cine.

Actuar, producir, asistir, y más, hasta bailar, no solo lo hago en teatro y cine. Desde producir eventos a ser coencargada de bandas (Casa Brava), desde actuar en videoclips a actuar en vivo durante un recital (como con Varoner), de esas performances escénicas al mundo stream delante y/o detrás de cámara, de trabajar en redes a hacer cómputos en competencias de danza (Mátrix Producciones). Puedo cortar tickets, escanear QR en la entrada, hacer produ y *stage*, como ocurre con El Vacilón, la gran fiesta de perreo que laburamos con mi amiga Paui (hermana de mil proyectos). También soy modelo, empecé freelance y entre amigxs, pero ahora soy parte de la agencia MAIBO. Meto changas por todos lados, soy una gran aceptadora de propuestas changueras, y en caso extremo, debajo de la manga tengo una carta de paseadora de perros o cuidadora de mascotas a domicilio. Tengo un par de mazos siempre bajo la manga. Ante la duda es un sí. Nunca se sabe.

Este trabajo es muy cambiante de tiempos, lejano a la estructura de lo cotidiano, es de verdad *muy* freelancer. Te puede aga-

rrar un martes al mediodía tomando mate y después con un fin de semana largo internada en una sala de ensayo, o en una casa tomada como sala de ensayo, o en tu casa tomada como sala de ensayo. De la nada a estar con tres funciones al hilo, o en un rodaje infinito donde no ves el sol. Pero en todas sus variantes se mantiene algo que es mágico: el tiempo como obrador de situación fantástica creadora, un tiempo quebrado, distinto, corrido de la regla.



Rosario aparece en lo que hacemos, en lo que hago, en la elección de cómo se cuentan las historias, en nuestra forma de hablar y de ver el mundo, el barrio, las plazas, el Paraná, el fútbol, los colores. Y cuando no aparece, o si no llegara a aparecer, es nuestra tarea hacerla cuerpo, que aparezca, que exista. Cuando se borrona hay que esclarecer para que no nos tape esa neblina porteña que tanto cae.

Hoy en día, los espacios culturales de la ciudad, como tantos otros espacios, están complicados, hay muchos teatros independientes que luchan día a día para lograr pagar el alquiler. En estas condiciones, pensar una producción es difícil, pero se hace, se unen fuerzas y se logra. Porque vivimos acá, porque tenemos que hacerla. Cuando la situación económica arrasa los bolsillos, la pertenencia es activismo puro, es estar en el lugar y hacerlo propio, encontrar formas de fortalecer los lazos para mantener viva la ciudad, para contar lo que nos pasa. Y eso es ocupando los espacios que existen, buscando las mil formas de encuentro. Porque cuando la ciudad aparece en lo que hacemos vamos dejando la huella de qué es lo que sucede en la ciudad hoy.



La “Rosario Cultural” abarca casi en su totalidad al centro rosarino. Nos quedamos en el ombligo de la ciudad y se camina hasta donde llegan los reflectores de las calles más iluminadas.

Nací en la Florida, a dos cuadras del barrio Campo de Mayo, cerquita del Remanso Valerio. Para quienes no se ubiquen, casi llegando a Baigorria. Siempre, ver una obra de teatro implica, desde que nací hasta hoy en día, tener que ir a tomarse un colectivo que a veces no llega. Horas y horas en la parada oscura del 153. Hay colectivos que directamente no existen, conexiones imposibles, bondis y barrios inexistentes, lugares totalmente abandonados, barrios fantasmas. Porque no se trata solo de llegar al teatro, sino también de que el teatro esté en los barrios.

Esta concentración céntrica también nos habla de otra cosa: la ciudad periférica no solo no participa ni recibe nada de esa “Rosario Cultural”, sino que no está siendo escuchada ni narrada. Si bien existe un apoyo entre artistas, el tema son los medios convencionales, ni bola.

Existe el apoyo de personas, de grupos, algún stream que habla sobre la importancia del arte, algún/a locutor/a que te invita a hacer alguna nota para su programa y difundir tu proyecto, algún espacio en una revista digital; están los amigxs que van a todas las funciones, y están los comentarios en las redes sociales. Apoyo de conocidos y desconocidos mediante varios intentos propios que hacemos de acercarnos a todxs. Dado que, en general, no contamos con esa posibilidad intermediaria de los medios, nosotrxs somos los que buscamos generar comunidad y empatía, y vamos recibiendo eso. A falta de apoyo de medios, a falta de esa descentralización, existe la gente. El boca en boca que nos gusta: al que le gustó la función, que la recomiende a sus amigos, y al que no le gustó, a sus enemigos.

Con menos gracia hay que decir que la falta de apoyo a los espacios culturales es total. Faltan definiciones políticas por una noche despierta, un transporte público que funcione bien. Falta

inversión en proyectos rosarinos, en proyectos de la gente. En proyectos de los barrios. Falta inversión e interés en lo rosarino, basta de porteñadas: nadie necesita un parque acuático, un techo de chapa pintado por artistas de Buenos Aires (El Aura), unos silos pintados por otro artista de Buenos Aires, un proyecto de comedia municipal, lejana y misógina, comprado en Buenos Aires. ¿Sigo?

Pareciera que les falta pensamiento crítico a quienes toman decisiones importantes para la cultura de esta ciudad, a los que deciden sobre los puestos de trabajos. Faltan puestos de trabajo. Falta amor a lo propio, a nuestra tierra, a nuestros recursos. Respeto y confianza a lo que hacemos, eso falta.



Si bien el recuerdo es lindo, el mito de la “Rosario Cultural” es peligroso, porque aparece de manera muy contundente y deviene en frases que terminan midiendo la cultura en resultados. Frases como “esto no corta tickets como aquellos”, “esto no llena platos de comida”. Entonces, el mito es peligroso porque termina definiendo el apoyo o no a la cultura en términos presentes.



Siento que la ordenanza de nocturnidad arrasó con la posibilidad de una noche despierta. Arrasó tanto que nos llevó a una noche oscura, silenciosa, lo que termina siendo etiquetada como “peligrosa”. La gente no está invitada a salir de la casa, no es su culpa. Ahí se nos pone difícil a los trabajadores culturales, y nos encontramos generando maneras para convencerte de que salgas, de que vengas al teatro. Y lo hacemos sabiendo que los sueldos están bajos, que la inflación nos ahoga. Es moneda corriente hablar de que nos falta plata.



Hay un gran desfinanciamiento a la educación, hay escaso conocimiento sobre la importancia de la cultura, que es nuestra raíz, de dónde venimos, qué hicieron con nosotrxs. La cultura es la identidad de un pueblo, nos conforma como ciudadanxs, es parte de nuestra historia y es construcción a futuro. Cuanta más sabiduría, más autonomía, más pensamientos críticos. El saber debe estar repartido en los bancos de escuelas de manera pública y gratuita, no en manos de quienes pueden pagarlo. Nos encontramos dentro de un sistema opresor, patriarcal, fascista y perverso que nos obliga a encerrarnos. Como mujeres lo sufrimos más, nos obliga a no poder ejercer libremente y a conciencia nuestro hacer cultural. Estamos nadando en un charco, nuestros derechos están siendo silenciados otra vez. Hoy nos toca volver a las calles, salir de nuevo a defender lo nuestro.

Volver a las calles y encontrarnos en la empatía. A la ciudad le falta apoyarse entre unxs y otrxs.

Estamos viviendo un momento de desborde a nivel mundial con una ultraderecha que nos barre el paso queriendo comerse todo nuestro plato, y el de al lado, y nuestra agua. Es grave lo que está pasando. Y es fundamental defendernos, entender qué es lo que queremos y qué se necesita para cambiar, crecer, construir conocimiento, comprensión de ese conocer. Tener memoria colectiva. Tener espacios para aprender. Que se repartan equitativamente los puestos de trabajo, que la paridad de género sea real, que exista un sueldo digno.



Pienso en una identidad cultural rosarina que existe porque no hay otra ciudad que se le asemeje. Pero la verdad, está difícil sustentar esa idea. Una ciudad que cierra los espacios que abrían sus puertas para que se hagan obras, para contener escenas.

¿Cómo sostener, cómo construir identidad mientras la barren?

Más allá de la situación actual, Rosario tironea de la soga para seguir estando al pie de la cultura. Por esa razón existe tanto artista, porque si bien falta sustento para la educación, nos considero grandes pensadores del arte. Los rosarinos hemos mamado cultura de la forma en la que hemos podido, en los tiempos que nos han tocado. Ahí veo nuestra identidad cultural, en la lucha constante en grupos. Hay algo que suele decirse bastante: Rosario es un pañuelo, y creo que eso nos identifica. Somos un pueblo grande, hay algo en eso de conocerse, sentirse cerca, una especie de calor humano que te calienta los pies cuando está fresquito. Una mano hermana. La hermandad como identidad.

Una identidad cultural que también aflora cuando alguien defiende y permanece en el lugar que unx ocupa, cuando eso se comparte y/o te hace parte. En el compartir es más fácil ver la ciudad. Aunque haya nichos también, y haya lugares a donde una no entra, porque no quiere, no le interesa, no es parte de esa identidad. La diferencia también enriquece, poder elegir con quien compartir (siempre con respeto). Creo que todo parte de ahí: elegir, soñar, agradecer, compartir, respetar. Una comunión.



Ser artista en Rosario es que te pregunten varias veces al año si pensas en irte a vivir a Buenos Aires. Familiares, la vecina, el del kiosco, las amigas de tu mamá, los primos de tus amigos. No sé si en algún momento de la vida desaparece esa pregunta ajena, que hace ruido, que genera tensión. A veces da paja. Fiaca. Ya sé que allá atiende Dios, no necesito que me lo recuerden, estoy intentando hacer algo por mi ciudad. Y me encantaría que Dios se pase por el barrio. Al mismo tiempo es innegable: allá surgen laburos, hay más demanda y por ende más oferta, es una metrópolis a tres o cuatro horas. Sirve, suma, es confuso, quizás contradictorio, pero la vida en parte es eso. No hay verdad, hay preguntas.

Cuántas más preguntas haya, siempre será mejor, agotador pensamiento que expande. Facundo Cabral dijo alguna vez: a la gran verdad se llega después de grandes errores, el que más se equivoca tiene más chances de darse cuenta. Me vino a colación y lo tomo, y lo comparto.

Vivo en Rosario. Me encanta ser rosarina. Viajé varias veces a Buenos Aires, pero tampoco tantas, a tomar seminarios, a ver obras, a laburar en algún rodaje, a hacer algunas fotos, a meter siempre algún *lobby*. El deseo de irme para enriquecer, tomar clases y laburar siempre está, pero convive con la fiaca que me da que exista ese “techo” en nuestra ciudad. Porque acá se filma poco, porque no hay (o es poco) público educado para ir al teatro, *blablabla*. Siempre es lo mismo, no hay presupuesto. Me cansa, aunque resisto, y resisto con amigas, con El amor ke salvas, con la escritura de nuevos proyectos, con el active en la calle. Quizás algún día me vaya para volver. Una frase medio Alfonsina Storni pero me hago la poeta triste y después me como un pan relleno a la salida de García, mientras pienso que tengo ganas de actuar en alta peli y en una obra de teatro que gire por todos lados; mientras pateo a mi casa y reflexiono sobre la libertad de poder soñar; mientras camino sola y de madrugada a mi casa. “Para mí, la libertad es no tener miedo”, dijo Nina Simone en una nota, y me quedó tatuada en la memoria.

Yo quiero a Rosario, de verdad la quiero, me preocupan las familias en la calle, el abandono de los barrios, pienso mucho en mis amigas, mis amigos, la familia, en el Paraná, en la Lepra. Sueño a cada rato con un teatro rosarino que nos salve del caos. Es mucho, pero de eso se tratan los sueños: la juventud de pensar-nos inmortales. Ojalá todxs los niñxs del mundo pudieran soñar con lo que quieren ser de grandes y soñar de grandes lo que quisieran ser de más grandes. Y así, soñar por siempre para que el mundo sea, a veces, más liviano, amigable y libre.

Sobre Agostina Pozzi

Actriz, productora, asistente de dirección y modelo rosarina. Egresada de la Escuela Provincial de Teatro y Títeres. Formación integrada por los docentes Santiago Dejesús, Miguel Bosco, Mary Sojo, Jesica Biancotto, entre otros. Actualmente (2026), con dirección de Nicolás Cefarelli y asistencia de Romina Parisi, actúa en la obra *Belgrano hace bandera y le sale de primera*. Antes, actuó con dirección de Ofelia Castillo, en el marco del Programa Comedia Municipal Norberto Campos, en *Remeras negras*; con la obra *El acompañamiento* llegó al Encuentro de Teatro de Casilda, y con *Telarañas* al Encuentro Latinoamericano y el Caribe de DDHH y Salud Mental, entre otras. Escribió *Bomba tropical* para Microteatro. Coordinó el XIV Festival de Teatro de Escuelas Secundarias de la Escuela Provincial de Teatro y Títeres. Integrante del grupo teatral y de producción audiovisual El amor ke salvas (IG: @elamorkesalvas), desde donde se gestan varios proyectos: la obra *Las amanecidas*, el cortometraje *No me olvides*, y la producción de *El amor ke salvas, la fiesta*. En sus redes sociales va compartiendo sus trabajos y proyectos: @agos_pozzi

Elogio del quedarse

Por Julia Enriquez

A veces siento que Rosario entera es under. Para el resto del país y para sí misma.

Under para el resto porque tiene cierta aura de tesoro escondido. Muchas personas que llegan a visitarla desde otros puntos del país quedan fascinadas, por sus dimensiones justas, el río sublime, la espontaneidad en los planes. En los últimos años los medios de comunicación a nivel local y nacional se han dedicado a instalar una versión infame, pero es una ciudad disfrutable y estimulante.

Under para sí misma porque muchas veces lxs rosarinxs somos los primeros en desatender o desvalorizar lo que está sucediendo acá. Muchxs logran apreciar lo local sólo si la atención o la validación proviene de Buenos Aires, o del mainstream en general.

Es una ciudad antiheroína. Medio loser y a la vez genial. Como el slogan de la revista *Risario*, que fue muy popular en los años ochenta, y que conocí gracias a mi viejo. El slogan dice... *Ríase: ser rosarino ya es un chiste del destino.*

No tiene sentido hacer comparaciones entre ciudades. En todo

caso, se pueden hacer conexiones. Ante todo, hay que cuidar y potenciar nuestra singularidad, una singularidad multiforme, compuesta por incontables facetas y devenires. Las Rosarios que fuimos y somos.

Tengo especial curiosidad por la historia local, por la vida cultural rosarina de otras épocas, y en mis búsquedas siempre encuentro algo elemental, paradigmático o fundacional que seguía sin conocer. Creo que me voy a pasar toda la vida descubriendo mi ciudad.

Hace poco pude conseguir, finalmente, un ejemplar del mítico libro *Rosario, esa ciudad*, publicado en 1970 por Editorial Biblioteca, perteneciente a La Vigil. Las preciosas fotografías muestran la vida laboral, social, cultural, a partir de escenas y gestos mundanos y por eso mismo esenciales: trabajadores del puerto o saliendo del taller en bicicletas, paredones empapelados con cartelitos publicitarios, conversaciones frente al río, el ajetreo de los comercios del centro, una noche de pool. En esa Rosario en blanco y negro veo algo de la que encuentro al salir de casa, si bien mucho ha sido demolido, o hay que buscarlo mirando los edificios de la mitad para arriba.

Una ciudad bohemia, llena de artistas, poetas, músicxs. Eso quisimos ser, fuimos, podríamos, o somos en algunos destellos (salgo para encontrar esos destellos). Personas recitando y escuchando poemas en un bar. Una imagen que recorre muchas décadas.

La ciudad es un tema predilecto para muchxs poetas. Elvio Gandolfo tiene un poema precioso, “Las zonas particulares”, que es una clave de lectura urbana o más bien una clave experiencial:

*Cada cual
aunque odie en parte
a la ciudad
o la vea
como un plato hondo
de sopa
chata dilatada calurosa
elige una zona que ama.*

*El lugar donde besó
las pocas cuadras donde
no sabe por qué
entra como
en una novela
o en un cuento.*

(...)

¿En qué cuadras entramos en esa novela o cuento? ¿Cuándo aparece la ciudad bohemia? Yo la he encontrado en un piano bar clandestino por el centro, o en tertulias en casas de amigos, convocadas de boca en boca, o en un bar diminuto lleno de antigüedades, también casi secreto. Alguien tocando una canción o recitando un poema, un grupo alrededor escuchando con atención. Una imagen que insiste. Una forma de encuentro poderosa y reparadora.

Caminando por ciertas cuadras, o en ciertas circunstancias, entro en un poema. Es la situación que intento propiciarme todos los días. Quiero vivir en un poema, no sólo escribirlo.

A un fanzine le puse de título *ROSARIO CITY FORGIVENESS TOUR*, intentando vengarme disimuladamente de alguien, como

en un chiste interno para mí sola, pero después me di cuenta de que en realidad es lo que yo hago, el tour del perdón: todos los días salgo a amigarme con la ciudad (con la realidad), salgo a ampliar mi radar, a escuchar y conversar, a hacerme una nueva idea, a esquivar la tristeza, a conocer a unx artista, a buscar poemas, a vivir poemas.

De a momentos he sentido miedo, hostilidad, paranoia, pero vamos construyendo una ciudad más amable en cada una de esas escenas y gestos mundanos primordiales, como en el libro de fotos. Micropolíticas. Organizar una lectura o recital en una casa. Hacer un fanzine y llevarlo a todos lados para regalarlo, venderlo o trocarlo. Dar un taller en una librería independiente. Comprar una obra de arte de un artista local. Así se arma una especie de economía popular cultural.

En mi caso, trabajo principalmente de corregir, traducir y editar textos; la gran mayoría son proyectos junto a personas que conozco por el circuito cultural, por salir a ver qué pasa. Vivir de la literatura es corregir, editar, dar un taller, dar una charla, escribir una nota, vender libros en ferias, ocasionalmente recibir un pago por una lectura, sea porque pasaron una gorra o porque había presupuesto. Eso es vivir de la literatura, de leer y escribir, no una cosa a lo *star system*. Y en el medio de todo eso, imaginar y componer poemas. Una vez Rosario Bléfari me comentó: “Se le roba tiempo a todo, para escribir”.

Aprendí muchísimo en espacios alternativos maravillosos como Ivan Rosado y el Club Editorial Río Paraná, llevados adelante por Ana Wandzik y Maximiliano Masuelli, o en Triple X y Embrujo, creados por Virginia Negri. Además, ciertos espacios institucionales me resultan fundamentales y magistrales, como la Editorial Municipal de Rosario y el Festival Internacional de Poesía de Ro-

sario. Una formación rapsódica y nutritiva que la propia ciudad me fue acercando, y de la cual salí a la búsqueda. Alguna vez, de adolescente, fantaseé con irme a Buenos Aires a estudiar Letras, pero no lo hice, se ve que no me entusiasmó lo suficiente. Era demasiado lo que me estaba entusiasmando en Rosario, lo que tenía ganas de hacer acá, lo que sentía que podía activar y aportar. Quedarse es una decisión política, cultural y afectiva, que reconfirmo cada día.

Sí es necesario que todas las iniciativas y los esfuerzos de las personas creativas que hacen cultura en Rosario sean realmente valorados y acompañados por el Estado. Aún falta fortalecer esa red laboral cultural mediante políticas que visibilicen, respalden y potencien lo que muchas personas ya de por sí hacen. Es necesario que el gobierno municipal y provincial conozca y cuide más a sus artistas y trabajadores de la cultura, para construir una visión de ciudad con conocimiento de campo y horizontes claros.

Los problemas para hacer cultura en Rosario, desgraciadamente, ya son históricos: pocos espacios para desarrollar actividades, porque van cerrando por las crisis, las clausuras y el ninguneo institucional; poco apoyo a los proyectos autogestivos, que son el corazón del arte de esta ciudad; poco alcance en la comunicación, prensa y difusión de lo que sucede. Medios alternativos como *Rapto* y *La Canción del País* sostienen un loable trabajo, pero en general es difícil registrar o hacer circular las producciones locales, y por lo tanto se hace difícil llegar a más público, o generar el interés en más personas. Se trata de volver a despertar en la gente esa curiosidad por lo cercano.

Hay muchos problemas arraigados, pero asimismo están arraigadas ciertas experiencias y políticas socioculturales que en otras épocas sí fomentaron la creatividad y el encuentro. Hay antece-

dentes cercanos, como la inventiva de la Chiqui González. Una vez la escuché en una charla en un centro cultural, y dijo algo así como que todos buscamos en el arte esa sensación de “aquí me quedo”. Una frase que puede orientar la búsqueda de los destellos bohemios.

Agarro de mi biblioteca otros tres libros sobre Rosario, esta vez ediciones más recientes. Uno es *Rosario, una ciudad anfibia. Crónicas contemporáneas*, compilado por Lila Siegrist (Mansalva, 2019). Otro es *Rosario, perfil de una ciudad al límite*, de Arlen Bucharra (Futuröck, 2025). El último es *Rosario es un eclipse. La ciudad y los tiempos de Bubis Vayins*, escrito por Lucas Canalda (Rapto, 2026). Material de referencia para pensar la ciudad: escrituras afiladas que patean las calles, piensan nuestras problemáticas y ponen en valor nuestra historia.

Por mi parte, mantengo un ejercicio de crónica poética en el blog *el under de las emociones*.^{*} Lo defino como un periódico cultural sentimental sólo porque sueño con que cada unx de nosotrxs haga su periódico personal, asentando nombres y lugares, afianzando circuitos, trazando mapas subterráneos.

Vivir en una ciudad de poetas y artistas. Creo que podemos vivir en ese sueño, cualquier día, manteniéndonos en un estado de curiosidad y amor por lo cercano. El poeta rosarino Hugo Diz (que por cierto organizaba lecturas de poesía en bares, esa imagen que atraviesa los tiempos) alguna vez escribió: *Creí en lo que había que creer, soñé lo que había que soñar. Hoy no creo ni sueño, busco la maravilla*. Eso hacemos.

Sobre Julia Enriquez

Nació en 1991 en Rosario. Trabaja de correctora de textos, traductora en inglés y editora. Cursó estudios en Filosofía en la UNR. Realizó la Diplomatura en Procesos Editoriales como Práctica Artística en la UNSAM. Publicó los libros de poesía *Futuro brutal* (Un ninja sin capucha es un poeta, 2011), *Nuevas pesadillas* (Ivan Rosado, 2012), *Ambulancia improvisada* (Editorial Municipal de Rosario, 2014) y *Eterna estudiante* (Ivan Rosado, 2019). Forma parte de la antología *30.30: poesía argentina del siglo XXI* (EMR, 2013). Es coautora de la selección de la antología *53/70. Poesía argentina del siglo XXI* (EMR, 2015). Escribió notas sobre cultura rosarina para *La Canción del País* y *Anfibia*. Integró el equipo curatorial del 33° Festival Internacional de Poesía de Rosario en 2025. Dirige la editorial Danke. Hace fanzines manuscritos llamados Insomne Ediciones Repentistas.

* elunderdelasemociones.blogspot.com

Recomendaciones rosarinas

Editorial Biblioteca de La Vigil / Festival Internacional de Poesía de Rosario / Ivan Rosado / Bon Scott / *La Canción del País* / *Rapto* / Beatriz Vignoli / Daniel García Helder / Lila Siegrist / Virginia Negri

Under y presente, divinos tesoros

Por Mercedes Ianniello

Como decía el *slogan* de los cigarrillos Virginia Slims: he recorrido un largo camino. Tengo cincuenta y seis años y me considero en acción artístico/cultural desde los dieciséis. Ya en el Normal 1 andaba organizando y tocando en actos escolares. De aquellos tiempos a este presente, prácticamente sin interrupción, salvo algunos años por maternidad.

Nací en Alcorta, pero fui niña y joven en Rosario, donde empiezo a escribir esta historia cultural con mi primera banda El Lado, una experiencia que los últimos años se recuperó y ahora es revisitada en libros, muestras y documentales sobre feminismo y música.

En 1994, luego de unos intensos años con la banda, me fui a vivir a Buenos Aires. Regresé en 2012, luego de dieciocho años. Es decir que la primera década del nuevo siglo no la pasé aquí, aunque nunca perdí contacto con lo que sucedía. Recuerdo venir los fines de semana y darme siempre unas vueltas por Berlín y por El Sótano, este último lugar tenía las propuestas musicales más alternativas y que más me atraían. Si bien ya hace más de diez años que regresé, se despertó en mí hace un tiempo ya el deseo de mudarme en algún momento. Amo el mar y amo las ciudades, así que fantaseo bastante con vivir en una ciudad que tenga mar.



Pensando en experiencias movilizadoras, recuerdo muy bien un viaje a CABA a comienzo de los noventa, en el que descubrí un lugar que se llamó Age of Communication. Se trataba de un espacio cultural de tres pisos en una casona en El Bajo porteño. Tenía una biblioteca que la gente habitaba hasta la alta madrugada, habitaciones con indumentaria a la venta, una terraza en donde se encendían fogatas. Un multiespacio muy increíble para mis veinte años de chica rosarina. Allí vi por primera vez a la DJ Carla Tintoré, pionera y una de las referentes en los comienzos de la música electrónica en el país. En ese viaje sentí que Rosario en un punto era como dice la canción de Silvina Garré: un pueblo grande. Y de algún modo se instaló en mí el plan de vivir una vida en la *big city*. Con la banda queríamos hacer siempre locuras interdisciplinarias, cruzar nuestras músicas con performances, danza, poesía, y era difícil desplegar esa visión en la escena rosarina de aquella época.

Con el ímpetu de veinteañeras nos mudamos a Buenos Aires con mi amiga Valei, aliada y compañera de banda. Y allí empezó esa parte de mi historia vinculada con los bares culturales. Sarajevo, Campamento Huno y El Cisne, tres espacios que a lo largo de quince años llevé adelante y en los que por supuesto también toqué con mis diferentes proyectos.

Definitivamente me motivan y fascinan esos espacios de encuentro, ese under semillero desde donde se gestan locuras hermosas, en donde se comparte tanto buen delirio. Son los pulmones artísticos para mantener el impulso creativo, ya que no es viable pensar en una escena que pueda florecer sin ellos, y es lo que más siento que falta en el presente de Rosario.



Cuando en 2012 volví a la ciudad tuve que reconocerla y entender cuáles eran los sitios con esa magia. Recuerdo muy especialmente el bar Oui, de dos pibes franceses que le ponían un alma hermosa

a todo. Lo elegí como mi bar amigo, y allí produje y gestioné varios ciclos artísticos, como Jueves on the Rock, Manifiestas, entre otros. Este es un espacio que extraño en serio.

El Oui también fue base de las Noches de Martes Verdes, ciclo de música en vivo que llevamos adelante con el Colectivo de Mujeres Músicas de Rosario, enorme agrupación que acompañó a la Marea Verde, de la que fui parte muy activa. Desde ahí militamos una ordenanza de equidad de género en los escenarios, entre otros logros.

La ola feminista, ese momento tan especial, me encontró con un proyecto musical en expansión, Mercedes y Los Un Millón. En lo personal significó una coyuntura muy favorable para visibilizar mi música.



Rosario siempre estuvo cerca, canta Fito, y yo diría que Buenos Aires siempre estuvo demasiado cerca también. Se me ocurre que esos doscientos ochenta y nueve kilómetros, que tantas veces recorrí en un sentido y en el otro, simbolizan una distancia que no alcanza para despegarse identitariamente lo suficiente.

No sé bien si se trata de querer parecerse, de no poder diferenciarse, de la condición portuaria que las emparenta, o de algún tipo de complejo que escapa a mi análisis. Como rosarinos somos parte del famoso “interior del país”, concepto por demás polémico, pero no llegamos a ser ese interior más alejado que se desmarca y juega su propio juego. Pienso en Córdoba, que ya más distante siempre se posicionó como una ciudad mucho más vibrante y con mucha movida propia. También en Mendoza, que ha generado un movimiento de nuevas bandas que la pegaron a escala nacional sin necesidad de irse a vivir a Buenos Aires.

Por otro lado, en Buenos Aires siempre sentí que al decir que yo era rosarina había una especie de respeto especial: “ah, si sos de Rosario seguro sos muy buena, hay tantos talentos allá... La

Trova, Baglietto”.

Claramente, La Trova Rosarina es nuestro suceso cultural con mayor trascendencia nacional, al menos en lo musical. De algún modo es nuestra marca de ciudad.

A mis 12 años escuché fascinada *Tiempos Difíciles*, el disco con el que irrumpe La Trova, pero no me gusta pensar que Rosario tiene un culto nostálgico en relación a ese momento histórico. Estamos hablando de un movimiento musical que sucedió hace más de cuarenta años. Por supuesto que lo considero parte de nuestra identidad rosarina, pero siento que a veces nos da más orgullo La Trova que lo que sucede en el presente, los nuevos lenguajes, las nuevas expresiones de nuestros propios tiempos difíciles.

Siempre me va a interesar más encontrarme con la potencia de lo que está pasando ahora, incluso en escalas mínimas, que los grandes nombres de un ayer.



Vuelvo a pensar en mi recorrido, en ese Rosario de ayer y de hoy, y tengo que insistir en que se deja bastante librado a su suerte lo emergente, el semillero, lo under.

Poco ha quedado de la cantidad de bares y espacios culturales que tenía la ciudad hace una década. La pandemia y las crisis económicas se han llevado una gran cantidad de ellos. Lo que más se ve hoy es una estética gastronómica que reemplazó a la apuesta cultural. A los espacios culturales independientes les resulta imposible sostenerse cuando no hay ayudas económicas, a eso sumado las persecutas legales (realmente ridículas en muchos casos).

Creo que la ausencia de políticas culturales que protejan a este tipo de espacios es en sí una política muy clara. Pero estamos ante un Estado al que ya le conocemos los negocios con las productoras locales, que copan de modo monopólico todo, entonces lo artístico se empobrece, se pierde diversidad.

Mientras escribo esto llega el sonido del anfiteatro hasta mi casa; escucho a Los Fabulosos Cadillacs en lo que en algún momento fue un escenario municipal al que muchísimos proyectos locales tenían acceso.

Si vamos a hablar del público, cabe señalar que el rosarino promedio tiene una valoración mayor por lo que no es oriundo. Saca una entrada elevada para shows nacionales, pero no es fácil que paguen una mucho menor si se trata de un número local. Creo que puede tener que ver, entre otros factores, con muchos años de un Estado impulsor de eventos gratuitos, y frente a eso, muchos locales (espacios, comercios) también terminan llevando adelante eventos gratuitos. Para mí, esto atenta contra el fomento de una cultura que propicie el pago de tickets.

Se dificulta sostener proyectos, sobre todo en el caso de formaciones grandes, pues hay pocos lugares en donde tocar en modo banda. Yo reviso periódicamente las agendas culturales y veo cada vez más lugares que programan DJs o selectores. Nada en contra, por supuesto, pero siento que es una salida a lo dificultoso que es armar agendas con música en vivo. También es cierto que en el último tiempo han surgido espacios que trabajan haciendo circular de modo privado las direcciones.

En lo personal, siento una cuenta pendiente: llegar a tener un bar cultural en Rosario, en La Sexta más específicamente. Lo dificultoso del panorama económico y lo desfavorable de todo lo burocrático que puede llegar a ser me desaniman de la empresa.



Hoy, mi economía se arma como un inestable rompecabezas entre la música y la gestión cultural. Entre el proyecto Estreya (banda de mujeres con las que homenajeamos a las rockeras latinoamericanas que admiramos), mi set solista de canciones propias, y una clientela de artistas que me contratan para armados de dossieres,

dosieres, presentaciones a convocatorias, producciones de shows, mentorías personalizadas. Como suelo decir, *hay que tener varios kioscos*; y así le doy forma a un ingreso en modo freelance total. Nunca fue lineal vivir de mis oficios/ profesiones. Mientras que en la etapa porteña esos bares y espacios culturales fueron mi sostén principal, hoy, más bien, se trata de una convivencia constante entre lo que deseo hacer y lo que necesito para sostenerme.

Tengo dos hijos ya adolescentes con mi ex, que se hace cargo de lo que le corresponde, aunque soy yo quien mayormente lleva adelante las tareas de cuidado con todo el tiempo que eso implica. Ser madre y ser artista da para otro libro. Vivo en una casa propia heredada y sostengo una vida austera para poder seguir en el camino elegido.



Como siempre, hay que intentar construir lo que no existe. En mi caso, Mercedes y Los Un Millón tiene un anclaje fuerte en el barrio La Sexta, ya que con el productor Fede Baronio somos del barrio, y de alguna forma, lo comenzamos a militar después de la pandemia.

Cuando sacamos *Temporal* (2022), nuestro último disco, fantaseamos con que había que presentarlo en las calles del barrio además de su presentación oficial. Más aún, una de las canciones del disco se llama *La Sexta*. Así también surgió La Sexta Existe, un proyecto de gestión cultural para el barrio, con el que pudimos dar forma en 2022 a un festival callejero con el mismo nombre. El objetivo principal es ocupar el espacio público, que es de todos. También nos interesa conocernos, encontrarnos, ¡enredarnos un poco! Armamos un pequeño equipo de producción y pusimos el foco en convocar a artistas, artesanos, gastronómicos, talleristas, todos del barrio.

La Sexta es un barrio del macrocentro donde se cruzan mundos muy distintos: la ciudad universitaria, zonas más vulnerables

y una comunidad grande de artistas y gestores. Esa diversidad es la que intentamos poner en juego en los festivales. Ya llevamos dos ediciones. No sin provocar tensiones varias en la vecindad y con una enorme insistencia en los organismos correspondientes, en el 2024 tuvimos la segunda edición y logramos cortar una calle neurálgica. De algún modo, es un anclaje pequeño pero poderoso cuando la realidad se pone bajón y cuesta imaginar futuros.

Mi vida en CABA también estuvo muy vinculada a los barrios. Viví en San Telmo y tuve un bar allí, viví en Abasto y tuve un bar allí, viví en Almagro e ídem. Siempre me dio orgullo decir que en Buenos Aires vivía mi cotidianeidad caminando.



Me encanta lo cercano, la vecindad, el andar por las calles y saludar a quienes la viven todos los días. Y eso después de la pandemia creo que lo valoré más, lo valoramos más.

En mi barrio, soy la señora que barre la vereda, como digo en una canción. Soy la mamá que lleva a los hijos al cole, soy la que va a comprar a los negocios de cercanía y sé el nombre de quienes me venden, a veces me fían.

Además, en esa relación de pertenencia local, un espacio importante ha sido la facultad de Humanidades y Artes. En el 2020 comencé la nueva carrera de Gestión Cultural y realmente ha sido un lugar muy gratificante en el que me he encontrado con mucha gente muy potente, con diferentes recorridos en la cultura de la ciudad. Teatrerros, gente del palo del tango, amantes de los podcasts, artistas visuales que gestionan, colegas de la música, militantes feministas, actores y actrices, colegas. Un espacio académico que realmente me aportó mucho, en donde pude repensar mis prácticas de todos estos años, entender qué me moviliza, qué me enciende, qué errores he tenido, por qué hago lo que hago. Por supuesto que el proyecto La Sexta Existe fue abordado en varias materias y, sobre todo, pude desarrollarlo en

las prácticas preprofesionales más enfocadas a lo comunitario.

En definitiva, pienso que la salida es colectiva y estamos en un momento en donde nos prefieren encerraditos viendo Netflix, y es por eso que sigo insistiendo en generar encuentros en el barrio. Hay una potencia en lo colectivo que sigue apareciendo, y eso para mí sigue siendo lo más valioso de la ciudad. Justamente estamos ansiosos por reabrir el juego y convocar a una especie de asamblea de La Sexta para intentar contagiar la intención que nos unió en su primer momento, allá en el 2022, y ver hacia dónde puede llevarnos una grupalidad más grande. Ojalá pronto podamos hacerlo, y también tener la tercera edición del festival.

Sobre Mercedes Ianniello

Cantante, compositora y gestora cultural. Con más de treinta años de actividad en proyectos musicales vinculados al pop-rock y electropop, cuenta también con una tecnicatura en Gestión Cultural por la Universidad Nacional de Rosario / UNR. Trabaja de forma independiente en producción y gestión cultural. Integra La Sexta Existe, proyecto cultural comunitario con base territorial en el barrio rosarino La Sexta. Más allá de Mercedes y Los Un Millón, su proyecto musical actual es solista, además de formar parte de Estreya.

Recomendaciones rosarinas

Bar Bon Scott / Teatro Orilla Infinita / Majo Club / Beatriz Vignoli /
Espacio Cultural Gallo Rojo / MUG (Movimiento Unión Groove) /
La Montaña libros / Lucas Canalda (*Rapto*)

La ciudad que insiste y el trabajo invisible de sostener la palabra

Por Pau Turina

En un presente atravesado por la aceleración, la fragmentación del tiempo y la precarización de los circuitos culturales, sostener un proyecto ligado a los libros implica, cada vez más, habitar la multiplicidad. Prensa editorial, coordinación de talleres de lectura, gestión de redes sociales y escritura no aparecen como tareas separadas, sino como partes de un mismo ecosistema de trabajo donde la flexibilidad es condición y también desgaste.

La decisión de dedicarme de lleno a estas actividades no está exenta de tensiones. Dejar un empleo fijo para pasar a un esquema freelance supuso un cambio profundo en la forma de organizar la vida cotidiana. En un escenario donde la estabilidad laboral escasea, la posibilidad de elegir la incertidumbre también está atravesada por condiciones materiales previas.

¿Cómo se construye una rutina en ese contexto? ¿Cómo se distribuye el tiempo entre tareas que no siempre tienen límites claros? ¿Dónde empieza y termina el trabajo cuando todo parece formar parte de lo mismo? En ese sentido, la multiplicidad es una forma de estar en el mundo.

Dentro del entramado, los talleres de lectura funcionan como espacios de encuentro, pero también como territorios de preguntas.

En una época dominada por la lógica de la distracción permanente, reunirse a leer y conversar sin mediaciones tecnológicas se vuelve casi un gesto político. ¿Qué significa hoy sostener la atención? ¿Qué tipo de vínculo se establece con un texto cuando todo alrededor empuja hacia la interrupción? La preocupación no es aislada.

En una nota publicada el 3 de abril de 2026 en *El País*, la escritora Samanta Schweblin advierte sobre la dificultad creciente de no perder la concentración en estos tiempos: “Prestar atención es el superpoder más grande: ya no todo el mundo es capaz de hacerlo”. Esta definición es la que le pone el título a la entrevista, y nos da otra pauta. Es entonces una preocupación universal que en su falta, y más allá de los marcos particulares, permite reubicar a la atención: deja de ser un recurso natural para convertirse en una práctica a defender. ¿Estamos perdiendo la capacidad de leer en profundidad? ¿Qué tipo de lectores y lectoras estamos formando? ¿Cómo incide el entorno digital en las formas de leer, de interpretar y de imaginar?

Como lectora y trabajadora del *universo libros*, me preocupa. Las preguntas se suceden interminablemente: ¿qué libros leeremos en el futuro? ¿Qué lugar ocupará la literatura en un ecosistema saturado de estímulos? ¿Se transformarán las formas de circulación o persistirán ciertas lógicas? Porque, a pesar de los cambios, hay algo que se mantiene.

Hay una necesidad de estar en redes sociales, pero donde sigue teniendo la mayor circulación un libro es en el boca en boca: la recomendación de un librero, de un amigo, de una pareja.

Esa tensión entre lo nuevo y lo persistente también alcanza a la prensa editorial. Los medios culturales atraviesan una crisis sostenida, con redacciones cada vez más reducidas y condiciones laborales inestables. Aún así, las revistas siguen existiendo, muchas veces gracias a la insistencia de quienes las sostienen.

Otras preguntas que me hago: ¿qué lugar ocupa hoy la crítica?

¿Quién legitima un libro? ¿Qué espacios quedan para la reflexión en profundidad en un contexto dominado por la inmediatez?

En paralelo, las redes sociales se vuelven una herramienta inevitable. No solo como canal de difusión, sino como espacio de construcción de comunidad. Pero esto nos lleva a otras y más preguntas: ¿cómo se habla de literatura en redes? ¿Qué se gana y qué se pierde en ese traslado? ¿Se amplían los públicos o se reproducen burbujas?

Entre todo esto, la ciudad aparece como un eje central en estas prácticas. En Rosario, la vida cotidiana de los rosarinos se hace presente en los talleres de lectura a los que asisten. Pienso en los lectores y las lectoras de acá, en qué les interesaría leer, en cómo dialoga lo que leemos con lo que nos sucede a diario. Las conversaciones que surgen tienen que ver con lo que vivimos en la ciudad. ¿Pero qué significa pensar la lectura desde una ciudad? ¿Hay una forma rosarina de leer? ¿Qué temas emergen con más fuerza? ¿Qué preocupaciones atraviesan a quienes participan de estos espacios?

Al mismo tiempo, Rosario carga con una identidad cultural fuerte construida a lo largo del tiempo, y muchas veces asociada a ciertos momentos o figuras del pasado. Esa narrativa, que sigue operando como referencia, convive con producciones contemporáneas que no siempre encuentran el mismo nivel de visibilidad. ¿Cómo dialoga el presente con ese pasado? ¿Se lo revisa, se lo reproduce, se lo discute? ¿O todo al mismo tiempo?

La relación con Buenos Aires complejiza aún más este escenario. Los rosarinos miramos demasiado hacia allá. Pero también porque sabemos que “en Buenos Aires atiende Dios”. A la vez, desde Buenos Aires se construye un discurso sobre Rosario y la rosarinidad que muchas veces terminamos adoptando. ¿Hasta qué punto una ciudad se piensa a sí misma y hasta qué punto es pensada por otros? ¿Qué implica validar esas miradas externas? ¿Hay margen para construir una narrativa propia que no depen-

da de ese reconocimiento?

En términos de producción cultural, la ciudad se presenta como un territorio activo, con múltiples iniciativas que surgen de manera simultánea. Hay talleres, editoriales independientes, ciclos de lectura y librerías independientes. Pero creo que son espacios sostenidos por la vitalidad de quienes lo llevan adelante. A veces, falta articulación. ¿Qué impediría esa articulación? ¿Falta de recursos, de tiempo o de voluntad? ¿O simplemente responde a la lógica fragmentaria de la época?

La idea de comunidad aparece entonces como una construcción en proceso. No necesariamente como un bloque homogéneo, sino como una red de vínculos que se activa de manera intermitente.

¿Es posible hablar de una escena? ¿O se trata más bien de múltiples escenas que coexisten sin tocarse del todo?

En ese marco, la autocrítica se vuelve necesaria. Pensar no solo en lo que falta desde afuera (políticas culturales, financiamiento, infraestructura) sino también en las propias prácticas.

¿Se generan espacios verdaderamente abiertos o se tiende a reproducir círculos cerrados? ¿Cómo se construyen los criterios de selección, de lectura, de invitación? ¿Qué voces quedan afuera? Por todo esto, siempre es difícil responder de manera única la pregunta por la identidad cultural rosarina.

Podríamos decir que es una identidad de agite, de talento, de insistencia, de grupalidad. Pero enseguida aparece la duda. ¿Alcanza con eso? ¿No corre el riesgo toda definición de simplificar una realidad mucho más compleja?

Como ocurre con etiquetas más amplias, como la literatura nacional o latinoamericana, cualquier intento de síntesis deja zonas sin nombrar. Quizás la identidad, si existe, esté justamente en esa diversidad. En la imposibilidad de reducirla a una sola forma. En la convivencia de estéticas, lenguajes y proyectos que no necesariamente buscan lo mismo.

Aceptar esto no niega en todo caso que hay historias que faltan, que hay sectores y experiencias, territorios que no logran entrar a ciertos circuitos de circulación cultural. Porque la visibilidad no es solo una cuestión de producción, sino también de acceso y de legitimación.

En cuanto al acompañamiento social, la percepción es ambivalente. Por un lado, existe una difusión activa de lo local, una especie de “militancia” cultural que busca poner en valor a autores y autoras de la ciudad. Por el otro, persiste cierta fascinación por lo externo. No solo pasa en la literatura: en el arte, el teatro, la música también miramos más afuera que adentro. ¿Por qué? ¿Es comodidad, es tedio, es una idea de que lo de afuera siempre es mejor? Son preguntas que no tienen una sola respuesta pero abren un campo de reflexión necesario. Sobre todo en una ciudad donde, al mismo tiempo, conviven producciones de alta calidad y dificultades para su circulación.

Lo que puedo reconocer en cada una de estas instancias, entre estas líneas y lo que se escapa a la posibilidad de formularse, es la insistencia. Rosario se sostiene en una insistencia: la continuidad de los espacios, el deseo de seguir generando encuentros, de seguir leyendo, escribiendo, recomendando. De construir, incluso en condiciones adversas, una trama cultural propia.

Mi vida en Rosario forma parte de esa decisión. Como nacida y criada en la ciudad, la elección de quedarme no es ingenua. En los últimos años, los viajes a Buenos Aires por trabajo se volvieron más frecuentes, pero no aparece la intención de mudarme. Aún cuando de nuevo aparecen preguntas incómodas: ¿qué implica hoy elegir una ciudad para vivir y trabajar en cultura? ¿Qué se gana y qué se resigna? ¿Es posible construir una carrera sin migrar hacia los centros tradicionales de legitimación? Una vez más, imposible responderse de manera certera, cerrada.

Pero quizás ahí radique parte del sentido: en sostener estas in-

certidumbres y sus tensiones, en no clausurar preguntas que también están diciendo cosas en sí mismas. Y desde ahí, seguir generando espacios, tanto de lectura y de conversación como de trabajo, donde esas dudas puedan circular. Porque en tiempos de certezas frágiles, tal vez lo más valioso no sea encontrar respuestas definitivas, sino construir los lugares donde esas preguntas puedan hacerse y nazcan otras.

Sobre Paula Turina

Es Comunicadora Social. Coordina talleres de lecturas. Es parte de Futura, agencia de prensa y comunicación editorial. Envía un newsletter sobre libros, *Lectora Voraz*, que ganó el Premio Juana Manso por difundir la escritura de mujeres y disidencias. Colaboró en distintos medios de Rosario, y en *Rapto* condujo un podcast sobre literatura local. Junto a Belén Campero publicaron *Mapeo de lectura. De lo íntimo a lo colectivo*, editado por Mal de archivo Ediciones. Por Libros Silvestres publicó, con ilustraciones de Angelina Pedemonte, el cuento infantil *El mejor plan del mundo*. Crea contenido en sus redes —@pauturina— y para la librería Mal de archivo —@maldearchivo—. Le encanta recomendar libros y cree que siempre hay uno esperando a un nuevo lector o lectora. Aunque intenta ordenar su biblioteca, siempre se le desborda.

Historieta argentina desde Rosario: magia y hazaña

Por Mariano Abrach

Hay figuras de la cultura rosarina que funcionan como categoría mítica: próceres, ancestros, referencias, lugares, leyendas. Está bien reconocerlas, que la ciudad las valore y que operen como referencia cultural para el turista, o para quien mira desde afuera. Pero no me parece que deban ser un modelo a seguir de manera constante, directa y lineal. Lo que ha tenido y tiene de interesante la cultura de Rosario es su espontaneidad, su capacidad de emerger desde abajo, desde lo no visto y no institucionalizado. Más allá de ser actor cultural de la ciudad, desde hace cinco y pico de años dirijo Multiversal Ediciones, una editorial de cómics independiente con base en la ciudad, esto lo digo como rosarino que disfruta y vive lo que Rosario ofrece culturalmente.



En un principio, la tarea de editor la miraba desde afuera con admiración, como una especie de magia, de proeza. Recuerdo maravillarme con la Colección Naranja de historietas de Ediciones Colihue, o con la ahora ya extinta Ediciones de la Flor.

Me viene a la mente el recuerdo, no sé claramente por qué, de una nota en el viejo suplemento *Señales*, del diario *La Capital*, a

Nicolás Manzi (hoy un estimado y querido colega) por su editorial El Ombú Bonsai. Esbozando un análisis, quizás esa entrevista me demostró justo a tiempo, en mi paso de la adolescencia a la juventud, que era posible crear una editorial en Rosario sin mucho más que la voluntad de hacerlo.

Y sin quererlo, a su vez, este recuerdo es también una foto de una ciudad que fue desapareciendo. Mejor dicho, fue tapada por un discurso hegemónico institucional, aunque ahora, ya sea por necesidad o virtud, por acción u omisión, está reapareciendo. La gestión pública municipal y provincial de las últimas décadas ha controlado sistemáticamente la producción y circulación cultural de la ciudad. Por un lado, esto permitió el crecimiento y la financiación de proyectos y artistas; por el otro, actuó de manera represiva persiguiendo expresiones que quedaban fuera de su voz hegemónica, provocando el cierre y la desaparición de cantidad de lugares que hacían a la vida cultural de Rosario en los primeros 2000. Y la acción más positiva también tuvo su propia contracara: al institucionalizar actores de la cultura, muchos se achancharon, se acomodaron al calor del Estado, y eso les hachó la espontaneidad y la creatividad que precisamente habían caracterizado a aquellas figuras míticas de la ciudad.



Años después de la epifánica entrevista a Manzi, me desempeñé como periodista especializado en cómics norteamericanos. Así empecé a mirar con el mismo respeto, y el deseo de imitarlas, a editoriales de Estados Unidos, comenzando por lo que hacen bien las dos grandes, DC y Marvel, y luego por varios sellos del panorama indie, como Image, Dark Horse y Fantagraphics, por mencionar un puñado. En cierta correlación con estas, el trabajo editorial de la española Astiberri siempre fue de mi mayor estima en selección de catálogo, calidad de sus libros, y demás.

Haciendo el camino de vuelta, desde el periodismo a posar la atención en lo que sucedía en nuestro entorno de editoriales independientes de historieta en Rosario y en Argentina, me vinculé de cerca con lo que fue el Colectivo Editorial BS (ex Big Sur), compuesto por La Pinta, Dead Pop, Términus, Salamanca, y luego con Atmósfera, Le Noise y Szama Ediciones, inmerso en una enriquecedora (pero breve) experiencia de grupos de sellos que unían fuerzas para crecer. De eso queda poco y nada, pero se han sostenido, y a la par, también han crecido otros sellos. A todos esos sellos los miro constantemente, no como competencia sino como colegas de los que aprender. Sigo nombrando algunos entre tantos: Rabdomantes en Rosario, Loco Rabia, Maten al Mensajero y Hotel de las Ideas en Buenos Aires. Mapa de pequeñas editoriales que se mantienen a flote en el complicado panorama actual.

Por esto mismo, con cinco años de experiencia, no deja de parecerme admirable y mágica la tarea del editor aún desde adentro. Es auténticamente una hazaña mantener funcionando una editorial (de cómics e independiente, con obras de autor, diría que mucho más) en este contexto histórico, geográfico, social, cultural.

Siempre —no literalmente siempre, es una forma de decir— quise ser editor de mi editorial de cómics. Hoy por hoy, hay momentos, días, semanas que quisiera dejar de serlo, cerrar todo y ponerme a hacer otra cosa menos problemática, más barata, que ocupe menos espacio físico y mental. Pero la verdad es que no lo hago por el dinero. Y aunque en algún punto está la fantasía de poder hacer de mi editorial mi trabajo principal, por múltiples factores, la realidad es otra muy distinta.

En la práctica, la editorial se lleva adelante como una tarea profesional por pasión; un hobby profesional, le podemos llamar, con el que, en el mejor de los casos, no perdemos el dinero invertido en posibilitar la existencia de los libros. Esto se ancla a

a su vez en otra particularidad de nuestro contexto, con la necesidad de tener múltiples trabajos, y que todos estén precarizados.

Agradecido y consciente del privilegio de contar con un empleo registrado y estable a jornada completa, igualmente, todos los otros trabajos que realizo, algunos por gusto y por pasión, pero también por un mango extra, se ubican en la precarización total: a deshoras, robando tiempo de sueño o de vida social, sin recibir una remuneración acorde.



De por sí, es una fantasía vivir de una sola actividad en el referido contexto en el que estamos inmersos. Aún contando con un trabajo registrado, tan estable como puede ser un empleo en este mismo contexto, con un ingreso fijo, este no alcanza para solventar todos los gastos vitales, básicos, necesarios. Mucho menos lo sería una tarea más volátil, por decirlo de alguna manera, como la edición de libros de historieta en Argentina, desde Rosario. Para ello necesitaría un volumen de ventas más o menos fijo (si existe hoy, se amesetó hacia abajo), que posibilite una producción más constante de novedades, que es lo que más busca el lector y por ende lo que más ventas reporta. Y para esto haría falta que el consumo repunte, en general. Pero estamos en un tiempo en el que realmente es costoso alimentarse, por lo que un libro es una compra esporádica.

Además, y para nada menos importante, para responder a esa potencial demanda de posibles lectores, precisaría modificar el catálogo, es decir, llevar la propuesta editorial de Multiversal hacia tendencias comerciales, lo que sería una traición a mi manera de pensar este trabajo. La editorial es una expresión personal a través de obras de otros artistas. Considero que a

través de la editorial, del lenguaje del cómic, de mis definiciones editoriales, estoy diciendo lo que hace falta que exista como libro en este momento de la historia.



Quizás cabe una autocrítica de parte de mi editorial y de los que hacemos cómics en Argentina: hemos encontrado cierta comodidad en nuestro nicho. Nos encontramos vendiéndonos siempre a los mismos, publicando a los mismos, y no rompemos nunca ese cerco porque alcanza o funciona lo suficiente. Conscientes de no tener el capital, material ni simbólico, para una llegada masiva al nivel de lo que fue *El Eternauta*, ni para competir con otros entretenimientos actuales que no existían cuando la historieta era masiva en el siglo XX, sin traicionarnos a nosotros mismos en nuestras maneras de pensar y de hacer, seguro podemos hacer algo más que no estamos haciendo. Pero aunque la autocrítica sea válida y necesaria para repensarnos constantemente, quizás sea esto solamente, y nada más.



¿Por qué lo sigo haciendo entonces? Es una buena pregunta que me hago regularmente. Hay un componente de pasión, de belleza al ver los libros terminados circulando entre manos de lectores y libreros, la cara de los autores al apreciar sus páginas transformadas en un libro, saber que mi trabajo hace posible esto, que tengo algo que aportar al circuito del cómic, de la edición, en Rosario y en Argentina y en el habla hispana. La mirada de uno mismo no es nunca igual a la de otro, lo que a mí me parece necesario que exista como libro de papel no será idéntico al parecer de otro. En

eso hay otro componente de realización, quizás, de sentirse relevante, trascendente, a través de una obra, que no es exactamente mía pero sí hay parte de mi obrar que fue necesario para que exista.

En este sentido, desde el inicio del proyecto editorial, el planteo era una editorial de cómics de Argentina desde Rosario. Conscientes de la obvia centralidad de Buenos Aires, el postulado era tener un alcance nacional produciendo desde Rosario, con profesionales y proveedores de la ciudad. En ocasiones es inevitable la centralidad porteña, especialmente para cuestiones vinculadas a la logística de distribución y envíos por correo. En otras, a veces es conveniente por costos, por ejemplo, imprimir en Buenos Aires. Pero la prioridad y el planteo era trabajar desde Rosario siempre, con imprentas de acá, diseñadores de acá, etcétera.

En cuanto al contenido, De Exportación fue la primera colección que da una señal de la editorial y sus intenciones. Esta colección se propuso publicar cómics de autores de Rosario, y zona, producidos para el extranjero sin tener traducción al castellano. En buena medida, la inspiración para este planteo editorial fue un libro de Leandro Arteaga titulado *Historietas a la Deriva*, investigando sobre los artistas de Rosario que publicaban en diversos mercados pero no eran conocidos en la ciudad desde la cual producían. Diferentes circunstancias no permitieron continuar con esa colección, con la que llegamos a publicar tres libros, pero la ciudad sigue presente en Multiversal. Una de las más recientes novedades es *Tango Pulp*, escrita por el rosarino Daniel Basilio, en donde la arquitectura de la ciudad es parte esencial de una historia atravesada por la caminata. Una caminata situada en diferentes puntos de la ciudad. En espera de llegar al papel está otra historieta escrita por Basilio, titulada *Hacedor de Vientos*, que

también transcurre en la ciudad y con la arquitectura jugando un protagonismo relevante. *Hacedor de Vientos* ya fue publicada en la colección digital de la editorial.



Una vez al año, todos los que participan del mundo cómic, desde autores y lectores a editores, periodistas, y demás, acuden a Rosario para la Crack Bang Boom, un evento internacional de historietas con sede y base total en nuestra ciudad, sin ningún interés ni intención de centralizarse en la Capital Federal. Esto nos juega muy a favor: es el evento más importante de nuestro medio y nosotros no tenemos que invertir en traslados, alojamientos, fletes.

Nuestro mayor interés es tener presencia en las librerías de la ciudad y en todos los eventos vinculados a lo editorial. Por ejemplo, si no nos es posible tener un stand en la Feria del Libro de Rosario, igual los libros estarán presentes de alguna manera. Aunque muchas veces el interés no sea recíproco y a la historieta no le den lugar. Cuando participamos en stands colectivos, la historieta queda siempre fuera del centro, relegada a los márgenes. Algo que también suele ocurrir en las librerías. No son muchas las que le den bola a la historieta nacional, y tampoco son tantas las que le dan bola a la edición local. De ahí gana todavía más relevancia un evento específico como la Crack Bang Boom, al cual sí se aboca masivamente el público, el del nicho y el de afuera, a buscar lo que hacemos. Pero al ser un evento anual, más allá de todo lo bueno, seguimos estando muy lejos de la regularidad comercial necesaria como para vivir de esta empresa.



Hablar de la Crack me hace pensar en algo que digo siempre, y es algo muy bueno que tiene Rosario culturalmente, es que *el rosarino va*. Si se entera que hay algo para hacer, que le interese remotamente, va. Así se llenan calles con propuestas cuando las hay: carnavales en la vía pública, festivales de cumbia, de música variada, Colectividades, Noche de Peatonales, Noche de Librerías, Museos Abiertos, Open House, Crack Bang Boom, Feria del Libro. El rosarino va, aunque no sea del palo específicamente: a la Feria del Libro va gente que hace años no toca un libro, a la Crack van aunque no lean cómics desde la infancia, etcétera. El rosarino va, circula, curiosear, y cuando puede, compra. En momentos económicos más amables que el actual se notaba mucho más esto último.

Lo digo y lo repito porque he visitado eventos de otras ciudades, que ante una propuesta muy interesante la cantidad de público era ínfima. Otra manera de decirlo no es mía, sino de un conocido de otro palo cultural que ya no vive en Rosario, que dice que somos un poco como Springfield de *Los Simpson*: cuando pasa algo o hay algo para hacer, estamos todos.

Este es un atributo de la ciudad que debería ser más aprovechado. Creo que la gestión municipal reciente lo ha sabido explotar, organizando eventos que apuntan a la masividad y que le sirven para su propaganda oficial, con fotos o videos aéreos que exhiben la cantidad de gente que asistió a tal o cual evento con el sello de la municipalidad.

Aunque sin dejar de haber una presencia de intento hegemónico de parte del Estado en la agenda cultural, creo que desde abajo y desde los costados parece estar volviendo algo de las propuestas particulares, privadas, espontáneas. Proyectos que aportan otras miradas, que suman voces, que amplifican las expresiones. Y sin dudas hacen falta más propuestas de estas, y más diversas, con menos atadura a las modas de turno. El apoyo público

tiene que seguir existiendo y ampliarse para financiar y difundir, sobre todo, pero que no redunde en coartar contenidos ni creatividad.

La ciudad debe dejar crecer y proliferar la emergencia espontánea, y tiene que descentralizarse más: no puede primero mudar el centro a Pichincha, y después a Refinería, sino que tiene que estimular y permitir que las propuestas surjan de distintos puntos de la ciudad y que nosotros podamos, sin importar en qué parte de Rosario vivamos, acudir a ellas.



No creo que exista una manera de contarnos que pueda comprenderlo todo. El relato hegemónico de la cultura rosarina, que también nosotros vendemos, tiene ecos en cómo nos conoce el de afuera. Sin embargo, la ciudad se caracteriza también por los que se hacen desde abajo, por los que van llegando. En ese sentido, creo que son más propios de Rosario los que hacen constantemente desde acá, desde la ciudad, que los que se van, casi siempre por necesidad de trabajo o de buscar otro desarrollo profesional, y terminan contando la ciudad desde Buenos Aires, repitiendo, queriendo o sin querer, mucho del discurso hegemónico. No me parece mal: funciona, sirve, ayuda, invita a la gente a venir a la ciudad. Pero es un error limitarse a eso.

Con todo lo que ha vivido la ciudad en los últimos diez años (las consecuencias del narco y la violencia, de esos grupos y la violencia institucional, las renovadas crisis económicas), hay mucho sucediendo por abajo, entre las costuras, cuyo relato no está reverberando. Hay expresiones que no rebotan: literatura, poesía, periodismo, música, etcétera, generada desde trabajos comunitarios, cooperativos, barriales, que pasan completamente desapercibidas. Esto nos interpela de otra manera, comprende

pero a la vez excede el hacer cultural, y nos debería impulsar a pensarnos como rosarinos en nuestra Rosario actual.



Desconozco si es común al ser humano, en su paso del tiempo, el no reconocerse en el lugar que habita desde que nació, a pesar de no haberse ido nunca más que de vacaciones. Pero de un tiempo a esta parte, la ciudad se ha convertido para mí en algo distinto a la que viví, a la ciudad en la que fui creciendo. En parte, por mucho de lo expuesto antes. Rosario era bella hasta que la demolieron, dijo algún pensador popular. Recorrer los lugares que eran y ya no son, encontrarse con la ausencia de todo lo que no existe...

Seguro tenga un componente de nostalgia de mi parte, que soy una persona que acumula años, y también porque el futuro no parece promisorio, en ningún aspecto. Ni acá ni en ningún lado. Pero *mi Rosario* ya no existe, y ahora vivo en otra, que está muy bien también, y me gusta vivir acá, la disfruto y la sigo eligiendo. Por ahora.

Siempre me dije, desde mucho más joven, que no quería envejecer en una gran ciudad. Y viendo en lo que se está convirtiendo Rosario, llena de autos, explotada de edificios que son el emporio del monoambiente, a mediano o largo plazo no me veo acá. Mientras tanto, seguiré viviendo en Rosario, haciendo y aportando desde donde me toca.

Sobre Mariano Abrach

Rosario, 1987. Licenciado en Comunicación Social (UNR). Periodista, editor y librero, entre otras cosas. La tarea periodística la desarrolla principalmente en torno a los cómics, aunque también mucho de fútbol y alguna otra cosa más, con participaciones en varios medios, pero siempre en el sitio web Zona Negativa. Se convirtió en editor cuando creo, en 2019, Multiversal Ediciones. Sigue aprendiendo de esa tarea con un catálogo que crece y ya supera los diez libros publicados. Librero en Paradoxa Libros a partir del año 2018, también con mucho que aprender del oficio. Siempre y para siempre atravesado por los libros, pero no solamente.

Recomendaciones rosarinas

Lucas Canalda (*Rapto*) / Nicolás Manzi (Casagrande Editora y Feria Vecina) / Eduardo Risso + Crack Bang Boom / Pasaje Pan / Refi Comunidad / Casa Brava / Cine El Cairo / El Cumbión del Paraná / Centro Cultural Mística.QTP / Festival Faro

Una ciudad que llevo puesta

Por Pablo Comas

Arranqué a finales de 2006, cuando armamos The Perfil, que dos años después se conocería como Alucinaria.

Nosotros éramos una banda influenciada por la cultura anglosajona de una manera muy fuerte. En ese momento no escuchábamos música en español, aunque yo estaba convencido de que solo iba a escribir canciones en castellano, y es lo que hice. Queríamos ser algo así como la versión argentina de las bandas que escuchábamos: The Strokes y Arctic Monkeys en primer lugar, luego, White Stripes, The Walkmen, The Killers, Franz Ferdinand y The Hives. Tomamos un poco de cada uno: el audio, las letras, la ropa.

A la vez, aunque la música que hacían y la postura estética era muy diferente, Live 69, la banda de mi viejo, era una referencia porque él lo era. Mi viejo era mi mentor. Hablaba mucho de historia, de cine, de política y, por supuesto, de arte. Entonces claro que su historia como músico fue un lugar de referencia. Al igual que otras bandas de la época, nacidas a finales de lo sesenta, la historia de cómo Live 69 atravesó los avatares de la autogestión en un tiempo donde eso apenas existía: amplificadores valvulares de fabricación propia; instrumentos nacionales; la aventura de conseguir los discos de las bandas que escuchaban, esas historias que se cuentan a partir

de que tal vecino ya había escuchado *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*; tocar en cumpleaños, asaltos y clubes ante la falta de otros espacios; grabar en cinta; poner en modo lento el combinado para poder sacar las líneas de bajo. Y desde ya, irse a Buenos Aires como única salida posible para vivir de esto. Todo eso lo mamé de muy chico y fue clave para mí. No sé si supe cómo usar toda esa info, pero estuvo presente. Es increíble, habiendo pasado casi sesenta años, que todo haya cambiado tanto excepto lo de irse a Buenos Aires. Y ahora, otra vez y por otras razones, la falta de espacios para tocar.



Así como cuando empecé no tenía referentes nacionales, pronto tuve que salir a buscar ejemplos para poder escribir canciones en mi idioma, cantar con mis propias palabras. Y ahí aparecieron Luis Alberto Spinetta y Gustavo Cerati. Son los que modulaban de una forma más anglo. Luego entendí que componían primero tarareando, o en spanglish, dándole lugar a la forma melódica en un principio, y luego al contenido lírico. Y eso era igual a lo que hacía yo, pero entenderlo en ellos me ayudó a entender por qué podía, al fin, conectar con todas esas bandas que escuchaba para hacer lo mío. Ante todo, más que el contenido, lo que me interesaba era la melodía y el modo del decir.

Ya hace veinte años desde que arranqué. Hay gente a la que miro mucho por su forma de manejar su carrera, ya sea por la comunicación, por la imagen, o por alguna idea puntual. Como Lisandro Aristimuño, Marttein, Matilda. Luego, desde lo artístico, Pels, La Perla Irregular y Mejor Actor de Reparto son bandas que miré y sigo mirando. Pero también Julian Casablancas y Alex Turner siguen estando ahí como influencia permanente. En un

sentido que lo aúna todo (lo estético, lo humano y lo profesional), Dani Pérez es un referente.



Indirectamente, la música es mi principal fuente de ingresos. Más que nada por los alumnos de mi taller de canciones y por las bandas que produzco. Por supuesto, lo que motoriza todo eso es mi proyecto musical.



Nunca pensé ni pienso deliberadamente en Rosario para hacer lo mío. Pero está claro que vivo en esta ciudad desde que nací y acá están todas mis raíces, por ende, la ciudad está omnipresente. Estaría aunque no quisiese, estaría aunque no me importase que esté, porque no conozco nada excepto a través de esta ciudad. Es una ciudad que quiero y en la que disfruto vivir, pero al menos hasta hoy no fue un tema para mis canciones. Es decir, apareció un par de veces, pero no es mi tema conversación.

Es una ciudad que me queda cómoda. No sé si eso es bueno, pero sí, la disfruto. Me gusta su paisaje, sus cercanías. Quizás es tan cómoda que por eso me permite no estar pensando demasiado en ella. La llevo puesta. Claro, digo esto sin eludir que son todos los privilegios de clase los que me permiten llevarla puesta sin que ella me lleve puesta.



Convivir con *el mito cultural rosarino* me da tristeza. Respeto toda esa historia, pero a todos debería darnos algo de vergüenza que ese sea el eterno espejo.

Quiero decir, no solo los respeto, también los admiro. Nadie cuestiona la potencia y el valor de lo que hicieron. Pero, como dije, soy hijo de una generación que inventó una escena en Rosario antes que todo eso. Antes de que exista todo. Estoy hablando de los años sesenta. Esa escena está tan negada y sin ser narrada por Rosario como todas las escenas posteriores a La Trova. Porque la única escena no negada por esta ciudad es la de una rosarinidad avalada, editorialmente construída o edificada por Buenos Aires. Todo lo que no se reconozca bajo ese signo fue desconsiderado.

El gesto de Los Gatos Salvajes teniendo que irse de Rosario para pegarla en Buenos Aires es el mismo gesto de Fito, Baglietto en los ochenta, Aloras en los noventa, Intrépidos Navegantes e Indios hacia la primera década de los dos mil, o Manu Piró y la China Roldán estos últimos años. Supongo que debe ser lo habitual en cualquier país donde las ciudades más grandes representan mayores oportunidades para un artista, y esa migración entonces se siente necesaria. Pero lo curioso es que es algo que no pareciera suceder en Córdoba o La Plata, al menos no en esta medida.

Hay algo expulsivo de la ciudad para con lo propio. Una suerte de complejo de inferioridad colectivo que necesita del aval de CABA para terminar de ser. Se lo podría atribuir a varias cosas, pero creo que la principal es una relación específica de distancia cercana con la Capital, que no le permitió nunca sentirse próxima pero tampoco lo suficientemente lejana como para autogenerar su mito.



La desconexión del propio rosarino con lo que se produce culturalmente en la ciudad es flagrante, evidente, alarmante. No hay nadie que más o menos tenga idea de lo que pasa en la ciudad y

y no lo vea. Aunque algunas gestiones estuvieron más próximas al problema, es algo que el Estado no terminó nunca de poder abordar. Desde ya, hay un tema de ignorancia: no tienen idea qué es lo que pasa en la calle, desconocen las propuestas que hay, la riqueza que hay ahí. Pero también hay algo ideológico, y sumado al complejo de inferioridad, se suben a una tendencia cultural generalizada, que es la cultura del éxito y la sensación de pertenencia. Una sensación imaginaria, que genera sentirse parte de todo aquello que brille y tenga resonancia masiva. En cambio, invertir en generar las condiciones para que todo lo que hay mejore, para mejorar las condiciones de vida, para estimular formas de alcance, hasta ahora, es un terreno vedado. Hubo y hay programas, algunos esfuerzos de funcionarios individuales, pero son mojones. No hubo nunca un plan serio para abordar el tema.



Si bien los principales problemas provienen de la gente, de la cultura dominante y del Estado, también creo que como trabajadores de la cultura tenemos cosas que corregir.

Hay una relación que todos nosotros tenemos con *la nada y lo sutil* que debiéramos poder vincular sin tanto tabú a la idea de un mercado. Creo que es algo propio de algunas artes, no todas. A los cineastas no les pasa. Pero entre músicos independientes hablar de dinero, estrategias y productividad siempre fue una suerte de tabú. Algo de careta. Por el contrario, para mí, la gente que no habla de dinero es la gente que ya lo tiene. Y por ende, es la gente que no necesita hacer que esto funcione como un trabajo. Es la gente que quiere sacralizar la actividad y ponerla en ese lugar abstracto y escindido de toda necesidad o aspiración material, literalmente, un *hobby*. De hecho, el término “aspiracional”, en nuestro sector, es algo peyorativo.

Vuelvo al cine. Ellos hablan de dinero. A ninguno se le ocurriría disociar de forma categórica arte de mercado, salvo a un par de *snoobs* o fanáticos de la *nouvelle vague*, etcétera. Quizás porque el cine nació como atracción tecnológica y quedó inserto en una dinámica de mercado inmediata, y también porque es eminentemente colectivo y caro.

En la música sigue presente cierta idea romántica y decimonónica del arte, por no decir *hippie*. Una suerte de incapacidad de habitar la contradicción: sí, tenemos una conexión con *la nada y lo sagrado*, y sí, también entendemos que queremos llegar a fin de mes y hacer de nuestras capacidades un medio de vida. Y en esa tensión, y con esa tensión, sin borrar los bordes al problema, sino atendiéndolo, creo que hay bastantes respuestas de cómo mejorar nuestra situación. Al menos, colaborar a mejorarla.

Y si bien hubo cosas muy piolas, como El Qubil, supongo que la organización política del sector sería nuestro punto débil. En lo personal, cada vez que hubo intentos de discutir y organizarse, me desmoralicé rápido. Hay un talento muy grande entre quienes no permiten desmoralizarse.



Me siento parte de la escena del indie rock rosarino. Lamentablemente es una escena identificada con el centro de la ciudad. Otro problema a atender y para que todos hagamos un mea culpa.



Siento muy poco apoyo desde los medios y la conversación. Casi que desapareció un periodismo que mire la escena. Son muy pocos los que se interesan, la comentan y la piensan. En cuanto a políticas públicas, hubo y hay programas muy buenos, tanto

municipales como provinciales, pero ninguno de estos esfuerzos se compara con lo bien que nos vendría una ley que no solo proteja, sino que fomente a los espacios culturales alternativos. Sería la atracción turística cultural más importante del país por fuera de CABA.

Sobre Pablo Comas

Músico nacido en Rosario, Argentina. Entre 2006 y 2017 lidera Alucinaria, proyecto en el que se desempeña como compositor, cantante y productor artístico, y con el que edita *Dulce Cruel* (EP, 2008), *La Última Rotación del Sol* (LP, 2012), y el aclamado *Días de Fuerza* (LP, 2016). En 2014 integra la banda Vacaciones en Globo, con la cual edita un disco homónimo. En 2018 comienza su etapa solista y en 2019 edita *Hambre*, integrado por nueve canciones. En 2020 se estrena el simple *El Arte de Irse*, banda de sonido del segundo episodio de la serie *Historias Virales*, dirigido por Federico Frágola y Juan Baranchuk. También en 2020 sale el sencillo y videoclip de *La Danza de los Bordes*. Entre octubre de 2022 y agosto de 2023 edita cinco sencillos a modo adelanto de su segundo disco solista, *Dramático & Nocturno*, editado en 2024, integrado por trece canciones. En sus recitales en vivo, Pablo es acompañado por Dani Pérez (bajo y coros), Fabricio Silvestri (guitarra), Luciano Tourfini (teclado y coros) y Julián Darío Ribero (batería). Con sus diferentes proyectos compartió escenario con bandas como El Mató a Un Policía Motorizado, Miranda, Massacre, Little Jesus, Pels, Leo García, Pablo Dacal, Bicicletas, Indios y El Kuelgue.

La ciudad de las canciones

Por Matías Vant

Todavía me acuerdo cuando a mi tía le regalaron un organito de dos octavas para su cumpleaños. Traía un pequeño libro con una portada de los New Kids on the Block.* Ahora, mientras escucho *Step by Step*, que me parece un temón, me acuerdo de *Un detective suelto en Hollywood* y ese hermoso sonido de fines de los ochenta. No importa, la cosa es que ese teclado me lo escondieron porque era muy nenito e intenso, pero un tiempo después dejaron que mi abuela me enseñara algunas cosas.

Mi abuela era profesora de piano, psicóloga, y tenía dos empresas. En una de esas dos empresas trabajé cuando me hizo falta mientras enfrentaba la búsqueda de una carrera musical. Lo primero que me enseñó fue el *Feliz cumpleaños*. También: *Navidad*, *Doce Cascabeles*, *La cumparsita* y *Desde el alba*. A las dos últimas las terminé de sacar solo, de memoria. Es la anécdota más “el nene tiene que estudiar un instrumento” que tengo. Y, como se puede ver, da muestra de la gran catalizadora que era mi abuela.

**Me gustaría agregar que sigue sonando el disco de NKOTB, y el tema Tonight es muy bueno.*

De adolescente, gracias a mi prima y a Flor Croci (mi prime-

ra heroína rockera), empecé a tocar la guitarra. Mi mundo era Charly García. De ahí se podía desprender Fito, quien inesperada y previamente me había presentado a Charly en la canción *La Rueda Mágica*, incluida en *El amor después del amor*, el primer disco que recuerdo ir a comprarme a los 9 o 10 años. Así fui sumando: Calamaro, Tanguito, todo muy rock nacional, pero de canciones más pop de alguna forma.

En ese momento armé banditas que no tocaron mucho, y pasé un tiempo largo solo tocando en espacios personales, asados, juntas, salvo algunas excepciones. Este tiempo coincide con la intervención de la trova en mi vida, la trova local y la de más allá, digamos la trova iberoamericana. En realidad, ya estaba desde que era pequeño por la labor de mi madre (así como también Montaner y Arjona, pero esa es otra historia). Como mi forma de relacionarme con la música es tóxica, me sabía todas las canciones, las editadas y las inéditas, las versiones en vivo. Todas es todas. Estamos hablando de los primeros años del 2000, estaba muy de moda el homenaje a Silvio, Sabina, Serrat. Y si bien yo podría haberme sumado a hacer algo así, no quise y preferí seguir tocando para mis amigos.

Recién en el 2010, después de todo ese tiempo, tomé la decisión de dedicarme en alguna medida a esto de hacer música, de hacer canciones. Y ya mis referentes fueron otros. Puedo decir que gracias a entrar a cantar en un coro de música popular, La Eulogia Coral, conocí mucha música folclórica: justo yo, que no sabía más que alguna canción del cancionero popular y que Mercedes Sosa es la Pachamama. En ese momento, mis referentes pasaron a ser los que siguen siéndolo hasta hoy: Carnota, Juan Quintero, Juan Falú, Negro Aguirre, Fander. Así también empezaron a aparecer los locales y una revelación: cuando mis referencias eran del rock o la trova, lo local no sobresalía, pero con el folclore aparecieron Martín Neri, El Chula (Julian Venegas), Mercedes Borrell, Juan

Barreto, Sandra Corizzo, Pablo Comas; algunos, amigos* muy entrañables.

**Hay que tener de referentes a nuestros amigos, ser fan.*

En otro plano, en algún momento, también apareció Uruguay: Drexler, Cabrera, El Pitufu, etcétera. De más está decir que por cantar en murga se me puso un poco celeste el corazón. Y un poco se repite la historia del descubrimiento: hoy en día las referencias no se movieron mucho, pero aparecieron nuevas, como Mocchi, El Kanka, Duratierra, Noe Recalde, Buscaglia, Djavan, Lucio Feuillet, Andres Correa y Daniel, me estás matando, entre otrxs. Mucho cancionismo, no puedo negar que es lo que más busco como referencia porque me sirve para pararme a defender mis canciones.

MORIR DE LA MÚSICA

Tomé la decisión de dedicarme a hacer música y, ayudado por la empresa de mi abuela, en un momento sí podía mantenerme entre clases y otras actividades, como recitales, producciones, arreglos o SADAIC. Igual, como siempre temí que si no tenía un cable a tierra me podría aburrir, y me daba miedo eso, opté por tener otro trabajo complementario. Siempre fueron cosas bastante opuestas, oficinas con planillas de excel, venta, reparto de panes. Pero ahora no es una opción: sí o sí necesito tener otro trabajo. Gracias, Toto Caputo.

No es fácil defender la actividad artística como otro trabajo. Casi siempre nos corre el fantasma del “disfrutá de tu trabajo”, o “los musicxs son todos jipis”, y es complicado con ese imaginario convencer a alguien que acepte un presupuesto teniendo en cuenta todo lo que nos cuesta hacer un show en el que la punta del iceberg es vernos felices y profesionales durante una hora sobre

un escenario.

Hace dos años pasé un momento difícil. Por un lado, no me sentía apto para dar clases, y por otro, un poco me desconocí con mis canciones y de su defensa, me alejé, y solo dejé un proyecto, como si fuera la única estrella brillante que me recordara lo que era hacer música. Por suerte salí de ese paco emocional.

Hoy soy programador, o algo así, y de todas las cosas que hice es la que realmente más me llenó, porque me pide ingenio y creatividad. Aunque a veces me deja quemado, como todo.

ESPEJO DE CIUDAD

Arranqué a escribir esto con el disco *Rosarinos* de fondo. Una belleza a nivel compositivo, que contrasta brutalmente con la estética de una grabación en vivo que no hace honor a semejante compilación, a tan increíble receta local.

*... mis ávidos amores
son fuertes y viven más que yo*

En la música, Rosario siempre estuvo muy presente. Desde los laureles que nos colgamos por sacar, justamente, mucha música, que trae también esa férrea pelea con Buenos Aires, hasta por el río, que siempre está en las canciones. Mucha música con ese toque rosarino que es difícil de explicar y que es, entre trova y bossa nova, trovanossa.

Siempre pensé la ciudad como es históricamente: un puerto de muchas afluencias. Y es así como pienso a mis canciones. Por lo tanto, me siento reflejando la ciudad en lo que hago, desde lo musical hasta lo poético. Me resulta imposible no tener un lenguaje de la ciudad.

Incluso, en un momento me di cuenta que mis letras eran muy

volátiles, trovadorescas. Fue al principio de todo, tipo 2011. Y la primera canción que escribí con esa clave fue *Callejón*, una canción muy citadina que decía: “Algo tiene la ciudad, los suburbios, sus canciones, que no me dejan en paz”.

Rosario me encanta y me gusta mucho dar vueltas. Siempre me gustó ir en auto escuchando música y conocer barrios nuevos. No hay nada más lindo que escuchar música mientras se pasea por una ciudad. Hay veces que me gusta tomarme colectivos e ir mirando y anotando, aunque hoy el celular me quite espacio de observación.

Incluso puedo sumar a mi prontuario de cosas peligrosas e inútiles que hice, cuando tenía 15 o 16, daba vueltas por todos lados con una bici playera verde, con freno contrapedal tocando la guitarra. Me reconocían por eso. Estaban los que me decían “tocate una de la Sole”, o los que tenían menos gusto por mi malabarismo armónico: “pendejo pelotudo deja de boludear”.

Rosario es una hermosa ciudad para salir a su encuentro, para descubrir sus lugares como un ritual. Con un amigo tenemos el berretín de buscar bares donde ser habitués por una intención investigadora, pero termina pesando más nuestro intenso hábito bebedor. Y así vamos probando lugares para ser parte de la ciudad, como un grafiti en movimiento en la esquina de N40. También me interesa su vida nocturna. Si bien no es eterna, es suficientemente grande como para no aburrirse. Para quienes sentimos la joven energía de no querer que se termine la noche, tuvimos la fortuna de ser contemporáneos al Dixon o El Beso, y luego, siempre, el Parque España para ver el amanecer como cierre.

LA ESCENA, HACER LO NUESTRO

Hace mucho me invitaron a Radio Nacional, donde por primera vez escuché a Sandra Corizzo hablando de vivir y hacer música en

Rosario. En ese momento mi postura era bastante parecida a la de mis colegas: si no te vas a Buenos Aires no podés triunfar. Ella hablaba de cómo se podía habitar la profesión localmente y no morir de hambre. A mí me parecía un imposible. Pero luego mi vínculo con la posibilidad artística cambió. Quiero decir, en mi caso, lo intenté en la ciudad y sobreviví, aunque después preferí que la economía no pase por el arte, para no tener que agarrar más trabajos que no me gustaran que los que sí para poder mantenerme.

Hace poco hablaba con un amigo de Buenos Aires, Julián Oroz, al que por supuesto recomiendo. Con él nos conocemos hace diez años, aproximadamente, y nos hemos cruzado en giras, componiendo y sacando discos. Pero hoy nos dimos cuenta que ya no podemos ser los mismos que antes, cuando viajábamos a todos lados componiendo y cantando al instante. Y eso, al revés de frustrarnos, es un pedido de cambiar el imaginario. No todo puede (ni debe) ser visto desde el punto de vista de la productividad, y en verdad deberíamos poder transitar nuestro arte disfrutando sin estar detrás de un objetivo instantáneo.

Hay algo a desentramar en esa sensación de no ser conocidos en algún lugar, o en varios lugares, y entonces pensar que no estamos haciendo algo bien. O esa idea de *si no tengo visualizaciones desaparezco y ya nadie me va a escuchar*. Si bien esto tiene que ver con la modernidad y con la nueva mercancía del arte, un poco es porque creemos que hacer canciones y cantarlas para el público tiene que ser algo progresivo, eficaz, masivo. Vemos el éxito del mainstream y lo queremos. Y al primer indicio de que no lo logramos, frustración.

Pero ahora la tarea ya no es tanto multiplicar, sino cambiar el imaginario. Ser artista no puede ser solo estar detrás de reproducciones o clicks, aunque eso sea parte de intercambiar lo que hacemos, o también hay que decirlo, parte de nuestro trabajo. Pero no puede ser que matemos por eso, y peor aún, que califique-

mos nuestro arte y el de lxs demás a partir de eso. Hoy, mi forma de comenzar este camino es intentar habitar más el momento, pertenecer, observar, disfrutar de tocar y de hacer arte con lxs demás. Parece coaching falopa, pero no.

ALGO FALTA EN LA CIUDAD

En Rosario hay muy pocos lugares para convocatorias de público a media escala. Digamos que esto también nos habla de una falta de políticas públicas que den posibilidades, que propongan ciertos acompañamientos y programas de financiación de los espacios en donde nos presentamos; este panorama dificulta no solo la apertura de otros espacios, sino una proyección de lo que hacemos todos los actores culturales. Así, vivimos en un loop que nos lleva y trae a armar recitales en casas o espacios improvisados, que son hermosos, con gente que es divina, donde surgen intercambios que se disfrutan, pero, la mayoría de las veces, no son económicamente suficientes. Quizás, te recomiendan un valor de entrada alto que te da miedo cobrar porque no sabes si alguien lo va a poder comprar o querer pagar.*

Al menos, todo esto es lo que veo desde mi escena, que es la escena de lxs cancionistas. Hago mis temas, a veces solo con una guitarra, y por algún azar de Dios NO SOY JORGE DREXLER y no tengo su público, que está encantado de ver a un tipo solo en un escenario cantando un diagnóstico médico mientras hace cosas geniales, sin necesidad de bailarines ni doscientas personas en una producción magnífica, que es lo mejor que vimos.

**La pelea con la gente que paga trescientos millones de dólares para ver a Paul McCartney o Lali pero no puede pagar una entrada de diez mil pesos está PERDIDA. La gente hace con la plata lo que se le canta, mirá si le voy a querer enseñar en qué hacerlo.*

A veces pienso que nos falta tener más unión, construir fraternidad. Qué se yo, estar más presentes entre nosotros, hacedores culturales, nos puede ayudar a generar algo más potente. Mezclarlos en eventos propios y ajenos, en reuniones para comer y compartir. Movernos del lugar seguro para que algo distinto salga. El momento nos pide juntarnos y movernos.

Y en efecto, hay movimientos que están muy bien, como Perfeito Ediciones o MUG. Son gente que está proponiendo todo el tiempo, a pesar de lo difícil que es autogestionarse y construir en grupos. Sobre todo, son organizaciones que superaron tradiciones oxidadas, o lo que dice el establishment, o lo que creemos que tenemos que hacer viviendo en esta ciudad y haciendo o aportando al arte local. Me quedo cortísimo al intentar citar ejemplos, pero la gente de teatro también está en esa. Hay muy buenas organizaciones que se comprometen con el arte constantemente y con producciones de calidad. Hablo de las organizaciones, pero claro, si lo pienso proyecto a proyecto, nombre a nombre, lo que tiene Rosario es que no paran de aparecer nuevos artistas que hacen todo MUY BIEN. Y sobre todo les jóvenes: ¡cómo les odio! Juventud, divino tesoro lleno de talentos.

Todo esto ocurre bajo una situación política que no ayuda. A nivel gobiernos no estamos en el mejor de los momentos. En otros, hemos tenido más apoyo y más transparencia de parte de los ocupan los espacios públicos municipales. Muy de amiguismos, algo inevitable dirán algunos, pero en otros momentos había más convocatorias abiertas.

Del país hacia adentro, el panorama no parece muy prometededor. La solución, otra vez, deberá ser colectiva y popular.

SENTIRSE PARTE

Siempre me costó la definición propia, pero sin dudas me encuen-

tro en el cancionismo. Siempre con la guitarra en la mano para defender lo que digo, o lo que quiero decir. Y si se me permite, hago distinción entre la canción y la trova, una distinción para hacerlo, como diría Kevin Johansen, todo más *des-generado*. Pero también porque tuve un momento donde la idea de trovador me aborreció mucho. Ya algo conté, pero cuando ocurrió el boom en los dos mil, a mí no me gustaba hacer covers ni vivir de la obra de otros (amo a los intérpretes y les envidio, pero no era lo mío). Y encima me molestaban algunas cosas que hacíamos desde nuestra inseguridad artística para forzar la identidad trovadora, como nasalizar la voz, hablar de colibríes y fusiles. Así que en un cambio de frente total, un *extreme make over*, empecé a tomar clases de canto y a practicar para salir de ese personaje que tenía control total de Mati.

**Dato de color: Mi nombre completo es Matías Trovant. Obviamente que podría haber robado con eso en los tributos, pero ya estaba decidido a salir de la trova hasta con el apellido. Gracias a un amigo que cuando apareció Facebook, allá por el 2008, me dijo: “Yo ni loco pongo mi nombre completo ahí, te pueden sacar todos los datos, secuestrarte”, etcétera, decidí acortar a Mati Vant. Muchos años después, la misma Sandra Corizzo me va a decir: “¿Vos te das cuenta que te sacaste el sol?”. Y yo quedé dibujado con cara de qué me estás diciendo, y ella me iluminó: “Claro, te sacaste el AS [de Matías] y el TRO [de Trovant]. ASTRO”. Impecable. De hecho, escribí una canción sobre eso: Lo que escondo de mi nombre.*

Más allá del cancionismo habité varios espacios grupales de géneros distintos. Pasé por coros, murga, folclore, cumbia, y actualmente, boleros y salsas. Puedo decir, y se nota, que en algunos casos el nivel de pertenencia es más fuerte. Sin embargo, siempre puedo volver al cancionismo que es el que me cobija. Lo que encuentro en común con todas estas escenas es que en todas

sentí la necesidad de unir las entre sí o con otras, como para aprovechar el golpe y poder hacer más ruido. Pero pasado el tiempo me doy cuenta que primero hay que armar la propia, con fuerza, con decisión y, sobre todo, practicidad.

De igual manera, no creo que en este contexto podamos vivir 100% de esto, y probablemente estar con la energía disponible todo el tiempo sea cada vez más imposible. Lo que hace de nuestros proyectos algo peligrosamente laxo, porque con el correr de los días las cosas pierden su peso, y hasta a veces el sentido. Y es bastante común, quizás por esto mismo, encontrarse con colegas que tienen el foco en su carrera y no en la comunidad.

Y bueno, también siento que hay una mirada esquizofrénica o envidiosa. Por un lado, no nos conformamos fácilmente con lo que logramos, pero por el otro nos ponemos en contra de alguien que de alguna forma se profesionalizó, o que eligió un camino distinto al de la media, y ahí se le ataca como un *vendido*. Ya saben, el “yo te sigo desde Cemento”, “antes eras chévere cuando tocabas por el pancho y la Coca como yo (por la cerveza y la pizza)”.

¿IDENTIDAD?

La rosarina es una identidad que está acostumbrada a buscar oro en el barro, que emerge en contextos desfavorables encontrando siempre nuevas maneras de expresarse. Ya sea con o sin el río, inevitablemente es una identidad que fluye, que se nutre, que copia, se impone, se enreda, que lleva más de diez años dando una batalla por políticas culturales con lo que puede. No quiero decir resiliente porque me parece una palabra de cornudo.

En la actualidad, esta identidad se ve mucho en bandas como Amor Underground, que hablan sin pelos en la lengua de la realidad de los pibes en los barrios, o Vicky Alancay, que en su sonido folclórico alza banderas y las defiende con una presencia inmen-

sa. La necesidad de encontrarse en el paisaje sonoro actual, que es casi dictatorialmente urbano, no empaña la cotidianidad en el repertorio de Alyx. Y todavía hay músicas que describen paisajes humanos con una sensibilidad notable, que podemos ver en discos como *Huella de tiza*, de Alejandro Bluhn, o *La toma*, de Juan Barretto. Es más, recomiendo dejar de leer esto para darle play en Spotify o YouTube a estos dos adoptados rosarinos.

Rosario es una ciudad que culturalmente desborda y que así como es tan grande su propuesta, su energía creativa, también lo es su antimateria, es su propio agujero negro. Somos lxs mismxs que no vamos a ver nuestros colegas, porque estamos haciendo mil cosas, pero nos quejamos cuando ellxs no vienen a vernos. También somos los que explotamos de alegría cuando nos encontramos todxs, y compartimos, y somos felices. En Rosario, de pronto, el público es el mejor que puede tocarte, pero también de pronto no viene nadie porque pasó algo, porque el lugar, por una energía, porque queda lejos, porque no hay colectivos, porque la entrada es cara, porque *me dio paja*. No olvidemos que el público rosarino es bien conocido por ser sincero e implacable: si te va bien en Rosario, te va bien en cualquier lado.

A veces, Rosario es la mejor palmada en la espalda para les artistas, una fuente inigualable de inspiraciones, nación creativa y colectiva, un transitar cuesta abajo al río que se disfruta como el viento en la ruta, como el primer trago, o como el aplauso del estreno. Esa es la Rosario que incluye, la que se multiplica, la que crea. Pero otras, Rosario es la espalda misma. Una ciudad que no habla de trenes, que no mira ni escucha a los barrios más allá del centro, que no narra las historias de esas esquinas que abren otra ciudad distinta. Una Rosario que es también la falta de presión del agua, la mezquindad y la individualidad. Y es casi como llevar cuesta arriba una bandera sin saber ya por qué, con políticas culturales que siguen beneficiando un negocio en el que no estamos

ni queremos estar, con espacios creados para precarizarnos al extremo, y naturalizar el arte como una vidriera vacía por dentro. Esta es la Rosario que caranchea los espacios públicos, que mete el entretenimiento, para lo que sí hay plata para pagar bien, y le saca al arte todo su poder transformador.

De cualquier forma, Rosario es inagotable. Por suerte, están los pibes que hacen tan bien una música hermosa, con tanta excelencia, con tanto compromiso y entrega, y están quienes desde hace tiempo habitan, y siguen habitando, abriendo caminos, y manteniendo esa vara alta, que es, en definitiva, la que marca la tradición de la ciudad. Por eso, más allá de todo, en un apocalipsis cultural, creo que Rosario todavía tiene todo para ir a cabecear el meteorito y devolverlo.

Sobre Matías Vant

Es un cancionista, guitarrista y cantante rosarino. De a poco, se fue transformando en defensor de un tipo de canción que mezcla melodías y géneros diversos, con un lenguaje coloquial que se percibe desde la primera escucha. Su necesidad de estar en todas partes lo llevó a formar parte de distintos proyectos y a encontrarse con grandes músicxs en escenas y estilos muy diversos. Ese tránsito fue moldeando canciones que hablan de muchas formas, y que hoy se traducen en cinco discos editados y varios sencillos. Realizó giras por Argentina y Latinoamérica: Uruguay (2017), Cuba y México (2018), Colombia (2019) y Chile (2021). Sus canciones son interpretadas por diversos artistas, entre otrxs, La Perilla y La Esencia de la Cumbia. Integra Los Románticos del Paraná, un trío de música latinoamericana con fuerte raíz en el bolero. 2026 lo encuentra grabando su segundo disco solista.



Bonus track **Contextos**



Este libro se está editando entre asambleas de vecinos, sesiones extraordinarias (o intentos de sesiones que luego no se hacen por la alianza entre el oficialismo municipal y LLA), conversatorios y festivales de resistencia (culturales en el D7, ambientalistas en La Florida, urbanistas en el Colegio de Arquitectos, peñas universitarias, etcétera), y demás formas colectivas de pensar y sostener la vida democrática en una ciudad gobernada bajo un autoritarismo explícito.

En todas estas manifestaciones que salen al encuentro, y que a sí mismas se dejan encontrar porque no se quedan en lo simbólico, en todo este moverse por otros, hacia otros, con otros, Rosario se pronuncia y cocina un futuro diferente. Esto significa que, en clave presente, la ciudad sigue diciendo lo que las autoridades no solo no quieren escuchar, sino que no quieren que se diga.

La relación del gobernador Maximiliano Pullaro y el intendente Pablo Javkin con La Libertad Avanza, localmente representada por el mediático Juan Pedro Aleart, no solo es de intimidación ideológica y complicidad política, sino que deviene en una asociación activa que ocurre a doble mano: discursivamente negada, obscenamente evidente en la práctica.

Entonces, por este clima, por las continuas referencias en cada texto a lo complicado que está siendo sostener la vida, nos pareció importante dejar registro político y económico. Pero no solo en modo testimonial, también en modo convocatoria. Una convocatoria que se figura como lanzar un deseo al aire: que estas formas de gobernar no sean gratis. La precarie-



dad de nuestras vidas, de nuestros oficios, de nuestros vínculos, incluso la imposibilidad de sentir y de poder despertar imaginarios donde los proyectos de vida no estén bajo amenaza constante, es una imposibilidad que tiene nombres y apellidos responsables. Hay responsables concretos.

Pensar y conmemorar los cincuenta años de un golpe cívico-militar también implica trazar un plan para los próximos cincuenta años democráticos. Así, no solo nos toca desde ya acusar historia, decirla y recitarla, sino edificar sobre lo edificado: honrar las hazañas heredadas para *cumplir las hazañas que nos prometimos*.

Ser inquilinx en Rosario

Fuentes: CESO / Mercado Libre / UdeSA / Inquilinos Agrupados / CIPPEC / Inst. Lincoln / Tejido Urbano / Datos Rosario / Reporte Inmobiliario

“En junio, el salario mínimo no alcanzó para cubrir el costo de un monoambiente promedio y un jubilado con el haber mínimo debió destinar cerca del 80% de sus ingresos al pago del alquiler”, dice en la introducción el informe mensual del CESO dedicado exclusivamente a la situación de Rosario. El contexto es reforzado así: “Los precios de oferta de alquileres de departamentos de 1, 2 y 3 ambientes registraron aumentos interanuales de 36%, 29% y 33% respectivamente. Con respecto a mayo, los monoambientes subieron 2,7% y los departamentos de 3 ambientes 4,3%, mientras que los de 3 se mantuvieron en el mismo precio. En cuanto a la oferta total de alquileres para vivienda, las estimaciones muestran un incremento del 72% con respecto a junio de 2025”.

Un informe de la Universidad de San Andrés y Mercado Libre registró que desde noviembre de 2023, es decir, tras el fin de la Ley de Alquileres, y abril de 2026, la oferta de alquileres dio un salto histórico en Rosario, aumentando un 93,5%, pero lejos de haber sido esto una facilidad para los inquilinos, resultó en consolidar un piso de precios inalcanzables.

“Los alquileres en las principales ciudades del interior del país siguen aumentando por encima de la inflación. Entre mayo de 2025 y mayo de 2026, los departamentos de dos ambientes subieron un 44% y los de tres, un 47,9%, frente a una inflación interanual del 33,2%”, escribe Bruno Correa en su artículo “Los alquileres suben más que la inflación en las provincias”, publicado en *Letra P* (13 de julio de 2026).

Correa toma el último informe de Reporte Inmobiliario, desde el que también se desprende que Rosario es la tercera ciudad más cara para alquilar departamentos de tres ambientes, los que ya superaron el millón de pesos, mientras que es la cuarta más cara en alquileres de dos ambientes. Es necesario decir que esos puestos pueden, y deberían, leerse diferente cuando revisamos qué ciudades están por delante. El artículo mismo marca que ver a Neuquén Capital como la ciudad más cara para alquilar, tanto un dos ambientes como un tres, está relacionado con el fenómeno petrolero, “cuyo crecimiento produce una migración interna de trabajadores y presiona sobre el mercado”. Luego aparece la ciudad de Mendoza en segundo lugar en ambos tipos de vivienda, también con una economía turística y una migración tanto interna como regional que puede exigir lecturas particulares, incluso históricas. Mientras que Córdoba Capital aparece como la tercera más cara para alquilar dos ambientes, y ahí, como dijimos, Rosario cuarta. En cuanto a los tres ambientes, la ciudad que le sigue a Neuquén, Mendoza y Rosario es Bahía Blanca, en el quinto lugar aparece Córdoba Capital.

Estos datos, marca el autor, sirven para solapar a la cuestionada Canasta Básica del INDEC, que además de no tener una buena fórmula, lógicamente, no habla de alquileres. Vale decir que la CBT registró que una familia tipo necesitó \$1.498.741 durante mayo 2026 para no ser considerada pobre.

ARGENTINA | RELACIÓN CON LA VIVIENDA

—**Heredar el alquiler:** El 43% de los encuestados ya pertenece a una segunda generación de inquilinos.

—**Juventud estancada:** El 38.3% de los jóvenes de entre 25 y 35 años sigue viviendo con sus padres por no poder independizarse.

—**Costo prohibitivo:** Argentina es uno de los países más caros de la región para construir, adquirir una vivienda promedio exige más de 120 salarios completos.

ROSARIO | CONSTRUIR PARA ESPECULAR

Rosario construyó inmuebles a un ritmo exponencialmente mayor que el crecimiento de sus propios habitantes durante las últimas dos décadas (2001-2022).

+36.4%

Crecimiento de viviendas
construidas en Rosario

+13.4%

Crecimiento de población
real de Rosario

Entre 2005 y 2023 se otorgaron cerca de diez mil permisos de obra (4.4M de m² construibles). El resultado es una ciudad con sobreconstrucción de resguardo, pero inaccesible para jóvenes y sectores medios. En tanto, estos permisos también muestran desde el uso del suelo lo evidente: los barrios y los sectores bajos, las periferias, la ciudad más allá del centro, para Rosario no existen.

	% Permiso de obra nueva	% Permiso de obra nueva residencial	% Superficie obra nueva (m²)	% Superficie obra nueva residencial (m²)
Centro	38.6	42	60.1	67.1
NO	31.5	33.5	13.6	12.5
Norte	12.3	12.4	17.8	17.1
Oeste	6.5	4.2	4.3	0.9
SO	6	3.6	2.1	0.6
Sur	5.1	4.3	2.2	1.8

VACANCIA ESTRUCTURAL Y ESPECULATIVA

En el informe de CIPPEC y el Instituto Lincoln la vacancia rosarina queda vinculada al “fuerte proceso de verticalización”: el ladrillo como valor e inversión especulativa, no para habitar.

La ciudad argentina con mayor cantidad de vivienda ociosa es CABA, tiene alrededor de 70.000, le sigue Rosario con 32.000, y la tercera es Córdoba, con 20.000. Pero este orden gira cuando pensamos la vivienda ociosa en proporción, y así, Rosario pasa al frente: acá, la vivienda ociosa representa el 8.6% de las viviendas, en CABA el 6.7% y en Córdoba el 4%. Grave, revelador, pero para cualquiera que camine la ciudad, mire más allá de sus posibilidades o converse con quienes buscan alquilar, de nuevo, no es un dato sorpresivo más allá de lo imponente.

32.000 | 8.6%

Casas vacías en Rosario

Vacancia especulativa, estructural y concentrada. Las zonas con mayor vacancia hablan también de cómo se piensa la ciudad: Centro / Puerto Norte / Pichincha / Refinería / Arroyito / Corredor Alberdi-Rondeau. Zonas ya gentrificadas o en procesos de.

Hay una muy buena nota de Juan Pascual, publicada en *Pausa* el 7 de mayo de 2026, titulada “¿Y si nuestra ciudad tuviera un impuesto a la renta ociosa?”. Habla de Santa Fe Capital. Los datos son igual de alarmantes que en Rosario, e importan porque aunque la relación entre ciudades sea compleja, la intimidad política e ideológica bajo gobiernos municipales, provinciales y nacionales alineados es indudable en su planificación y efectos rebotes, por derrame o por omisión, y la foto completa nos permite ver mejor las consecuencias, pensar cómo revertirlas, recomponer profundidades de desigualdad construida a fuerza de interés concentrado y especulativo, pero también de desidia frente a ciertas demandas básicas. Desidia y desprecio por un lado, estímulo interesado y desenfrenado por el otro. Además, desde otra perspectiva, revisar estos datos de Santa Fe es otra forma de graficar hasta que quede grabado: lo que te pasa, o al menos, la gran mayoría de lo que te pasa en cuanto a tu calidad de vida, condiciones, y posibilidades de vivienda, no es un problema tuyo particular. No se resuelve con meritocracia ni con la fortuna de dar con un “dueño directo” piola. Y a esta altura, ni siquiera se resuelve siendo aún más afortunado de recibir una vivienda única de herencia.

Dice Pascual apenas comienza su artículo: “Durante el siglo XXI la cantidad de viviendas construidas superó por mucho al número de habitantes nuevos. Esto es un incremento descomunal de la oferta inmobiliaria. Sin embargo, la vivienda propia está cada vez más cara y los alquileres más imposibles de pagar, sobre todo a partir del fin de la Ley de Alquileres a fuerza del decretazo inaugural N°70 del gobierno de Javier Milei”. Lo que sigue es el dato duro, que no es duro, como él mismo dice, es durísimo: “Del cruce entre los datos de vivienda, régimen de tenencia y población resultan cifras que son durísimas: en 2001 había en La Capital 489.505 habitantes, repartidos en 137.595 viviendas. Para

el 2022, había 568.259 habitantes, 78.754 más que a comienzos de siglo. Sin embargo, en el mismo lapso, se construyeron 90.373 viviendas nuevas. En 20 años, el saldo es que hay 11.619 viviendas más que habitantes”. De ahí, la chicana y las preguntas retóricas justas: “Es una guarangada esa diferencia, excepto que nos hayamos convertido en Suecia y nadie se haya dado cuenta. ¿Todo el mundo se fue a vivir solo? ¿Para qué se está construyendo tanto? ¿Por qué si sobran tantas viviendas —si hay tantísima oferta— no baja el precio de los inmuebles?”.

Para responderlas, Pascual revisa en detalle la situación santafesina: “La cantidad de viviendas totales creció un 66% entre 2001 y 2022. Sin embargo, la cantidad de departamentos aumentó 157% y la de casas un 53%. La ciudad se fue para arriba. (...) En 2001, el 8,7% de las casas eran usadas para alquilar. Ese porcentaje apenas creció para 2010 al 11,5% y se mantuvo estable diez años después, en el 12%. Lo opuesto sucedió con los departamentos: en 2001 se alquilaba el 28%, en 2022 el 49%”. Acá la clave de todo: “La mitad de los departamentos construidos no son el hogar de quien lo construye, sino una fuente de renta. Se hacen torres para el alquiler”.

Entonces, lo obvio: ¿quiénes alquilan, cuánto se alquila, cómo se alquila? Dice Pascual: “En 2001 el 11% de las viviendas existentes se destinaban al alquiler. En 2010, el 17%. En 2022, el 19%. La Capital transcurrió un proceso de transformación urbana por impulso de la renta inmobiliaria. Visto desde el lado de los seres humanos, es un proceso de inquinilización: en 2001, el 9% de la población alquilaba, en 2022 alquila el 17%. Si bien la población total creció un 16%, la cantidad de inquilinos casi se duplicó en 20 años”. Esto, por supuesto, también se traduce en otros cambios de hábitos. En realidad, como huevo y gallina, son procesos que se retroalimentan a la fuerza y bajo presión. “En 2001, el 73% de los

inquilinos vivía en casas, en 2022 ese porcentaje cayó al 57%. A la inversa, la población inquilina en departamentos saltó del 24% al 40%. En números absolutos se nota mejor el proceso: en 2001, había 32.980 santafesinos alquilando casas y 10.834 alquilando departamentos; en 2022 esas cifras fueron de 57.769 y 40.353, respectivamente. A grandes trazos, a casas fueron casi 25 mil santafesinos más, mientras que a departamentos se sumaron 29 mil santafesinos”, enumera Pascual.

A todo esto, Milei. “El aumento exponencial en la construcción en general”, afina la puntería el artículo, “se motiva en el levantamiento de torres para el alquiler. (...) Sin embargo, el precio de los alquileres no refleja este proceso de aumento de la oferta. Todo lo contrario, a más entregado el precio del alquiler a la libre oferta y demanda, peor para el inquilino. Para muestra basta la comparativa de qué pasó con los alquileres regulados por la Ley de Alquileres, durante el gobierno de Alberto Fernández, y los alquileres desregulados por la Ley Bases de Javier Milei. Tomando los datos de salarios del Indec y los del alquiler de nuestro IPEC, entre 2019 y 2023, el peso del alquiler sobre el salario cayó 23% para los trabajadores privados registrados y 22% para los públicos. Es decir, en 2023 un inquilino necesitaba destinar un cuarto menos de lo que necesitaba para pagar el alquiler que en 2019. Es el efecto de tener paritarias y una ley que regula el precio de los alquileres. Con Milei, con liberalísima oferta y demanda inmobiliaria y una cantidad de vivienda disponible impresionante, el peso del alquiler sobre el salario, a febrero de 2026, se incrementó un 91% para los privados y un 126% para los públicos. Dicho rápido, cuesta el doble pagar el alquiler, pese a que hay muchísima más oferta de vivienda”.

Entonces Pascual llega al carozo del asunto: “El tema no es solo toda esa vivienda que se construyó. Es toda esa vivienda que está

vacía”. Y acá vamos de nuevo a los números: “El Censo 2022 tiene una cifra para la renta ociosa. Hay 24.485 viviendas desocupadas en La Capital. Son 7062 departamentos y 17.423 casas sin que nadie viva adentro. Al pedo. El 11% del total de viviendas es renta ociosa. Parece una cifra poco importante. En el caso de los departamentos, el porcentaje es más alto: casi el 16%. Tampoco parece importante”. Pero lo es, y es muy importante y es una intervención obscena en el mercado: “La cifra sí cobra relevancia con otro punto de comparación: el total de viviendas alquiladas es de 42.964. (...) Si esas casas y departamentos sin alquilar ni habitar se pusieran en alquiler, si esa renta ociosa se ofreciera, se incrementaría la oferta de vivienda en alquiler en un 56%”. Eso sí modificaría los valores y diversificaría las opciones.

Pero hay un dato más. Para nada menor: quiénes son los dueños de esas torres, de esos departamentos, de esas casas. Quiénes están detrás de las viviendas ociosas. Habra excepciones, pero en su enorme y gran mayoría son personas que no necesitan de la renta. Es decir: pueden invertir y dejar esa inversión ahí, incluso generándole el gasto del mantenimiento. Pascual lo dice más brutal, y es certero: “Las torres sólo sirven para volcar guita excedente. Entonces, la naturaleza del bien no es satisfacer la demanda de vivienda, sino que el cliente es el rentista mismo. Contra la imagen clásica de ‘la abuelita que tiene un departamentito para completar la jubilación’, muchos propietarios pueden darse el lujo de tener una vivienda parada generando gasto —sin alquilar— porque no hay quien ‘convalide’ —esa palabra de usurero— el precio ofrecido. No lo alquilan porque no lo necesitan, porque pueden elegir no hacerlo. Y encima de eso, el inmueble aumenta vegetativamente, con el paso del tiempo, su valor en dólares”. El autor habla de “las torres de la soja”, y advierte que en Rosario, las mismas torres “a media luz”, también tienen su

apodo. Todos sabemos cuál es. Todos sabemos de dónde viene la plata. Todos sabemos, también, por qué tanto apuro, tanta imposición en la planificación y proyección de esas torres, tanta definición tomada de noche, de espaldas a la gente, desoyendo a la gente, negando la propia historia y memoria de una ciudad que tiene historias y memorias, tanto propias como nacionales, para empujar ciertos proyectos inmobiliarios.

Pascual remata su artículo con un repaso por distintos países, entre ellos, Estados Unidos, Australia, Inglaterra, Canadá, Francia, España, Israel, que tienen impuesto a la vivienda ociosa (de paso, aunque no sean grandes problemas rosarinos ni santafesinos, decir que algunos de estos países también tienen limitaciones a Airbnb y similares, además de estar discutiendo cuestiones de convivencia respecto al turismo; vale la mención para dar cuenta de cómo las ciudades están realmente en el centro de la conversación, y cómo los vecinos y las organizaciones urbanas, diferentes actores sociales, están comandándola, forzando la obligación de ser escuchados por el Estado). También advertir, como queda clarísimo al leer esa enumeración de países, que son discusiones y definiciones políticas, sociales, culturales que están muy lejos de ser comunistas, muy lejos de ser por amar “las ruinas”, por ser “antiprogreso”, y demás zonceras que solemos escuchar por acá.

Personas en situación de calle

Fuentes: Tejido Urbano / Ministerio de Capital Humano

Rosario no tiene datos oficiales propios sobre personas en situación de calle, en consecuencia, tampoco lleva un registro de cómo va mutando no solo el número, sino las características que son las que, a su vez, diagnostican una época. Por ejemplo, la cantidad de familias que aún con salarios fijos no pueden sostener un alquiler; un escenario que los medios llaman “fenómeno”, cuando no “nota de color”, más allá de ser un desplazamiento brutal y revelador de la pandemia a esta parte, que aparece en línea ascendente y de forma sostenida. Es decir, más que fenómeno, es una realidad que no ha tenido retorno desde que apareció: clase media/asalariada viviendo en la calle.

Vale subrayar que el gobierno rosarino no solo no cuenta con esta información propia, sino que no parece interesarle, de hecho, es una demanda de la oposición en el Concejo, presentada formalmente por estas horas. Mientras, Javkin y su gente se pasean por los medios donde la pregunta incisiva y la repregunta brillan por su ausencia, hablando de “supuestos” o “imposibilidades de diagnóstico”, y a lo sumo tomando los datos oficiales que ha presentado el gobierno nacional. Datos que traen cola, pero que igual deberían aparecer en boca del gobierno municipal y provincial con respuestas, explicaciones, propuestas concretas y urgentes, no como insinuación.

Promediando abril, el gobierno de Milei presentó el Primer Relevamiento Nacional de Personas en Situación de Calle. Comandado por el Ministerio de Capital Humano, y a través de la Secretaría de Niñez, Adolescencia y Familia, este primer relevamiento contabilizó menos de diez mil personas en todo el país. El número exacto es 9.421, dividido en un 83% de hombres y un 17% de mujeres. La respuesta de las organizaciones sociales, clubes de barrio y distintos centros comunitarios y vecinales no se hizo esperar: en sus registros, sin la estructura de poder formalizarlos, la cifra asciende los 360 mil.

Ahora, lo que resulta interesante es que en ese número bajo y dudoso que presenta el gobierno nacional, lo que le toca a la provincia de Santa Fe y a Rosario es demoledor. Tanto que ni *La Capital* pudo minimizarlo, aunque claro que le dio una vuelta de tuerca. El 21 de abril de 2026, leemos en un titular “Rosario frente a una cifra dramática: ya hay 800 personas que duermen en la calle”. La bajada del copete focaliza en la provincia, “El relevamiento del gobierno federal ubicó a Santa Fe como la segunda provincia con más personas en situación de calle”, y luego llega el remate que pateo la pelota al gobierno nacional: “En Rosario alertan por el impacto de la crisis y la falta de políticas nacionales”.

Y sí, el gobierno nacional es responsable y su propio relevamiento lo acusa: el 60% del crecimiento de personas en situación de calle se sitúa en los últimos dos años. Una dinámica que en mayor o menor medida se replica en cada provincia. En Santa Fe, dice este informe, hoy viven 1.328 personas en situación de calle, un 59% más que hace dos años.

Pero no todo es culpa del gobierno nacional. Frente a este panorama cobra otra importancia el dato que presenta Tejido Urbano sobre la provincia de Santa Fe en relación a los fondos

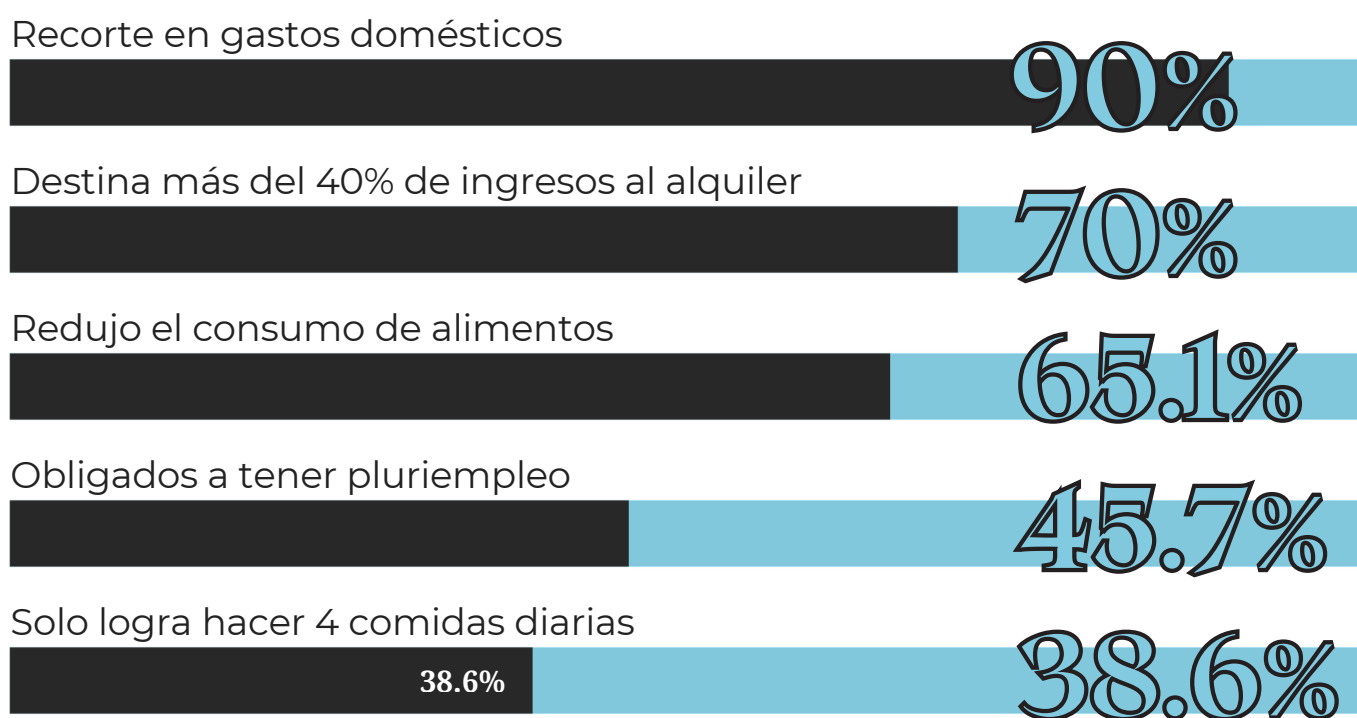
FONAVI. Dice el informe: “En 2024, el gobierno nacional giró en concepto de transferencia de la Ley 24.464 uno 327 mil millones de pesos”, y luego explica formas de aplicación posibles, “Si uno contabilizará la cantidad de viviendas que se podría hacer, a razón de 75 millones cada una, se podrían hacer 4.360 o si se contabilizaran a 55 millones cada una, unas 5.947. Es decir, en términos generales las provincias incluyeron fondos propios para poder realizar más viviendas”. A partir de este punto, Tejido Urbano registra que Santiago del Estero y Córdoba son las provincias que en términos absolutos y relativos más aportaron al fondo, y de esta manera, “Santiago del Estero construyó seis veces más viviendas de las que podría hacer con aportes solo del FONAVI. Córdoba realizó cinco veces más viviendas. Le siguen las provincias de La Rioja y San Juan con una cantidad de viviendas significativas”.

¿Adivinen en qué grupo entra la provincia de Santa Fe? No solo hay registros que dan cuenta de una provincia que es de las que menos política habitacional tiene, sino que, para más, es de las que construyó menos viviendas de las que se podrían haber construido con los fondos FONAVI. ¿Se entiende? No llegaron ni siquiera a hacer el total de viviendas que los fondos garantizan.

La precarización de la vida

Fuentes: IPEC / INDEC / Inquilinos Agrupados / SRT / Somos Corta / Cuadros tarifarios (EPE, Litoral Gas, Aguas Santafesinas)

EFFECTOS DEL COSTO DEL ALQUILER EN LOS HOGARES



Dato complementario: El 17.2% de los inquilinos se vio forzado a mudarse por no poder afrontar los gastos.

Apenas asumió Milei en diciembre de 2023 devaluó un 54% e incrementó el tipo de cambio un 118%, uno de los giros más altos e impactantes de la historia argentina que, junto a otras medidas, devino en inflación dolarizada y estanflación.

Estos dos años libertarios se caracterizan por los vaciamientos en educación, cultura y salud. Se bajaron programas sociales imprescindibles; se cerraron museos e instituciones, y las que aún funcionan están en pausa. Quedaron inactivos hospitales, mientras que otros funcionan pero con reducción de atención y disponibilidad al mínimo; el Hospital Nacional Bonaparte y el Hospital Garrahan quedaron como protagonistas de la lucha, por la campaña de desprestigio impulsada sobre sus trabajadores. Esta enumeración caprichosa y mínima no le hace justicia al impacto profundo. Porque son definiciones que se presentan como políticas y económicas, pero en verdad responden a una voracidad ideológica. Las fotos más brutales de esta violencia nos la da el ataque consistente a los jubilados y discapacitados, que incluye represión, hostigamiento público, humillación y abandono literal en medicación y cuidados.

La Libertad Avanza eligió como enemigos a los sectores vulnerables, a las economías populares, y sí, a las mujeres. El desfinanciamiento de la línea 144 o del programa Acompañar aparecen como ataques directo a las políticas de género, pero el corte de otras políticas sociales, con alto impacto en los barrios, también terminan siendo un golpe a las mujeres y las infancias: toda la estigmatización sobre los comedores populares, el cierre del registro, la interrupción del envío de alimentos (mientras se pudrían en depósitos).

26.213 empresas cerradas

Datos nacionales comparativos noviembre 2023 a marzo 2026 | Informe SRT

160 empleos x día

Perdidos entre nov. 2023 y dic. 2025 | FCE

Según datos de la Superintendencia de Riesgos del Trabajo (SRT), desde noviembre 2023 a marzo 2026, a nivel nacional se cerraron 26.213 empresas; entre noviembre 2023 y diciembre 2025, se perdieron más de 290.000 empleos. La FCE informó que la industria perdió 160 empleos por día. La provincia de Santa Fe, según informa el Centro de Economía Política Argentina, perdió 2.900 empresas y 18.000 empleos formales en la era Milei. Para la SRT, en su último informe a marzo 2026, Santa Fe es la tercera provincia entre las primeras tres más complicadas (seguida por Córdoba y Buenos Aires)

Provincia de Santa Fe

2.993 empresas cerradas 18.000 empleos formales

Perdidos entre nov. 2023 y dic. 2025

En marzo 2026, el INDEC difundió las cifras de empleo del último trimestre de 2025. La tasa de desocupación en el Gran Rosario alcanzó el 6,5%, mientras que en el Gran Santa Fe se ubicó en 4,7%.

Tanto a nivel municipal, provincial y nacional, los datos que comprenden ese informe consolidan una tendencia: lejos de las viejas formas de medir empleo y desempleo, son la subocupación y la informalidad los que sostienen los números en cierta estabilidad para medir el trabajo activo, al mismo tiempo que se hunden las cifras en cuanto a calidad y condiciones laborales, por ende, calidad y condiciones de vida.

En mayo, el Instituto de Investigaciones Económicas de la Facultad de Ciencias Económicas y Estadística de la Universidad

Nacional de Rosario también presentó un informe sobre empleo y el Gran Rosario aparece en rojo: “más de la mitad de la población de 18 a 24 años figura como inactiva: personas que actualmente quedan fuera del empleo y de la búsqueda laboral”, concluye un artículo de *Saber Más Santa Fe*.

El Observatorio Económico de la Federación Gremial del Comercio e Industria (Fecoi) presentó un relevamiento de situación sobre los comercios rosarinos: solo durante el mes de abril, el área central de la ciudad (es decir, el área donde el gobierno municipal concentra su agenda), tuvo un 8% de desocupación de locales. El informe subraya la gravedad de la cifra que se ubica en los niveles de vacancia registrados en 2022, salida de la pandemia.

AUMENTOS QUE VAN EN AUMENTO

Antes de ver los aumentos en servicios y transporte a nivel local, es importante recordar de dónde partimos. Desde que asumió Milei al último trimestre de 2023, el salario mínimo apenas se incrementó en un 106%, la jubilación mínima un 139%, empleados de comercio actualizaron en un 153%. En cuanto a lo local, el incremento salarial entre municipales promedia el 188%. Ya hablamos de la devaluación con la que inauguró este gobierno y su ajuste cambiario, lo que nos marca que aún dos años después no hubo recuperación en ninguno de los sectores mencionados.

Rosario terminaba el 2023 con un boleto de colectivo a \$240. Estamos en junio del 2026 y el boleto hoy se paga \$1720. Es decir, un aumento del 617%.

Siempre tomando desde el inicio del mandato de Milei hasta nuestros días, la Empresa Provincial de la Energía (EPE) lleva un aumento que va, según sus tres categorías de usuario (menores ingresos, medios y altos ingresos), desde 500% a 700%, y esto no es

un tope, digamos, va en aumento. Las actualizaciones tarifarias pasaron a ser mensuales durante 2025, y para que nos demos una idea solo en el primer cuatrimestre de 2026 acumularon subas adicionales de entre el 24% y el 34%. Podemos agregar como una nota al pie cómo, para más, muchas de las nuevas edificaciones son totalmente eléctricas, lo que el impacto en el bolsillo puede ser mayor.

Para hablar de gas tenemos que empezar por un final que está aún en suspenso: mientras que los diputados aprobaron modificar el régimen de zonas frías, los senadores lo demoran bajo la intensa presión del gobierno nacional que lo tiene como prioridad. En Rosario esto importa porque, de terminar de aprobarse, estas modificaciones traen aumentos que, según el rango del usuario y como un mínimo posible, impactaran del 30% al 50% en las boletas de Litoral Gas. Esto sin contar todos los aumentos ya acumulados, que superan el 400% desde finales de 2023.

El aumento de Aguas Santafesinas entre las fechas que venimos tratando alcanza el 1000% en promedio, es decir, puede superarlo en ciertos rangos. En marzo de 2026 se presentó un nuevo esquema tarifario y Cristian Latino, gerente general de la empresa, entrevistado en el programa *De 12 a 14*, declaró que hay un 30% de usuarios, aproximadamente, que tienen el medidor instalado, lo que hace que este sistema sea el más justo para controlar gastos mensuales y hasta reducirlos. Este estímulo tiene letra chica: el costo del medidor supera los ciento cincuenta mil pesos, pero Latino afirmó que la empresa ofrece cómodas cuotas sin interés. Más allá del medidor, lo que importa acá es la modificación anunciada: “El nuevo esquema abandona la fórmula utilizada desde 1995 para pasar a cobrar según los costos reales de producción del agua potable y de distribución”, se lee en *Rosario3*.

SALARIO MÍNIMO Y OTRAS PROYECCIONES - JUNIO 2026

Según lo dispuesto por el gobierno nacional, el salario mínimo para nuestros días otoñales de 2026 está fijado en \$367.800 para trabajadores mensualizados, con un incremento de \$4.800 respecto de mayo. Como ya fueron fijados los aumentos, podemos saber que para julio será de \$372.400 y para agosto \$376.600. Para los trabajadores jornalizados, el valor de la hora quedó establecido en \$1.839.

“En el 1° trimestre de 2026, el ingreso promedio per cápita familiar del total de la población que releva la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) fue de \$728.008”, anunció el INDEC el 25 de junio. Pero hay un dato todavía más relevante de la misma fuente anunciado el mes anterior: la mitad de los argentinos vive con menos de \$450 mil mensuales, lo equivalente a \$15 mil por día, y la mitad de los trabajadores asalariados percibe un ingreso inferior a los \$850.000.

Cuando escucho “ciudad cultural” agarro mi billetera

Por Bárbara Pistoia / Periódico *El Eslabón*

Hay una escena mítica en *El dinosaurio y el bebé*, la imperdible entrevista/documental que reúne a Fritz Lang (el dinosaurio, con más de cuarenta películas en su haber y ya casi bordeando el retiro) y Jean-Luc Godard (el bebé, con treinta y siete años al momento de este estreno —1967— y casi llegando a su primera década como director activo). La escena burla la instrumentación de la cultura desde un parafraseo: “Cuando escucho la palabra cultura, saco mi factura”. Para que nadie dude, el parafraseo se hace explícito: “Hace muchos años, unos años terribles, los nazis decían revólver en lugar de factura”.

Puede parecer que esta escena no tiene nada que ver con lo que este texto convoca, pero sí, porque por tiempo y espacio lo resume todo. ¿Dijimos 1967? Hagamos un breve viaje hacia atrás antes de volver al futuro.

En 1961 se publicó *Muerte y vida de las grandes ciudades*, el libro que se considera la obra maestra de la planificación urbana. Para sorpresa de nadie, la autora es una mujer, la gran y brava Jane Jacobs. Entre las mil maravillas que registra, acusa, profetiza con una destreza intelectual y política admirable, Jacobs da cuenta de una ruptura social que comienza en una privatización del espacio público que no es explícita, lo que la vuelve más peligrosa, y que a su vez distorsiona la posibili-

dad de reconocer qué es y qué no es espacio público.

Por ejemplo, las peatonales. Esas cuadras que parecen convocantes pero en la realidad terminan siendo centros comerciales a cielo abierto. Cuadras y cuadras llenas de comercios a un lado y a otro, los que, en cierto punto, quedan destinados al auge y decadencia de la peatonal. Ubicadas en zonas céntricas y bancarias, la utilidad comercial se ajusta a los horarios laborales: no serán lo mismo el lunes a las tres de la tarde que un sábado a esa misma hora. Y la multitud del lunes, a su vez, las transita bajo el vértigo de su rutina. Gente que va y viene del trabajo a la casa o a la universidad, a buscar a sus hijos o llevando a sus hijos a otras actividades, gente que va y viene y, en el mejor de los casos, puede resolver algunas compras de manera automática en ese ir y venir en un contacto comercial que está a un abismo de construir cultura de confianza (lo que podemos empezar a pensar a partir de la década del ochenta de la mano de Ray Oldenburg con la idea de “terceros espacios”, esos espacios esenciales para el lazo social no mediado, no interesado, no especulativo). Esta doble vida de las peatonales luego terminan necesitando inyecciones de “vitalidad”: ¿les suena “La noche de las peatonales”? ¿Qué tanta vitalidad comercial y social realmente inyectan estas noches? ¿O son solo una postal linda para los reels oficiales que se filman con drone?

Ah, qué lindas son las ciudades miradas desde arriba: no hay veredas rotas, no hay luces quemadas, no hay árboles ni plantas agonizando, no hay olor a pis, no hay basurales a la vista, no hay una seguidilla de locales vacíos en oferta ni otros abandonados esperando un hada madrina de la especulación inmobiliaria para hacer su gracia. No hay gente durmiendo, solo hay gente consumiendo y participando. De abajo, las calles acusan historia; de arriba, una fiesta que confunde masividad con popular.

Con Jacobs descubrimos una planificación urbana que toma el

espacio público en pleno control de tu tiempo no laboral, de tu ocio. Un ocio que, a conciencia o no, no puede pensarse por fuera del consumo, de lo útil y productivo. Hoy podemos decir que tu tiempo de ocio también le sirve a las municipalidades para subir contenido en redes: una tarde estás tomando mate en la costanera, y antes del anochecer, pum, estás en un reel oficial.

Los planteos de Jacobs son revolucionarios porque están en gran medida adelantándose. Hace un diagnóstico urbano profundo, aún en plena época dorada del capitalismo, y con crudeza empieza a comprender consecuencias que hoy las tenemos totalmente naturalizadas. Tanto que nos cuesta verlas como parte de los muchos problemas que tenemos que resolver social, política y culturalmente. La pregunta es si en verdad contamos con la cultura para resolver algo, y focalizo en la cultura porque es la que motoriza el urbanismo moderno: la gentrificación (un término que nace a principios de los sesenta en Londres, de la mano de la geógrafa Ruth Glass, y que, para definirlo fácil y a toda luz, sin matiz, cito a Jorge Sequera Fernández: “La gentrificación es la expulsión de gentes, prácticas y saberes de un territorio concreto a través de la reinversión de capital público y/o privado y la incorporación de una población con mayor capital económico o cultural. Tiene lugar en áreas urbanas populares cuya renovación está íntimamente relacionada con la especulación inmobiliaria, el desplazamiento de la población más humilde y la conversión en zonas de moda frecuentadas por personas con un alto capital económico y/o cultural”).

Vivo en Rosario hace poco más de un año y una de las primeras cosas que tuve que aprender es que acá la cultura independiente, al menos la que predomina en medios y conversación (no tan) pública, lleva logo de la municipalidad también. Más aún, aprendí que podés describirte contracultural teniendo cargos en la ges-

tión, plantas permanentes, trabajando en los medios principales, que prácticamente son todos el mismo medio, o sea, podés describirte así y actuar como vocero oficial sin ruborizarte pero enojándote si alguien, una porteña, te marca la contradicción, lo imposible, lo surreal de esa comprensión.

Las mismas personas que reclaman por falta de espacios y oportunidades culturales ovacionan la maquinaria de eventos multitudinarios sin entender que una cosa no es sin la otra. Ovacionan, participan, y yo no digo que se inmolen, porque hay que trabajar y culturalmente es una misión casi imposible hacerlo en Rosario por fuera de la municipalidad, pero una cosa es trabajar y otra hacerle propaganda activa a la misma estructura que complica tu desarrollo, tu existencia, tu práctica, entre otras tantas tragedias. Claro, muchas de esas tragedias colectivas se resuelven individualmente, y entonces la cosa va funcionando.

Por supuesto, salvo excepciones, la crítica cultural brilla por su ausencia, y con mucha tristeza es fácil confirmar que en gran medida por autocensura, por voluntarismo, por clara comodidad en esta forma de subsistencia que favorece a todos los procesos de desplazamientos que impulsan los gobiernos gentrificadores. “Cuando la cultura se ha convertido en el principal instrumento del capitalismo avanzado, ¿tiene sentido plantear la necesidad de una nueva relación entre política y cultura? Podemos argumentar que sí, siempre que violentamos el sentido mismo de esas dos palabras, llevándolas más allá de la gestión cultural, pública o privada, que administra bienes y productos considerados culturales”, agita Marina Garcés, y es casi mi oración de cada noche antes de dormir. Un rezo al Paraná.

La solución individual al problema social es parte de los efectos de una urbanización que ve a la ciudad como mercancía y a la vez como aliada para poder hacer negociados en paz. La gentrifi-

cación no solo impulsa los desplazamientos, sino que estimula esa desafectación social: ciudadanía dispersa, entretenida, participativa pero no involucrada.

¿Para qué se quisiera hacer un parque acuático en un espacio público que ya funciona social y culturalmente? Más aún, ¿para qué imponer un entretenimiento con horario y valor de entrada donde se puede mejorar libre y gratuitamente lo que ya acontece social y culturalmente? Negocios, claro. Espectacularización de la obra pública, sin dudas. Pero también, de nuevo, controlar tu uso del espacio público porque es la forma de mediar tu relación con tu entorno, con tu barrio, y sobre todo, con tu vecino, con tus pares, con los que podés reconocer y abordar como social lo que estás cómodo resolviendo individualmente.

El concepto de Oldenburg es clarísimo sobre la importancia de los terceros espacios: esos lugares que no son ni tu casa ni tu trabajo y que operan como espacios de encuentro que posibilitan el acontecimiento. Es decir, no cuando funcionan exclusivamente mediados por el consumo obligatorio, las programaciones estratégicas, el control institucional y la ambición por armar un relato y/o una estética. Esto no niega la condición comercial de algunos de esos lugares que dependen del consumo para subsistir (librerías, bares, clubes de barrio, sociedades de fomento), lo determinante acá es que sus necesidades comerciales no jerarquicen la interacción ni la dirijan.

En 1968, Henry Lefebvre publicó *El derecho a la ciudad*, y en 1974, *La producción del espacio*, otros dos indispensables, bíblicos. Con Jacobs, la santísima trinidad. Lefebvre también se adelanta: apenas empezaban los incendios en el Bronx para volar a los negros y latinos cuando él ya le anunciaba a la humanidad que su principal enemigo no serían los robots ni los aliens, sino las inmobiliarias. También advertía del vocabulario: las ciudades ya

no se vivirán, se habitarán, todo pasará a ser una experiencia porque ya no habrá ciudadanos, sino usuarios, y entre las muchas definiciones que alumbró, mi favorita: las hegemonías no son solo las corporaciones, también son las comunidades culturales.

En 1984, plena era Reagan, con una Nueva York ya totalmente sumergida en los procesos de desplazamientos, se funda el relato gentrificador y lo reconocen la periodista Cara Ryan y la historiadora y crítica de arte Rosalyn Deutsche a partir de lo que ocurre en Harlem y Brooklyn. Como un patrón, el relato arranca hablando de zonas abandonadas, tierra de nadie, de las grandes definiciones políticas de salir a recuperar las calles (¿de quiénes, de qué?, más aún, ¿quiénes, por qué, para qué dejaron abandonadas esas zonas en caso que realmente lo estén?), y un florecimiento de conceptos que van de “polo gastronómico” a “ciudad/capital cultural”, y otros por el estilo.

Cuando escuchás “ciudad cultural”, cuando escuchás “abandono”, “ruinas”, “recuperación”, lo único que tenés que saber es que hay algunos sectores facturando. Tal vez, incluso, sin talonario, ya sabemos cómo es esto (el que no sabe puede preguntarle a Manuel Adorni, ja). Pero hay algo más que tenés que saber, y es que vos también tenés cosas para agarrar: tu billetera, seguramente —más temprano que tarde— los anuncios de alquiler, o un nuevo plan de ocio porque el río, la plaza, la costa, la escalinata, el aire libre ya no será tan libre y tendrás que pagar una entrada, o tendrás que ir en determinado horario, o vas a ir para leer un rato tranquilo y (como ya te viene pasando mucho) vas a tener que convivir constantemente con espectáculos con el logo de tu municipio.

Y voy a ir un poco más allá, porque hay algo que la discusión por el derecho a la ciudad no puede ni debe perder de vista: cuando escuches “ciudad cultural”, “zona abandonada”, “recuperamos estos espacios, estas calles”, también agarrá fuerte

tu alma, tu formación sentimental, tu memoria. No vienen solo a materializar negocios, sino que vienen por tu tiempo, tu energía, tu alegría de vida, tu proyecto de vida. Porque la gentrificación se planifica en torno a una pregunta fatal: quiénes son útiles a la productividad de la ciudad.

Útiles y bellos. La precarización y el racismo disfrazado. Lo que en los noventa era un florecer de parripollos, lo que se resolvía con una ventana a la calle vendiendo toda clase de chuchería o levantando el portón del garage venido a menos para hacer un almacén, hoy está disfrazado de otra cosa: de la cervecería artesanal a la invasión de pistacho, cafeterías de especialidad y pastelería seriada, clubes de [inserte aquí el consumo cultural de moda]. Emprendimientos para clases medias y comunidades culturales que, luego de haber participado activamente de ciertos desplazamientos, empiezan a ser desplazadas; mientras que los históricamente desplazados son maltratados por las policías municipales mientras intentan juntar el mango vendiendo pañuelitos, medias, panificados en una esquina.

Estamos en “la era de la glaciación suave, de la anestesia continua y ligera con recreos organizados, pensamientos dirigidos y vidas en migajas, y además cantidades de objetos para aturdirse, impedir la sorpresa, el paso lateral, la puesta a distancia efectiva en el instante”, escribe Anne Duffourmantelle, y dialoga directo con Marta D. Riezu: “El infierno es un lugar donde todo es moderno, atractivo, fácil y entretenido”. Y aunque esto sería otra nota, dejame decirte que no solo la ciudad cultural es un infierno, sino que en un pestañear se pasa de la ciudad cultural a la ciudad punitivista.

Como me dijo Tomi Monteverde la otra noche en *Factos*: vengo del futuro. Quien quiera oír, que oiga. La Rosario de hoy está viviendo el mismo aceleramiento que vivió la Buenos Aires de

Larreta, pero que arrancó bastante antes, con Macri de intendente y Lombardi de ministro de cultura. Dos ciudades que replican todo lo que esos libros de los sesenta a los ochenta ya advertían. De manual. Buenos Aires ya está saturada, de espaldas al río, todo cemento, casi sin espacios verdes, con servicios que no pueden cubrir la demanda básica, y una crisis habitacional que aporta grosor a la pobreza planificada.

Rosario está iniciando su aceleramiento, pero parece estar a tiempo. Tal vez la pulseada por la torre en el casco histórico, el delirio del parque acuático y las más de treinta y dos mil viviendas vacías (mientras crece el número de familias viviendo en la calle, porque no acceden a un alquiler, aún teniendo ingresos fijos) despierte lo que haya que despertar para torcer el destino fatal. Para romper el hechizo maniático de mirar a Buenos Aires aspiracionalmente. Para entender que esa cercanía de Rosario, que se canta felizmente, merece pensarse en términos políticos, sociales y culturales, porque si no, más que hit, será su hecho maldito.

Publicado originalmente en *El Eslabón*
Edición impresa del 16/05/2026

GPS para ciudades extraviadas

Por Bárbara Pistoia | *Redacción Rosario* (versión ampliada)

La seguridad sobrevuela las agendas latinoamericanas y parece ser el tema que, a diferencia de otros tiempos, hoy define las elecciones. Es interesante para los que solo saben leer la política en modo buenos versus malos cómo se les complejiza el panorama, no porque alguna vez haya sido simple, sino porque obliga a salir de la propia comodidad y caja de zapatos ideológica que se reduce a repetir ideas “correctas” a la propia posición. Una comodidad que hace clímax en las falsas dicotomías mano dura o garantismo, punitivismo o impunidad. No importa cuánto discurso se promueva ni cuánto show se haga reviviendo el viejo, fracasado y súper *yankee* “ley y orden” (ese lado B a la vieja, fracasada y súper *yankee* “guerra contra las drogas”), tampoco importa cuánto bukelismo imiten (berretas): la seguridad no se resuelve ahí.

La seguridad es tan compleja y esencial para el bienestar social que no solo es tema de fuerzas, tampoco es solo de economías, cultura, educación, ni siquiera es de oportunidades. Parece muy básico decirlo pero es algo muy olvidado en la discusión pública: hablar de seguridad es también hablar del proyecto de vida, lo que nos lleva irremediabilmente a hablar de cómo hacemos a nuestras ciudades, que son donde suceden y se desarrollan —o deberían poder suceder y desarrollarse— los proyectos de vida de cada uno de nosotros. Y claro, a su vez, este abordaje nos pone en el centro de

las responsabilidades, porque nos recuerda a cada uno de nosotros que no debemos olvidar que ese proyecto de vida es también parte de un entramado mayor del que participamos desde una individualidad que nunca existe ni hace nada por sí sola, una individualidad que no inventa ni genera desde cero. Dicho de otra forma: pensar cómo hacemos nuestras ciudades es también pensar cómo equilibramos la convivencia entre el yo y el nosotros. Nada que *la comunidad organizada* no nos haya enseñado, y valga como ejemplo: no nos lo enseña como novedad, sino como una revelación otra, basándose en las muchas formas anteriores que esa filosofía, conceptualización, estudio cultural, ideario político, y tanto más que es en sí misma, fue narrada con distintos nombres a lo largo de la historia.

Entonces todo proyecto urbano, que como tal es un proyecto de vida, comprende la importancia de la construcción individual como la comunitaria. Individual que no es individualismo, comunitario que no es colectivo, mucho menos corporativismo, tal como lo colectivo se ha ido manchando los últimos años a medida que fueron estimuladas las endogamias, la comunicación sesgada, o mejor aún, justamente, “el causismo” —la militancia por causas aisladas, por consignas, por tendencias globales, etcétera—.

Es muy alto el costo que pagamos al romperse esta sinfonía de comprensiones. Por supuesto que esa rotura no es algo nuevo, y es necesario atender que el desafío nos enfrenta a problemas, discontinuidades y desigualdades tanto estructurales como para nada azarosas, para nada ingenuas. Desorganizar la comunidad, desequilibrar la convivencia del yo con el nosotros es estrategia. Pero también sería muy funcional al poder concentrado quedarnos, como es habitual en la crítica al neoliberalismo, con el pesimismo y la sensación de que todo está perdido. Primero, porque no es así, es evidente que, mientras haya vida en este mundo,

habrá otras formas de hacer vida y hacer al mundo vivible. Pero segundo por lógica política: ¿quién quiere dar batalla en un mundo que ya no tiene arreglo? ¿Por qué alguien saldría a poner el cuerpo si tiene toda una artillería narrativa que le dice que el mundo está roto al mismo tiempo que le dice que es revolucionario buscar refugios y consumos culturales en común? ¡Ah, cada vez que alguien dice que ir al cine es un acto político nacen diez templos evangélicos en nuestros barrios gentrificados donde antes había cines y hasta donde no hace mucho había supermercados! No es que ir al cine no sea un acto político, es que no podemos vivir de lo simbólico, banalizar lo simbólico y lo político, cuando la opresión, la precarización, la censura, nuestros recursos, cuando nuestro proyecto de vida está en peligro.

No son estas preguntas ni conclusiones cómodas en un libro sobre un escenario cultural en crisis, pero son observaciones necesarias porque la crítica anestesiada tiene muchas formas de aparecer demandante frente a otros mientras que se narra con complacencia a sí misma, y hasta puede darse el lujo de reclamarle a otros que salgan a la calle a defender derechos propios de su clase aunque esos mismos otros —que están recibiendo la demanda de salir a pelear por el mundo perdido por el que nadie quiere pelear— nunca se aproximaron a esos derechos.

No solo hemos visto y vivido otras formas políticas de ciudad, sino que tenemos la obligación de volver a reproducir esas otras formas, aunque lo que nos toque lograr con lo poco que tenemos sean apenas unas bocanadas de aire. Porque luchar nunca es una meta, es un pasaje de sembrado constante, continuo, y como tal, es un acto a ciegas, de confiar en la tierra, en la semilla, en el clima: es un acto de fe. Pero la fe también es un ejercicio crítico.

Para llegar a sembrar tenemos que permitirnos creer en las bases sobre las cuales fue y aún es posible todo —reparar, cons-

truir, descartar, romper de raíz lo que haga falta para darle espacio a algo distinto y más—. Bases sobre las cuales es posible todo salvo la perpetuidad de lo fallado o de lo que ya sabemos que no ha funcionado, todo salvo la práctica que toma como algo fijo la noción de la tradición y construye desde ahí ideas cerradas de lo que es el individuo y lo que es la comunidad, para luego consolidar imaginarios nacionales excluyentes, jerárquicos, despersonalizados. Porque en esa maniobra es que aparecen otras disyuntivas: ¿quién va a querer pelear y hacer obra por lugares que, rehenes de gobiernos, perdieron su historia, su memoria, su voz? ¿Quién va a sentirse parte de los lugares que nace o que elige para vivir si esos lugares están siendo dirigidos con plantillas globales, efectistas, resultadistas? El proyecto urbano es proyecto de vida y ni uno ni otro pueden pensarse mirando las ciudades desde drones. Cada imagen multitudinaria desde un drone que recorre un puñado de cuadras que se usan para hablar de toda una ciudad y toda una realidad me recuerda a una escena de *BoJack Horseman* en la que el caballo suspira entre luces, música fuerte y un montón de gente, que nada es más solitario que una fiesta. Nada es más solitario que una ciudad vista desde arriba, es la ausencia total de la gente aunque se vean cientos de miles de cabecitas moviéndose como hormigas. Un *Buscando a Wally* populista, ja.

Leyendo las ciudades por abajo, por fuera, desde los márgenes al centro, entendiendo que el corazón es la comunidad y no una zona, podemos dimensionar al menos una porción mayor de las tantas capas que hacen a la seguridad, y no solo de ellas, no solo de la comunidad, sino de nosotros y nuestros sueños: y no, no es una oración romántica, es material.

Quedarnos en las fuerzas, en la economía, cultura, educación, oportunidades, y demás en esa línea, no hace más que atomizar la propia estructura que la ejecuta y profundizar la inseguridad de

manera incomprensible frente a estas miradas reduccionistas. Que nadie con mala gana me lea de costado, quiero ser explícita: esto no quiere decir que las fuerzas, economía, cultura y educación no importan en materia de seguridad, esto quiere decir que no es suficiente si se piensan por separado, y aún si se integran, porque a toda esa enumeración le está faltando algo clave, que no puede pensarse en la generalidad ni en la globalidad, porque requiere de las particularidades de cada territorio. Tal vez por eso importa tanto votar gobiernos que conozcan el territorio en toda su totalidad, en su historia y actualidad, pero también en la idiosincrasia, en el deseo: el territorio es biografía social, lo mínimo que uno necesita conocer para gobernar.

No estoy diciendo la zoncera clasemediera, ilustrada, cómoda, del “vota bien”, porque con la corrección política no se hace una ciudad ni se solventa ningún proyecto, más bien al contrario. Estoy hablando de cómo una comunidad que aspira a una individualidad saludable y una convivencia segura debe exigir al arco político todo, más allá de afinidades partidarias, una idoneidad, un conocimiento y una sabiduría propia, así como también una sensibilidad afectiva propia, de lo que su territorio dice, muestra, exhibe, demanda, sueña, etcétera.

Empecemos por un principio conceptual: las ciudades seguras son, ni más ni menos, ciudades vivibles. La idea parece obvia pero nos está hablando de otras cosas. En nuestra actualidad, nuestras ciudades están a un abismo de ser vivibles: no solo estamos viviendo en ciudades cansadas, sino que vivimos en ciudades que producen cansancio. Una ciudad cansada es una ciudad extraviada. La idea de extravío tiene mucho de metáfora, pero es también material, porque tiene efectos que no solo rompen una planificación justa e igualitaria, equilibrada entre lo sostenible y el dinamismo que toda ciudad necesita, sino que es un camino insosla-

yable a la autodestrucción.

Por supuesto que una ciudad no se extravía sola. El extravío es consecuencia política. La política —sustantivo, adjetivo, ejercicio— impulsa ese destino. Entonces, si una ciudad tiene una sola forma de extraviarse y es cuando su ciudadanía está cansada, ¿qué destino —qué seguridad, qué proyecto de vida— podemos esperar de ciudades que producen cansancio? El cansancio social habla del estado del Estado. Bíblico: el fruto habla del árbol.

Por eso suenan tan ficticias las expresiones del tipo “volvió Rosario” o “recuperamos las calles”. Recuperar una ciudad no tiene nada que ver con eventos multitudinarios ni anuncios espectaculares. La espectacularización, y acá vale también decir la épica, siempre es un tiro al pie no solo porque son formas insostenibles, sino porque son formas ajenas a lo que las ciudades necesitan. La Favorita es tal vez el ejemplo más brutal que tenemos por estos días. Punto para *Factos!* que recuperó del archivo a un Javkin diciendo que “recuperar” La Favorita era el símbolo de la “recuperación del centro”. Bueno, ahí está la esquina emblemática en bancarrota, con órdenes de desalojo, con acusaciones cruzadas, y un silencio sumamente revelador de la Municipalidad. El devenir autodestructivo del emblema termina siendo también el símbolo de una gestión municipal que colecciona erratas.

Son interesantes esas imágenes de archivo que lo muestran a Javkin con La Favorita, porque me recuerdan a otras de Pullaro inaugurando su gestión “a lo Bukele”, lo que nos permite leer una comunicación vertiginosa e irresponsable, pero sobre todo ingenua. Los años de esta dupla municipal/provincial serán recordados como los tiempos en los que la foto corrió más rápido (mucho más rápido) que el hecho político en sí, y la fiesta se armó cuando ni siquiera se sabía el motivo por el cual festejar, dicho de otra forma: cantar el gol antes de tiempo sale mal, y cuando alguien lo

hace lo primero que pensamos es que le falta cancha.

Recuperar una ciudad, o una zona específica, no tiene nada que ver con la espectacularización de la obra pública y el propagandismo que vacía a la cultura hasta distorsionarla como dispositivo de entretenimiento (distractivo, demagógico). Al cansancio social no se lo combate con diversión y sobreinformación manipulada, sino permitiendo que el proyecto de vida se desarrolle. Es decir, la recuperación no se mide en la eventualidad, sino en la cotidiana, en cómo transcurre el día a día, en el ir y venir por la ciudad y en las facilidades y respuestas públicas a los asuntos públicos —en su más amplia dimensión—: desde la mugre y las veredas rotas al rechazo no atendido a un Parque Acuático o a las torres despersonalizadas en un casco histórico, pasando por persecución a la cultura independiente, anfiteatros públicos cerrados, plazas donadas como espacio público entregadas a privados (¿evangélicos?, ja), crisis habitacional con récords de viviendas vacías y permisos de obra concentrados en un par de barrios, ambulancias que no llegan a ciertos barrios o que llegan demasiado tarde, escuelas y universidades deterioradas (y con censura a favor del sionismo explícito), precarización salarial a lo largo y ancho del empleo público mientras que se acrecienta la planta funcionaria, estimulación al destierro, que también puede darse incluso habitando el propio suelo a través del desentendimiento y el desapego a lo local, a través de narrativas adoptadas por la mirada capitalina/nacional, etcétera.

Lo del proyecto de vida es indispensable porque estamos hablando de ciudades que no son planas: el mapa tiene volumen, relieves, curvas y, sobre todo, no es fijo. Decir que hablar de proyecto de vida es hablar de ciudades tiene que ver con que no hay una cosa sin otra en el sentido que el proyecto de vida habla de sus ciudadanos, pero también de la propia ciudad. Una ciudad

sin proyecto de vida, sin reconocer que habrá vida después del tiempo propio (ni hablar sin reconocer que habrá ciudad más allá del gobierno propio), muere.

Desde la Antigua Grecia, incluso pasando por todas las formas económicas que la historia ha adoptado —de las más humanitarias a las más salvajes—, no fue hasta el surgimiento formal de las inmobiliarias durante el siglo XIX que la ciudad comenzó un desapego de ese doble comando que es ser proyecto de vida y, a su vez, que el proyecto de vida sea la razón de su ser. La ciudad está viva porque la ciudadanía vive y desarrolla una vida plena en ella, una vida plena que incluso la trasciende, que dejará efectos en esa ciudad. Cualquier otra dimensión citadina que no se encuentre ahí nos hace llevar toda la conversación hacia atrás, es una conversación que empieza a desventaja y a distancias abismales de su punto cero.

Entonces parece utópico, con esa desventaja y a esta distancia, advertir que las ciudades son productoras de clases medias, una producción que, por supuesto, solo es posible cuando la ciudad no solo no está centralizada, sino cuando sus posibilidades urbanas empiezan desde las periferias al centro, y cuando sus políticas se desarrollan en pos de llevar a los de abajo hacia arriba. En nuestro panorama, que no es nuevo y que ya lo tenemos sumamente naturalizado, parece irrisorio decir que el ascenso social es la promesa uno de las ciudades, pero lo es. Y en cuanto eso no se atiende, no importa cuánto se distraiga, cuántos caramelos, globos y shows se aplaudan, cuántas frases hechas y consignas se lancen con la comunicación más estratégica, cuidada y pautada: el cansancio empieza a sembrarse y en algún momento dará su cosecha. Y no, no será buena la cosecha.

Para que el ascenso social sea dinámico y no segregacionista, la ciudad necesita una presencia del Estado no automatizada, dado

que no todos los barrios requieren una misma forma de presencia. Pero hay dos pilares que sí aparecen como una forma de presencia absoluta. Uno de esos pilares es la conectividad, es decir, transporte público diverso, seguro, de calidad, las veinticuatro horas de los siete días de la semana, llegando a todos lados, con una fluidez que no diferencia zonas, horarios ni días. Paradas y estaciones de transporte activas, cómodas, con propuestas comerciales que puedan cumplir diferentes turnos pero que siempre estén abiertos; si hablamos de estaciones, también deberían contar con espacios de ocio. Pensar las estaciones y las cuadras en las que hay paradas como terceros espacios alternativos. Esto requiere de un nivel de estrategia urbana y de políticas públicas de una complejidad que, a su vez, acusa lo absurdo que es que nos quieran vender que una ciudad segura es una ciudad con Noche de Peatonales que transcurren en paz. Peatonales que el 99% del tiempo quedan a la deriva en una ciudad que el transporte brilla y es protagonista de conversaciones pero no por virtudes, sino por su ausencia, por su ineficacia, su orquestado mal funcionamiento. El otro pilar es la iluminación y la limpieza. La descentralización se funda en una ciudad iluminada y limpia, a la que se pueda llegar en cualquier momento de la semana, a lo largo y ancho.

Dicho de otra forma, a lo Jane Jacobs: las calles no pueden funcionar solo como un tránsito urgente entre la casa y el trabajo, sino que tienen que invitar a que uno esté en ellas, y tanto para el que anda de día como para el que anda de noche, tiene que ser un lugar que permita que la vida de esa persona esté a salvo y tenga todo lo que necesita para su tránsito urbano. En esta sintonía, Eric Klinenberg nos habla de la infraestructura social: las ciudades seguras son las ciudades que se disponen a que la ciudadanía tenga interacciones que, aún mediadas por el lazo comercial, se presenten como una política de cuidado, tanto del otro como de

uno, y de la ciudad misma. Podemos aventurarnos con Klinenberg a un Estado que despliega oficinas y centros sociales, recreativos, culturales, etcétera, por toda la ciudad para que puedan cubrir todos los turnos horarios, garantizando presencia humana y gestión constante: por ejemplo, biblioteca pública abierta veinticuatro horas en una estación de trenes. Bueno, primero, deberíamos tener trenes. Al margen de lo que nunca tuvimos y de lo que tuvimos y perdimos, este despliegue aporta empleo, activa mercados, mantiene las calles despiertas durante las veinticuatro horas y acerca al Estado a una respuesta frente a lo urgente en todos los lugares, no solo en diez cuadras a la redonda del centro o de la zona elegida por el gobierno de turno para destacar sobre otras.

Parece increíble, ¿no? La ciudad segura es una ciudad nocturna, la que garantiza no solo la vida nocturna, sino el acceso a distintas formas y necesidades de pasar esa nocturnidad: la noche no es la misma para el trabajador que para el estudiante insomne, para el que espera en un hospital, para el que trabaja todo el día y los fines de semana y solo tiene libre las noches un día random, para el que llega a la terminal de madrugada, para quien se acaba de separar, para quien extraña a alguien, para quien acaba de encontrar el amor. La noche, las miles de noches que hay en cada uno de nosotros de acuerdo a nuestro día: todas ellas tienen que entrar en una ciudad para que la ciudad sea segura.

Ascenso social, transporte, iluminación, limpieza, llevar la idea de los terceros espacios a un nivel de planificación pública barrial superior: bases descentralizadoras que nos permiten empezar a materializar ciudades más seguras y retomar la cercanía urbana que ya no solo deja de producir cansancio para ahora producir clases medias, sino que produce cultura de confianza.

Por último, pero no menos importante: una ciudad extraviada deja de ver a su ciudadanía, queda definitivamente de espaldas y

a una lejanía que le hace imposible escuchar a sus poetas, a las canciones contemporáneas, le hace imposible mirar y comprender las pinturas, las obras. Una ciudad extraviada vive de espaldas al artesano, a la nobleza de los oficios y al Eros de los hobbies que hablan de una geografía propia, pienso en los pescadores, bañistas, nadadores de la Rambla Catalunya, entre tantos. Una ciudad que mira a su ciudadanía no solo cumple sus promesas básicas, sino que también habilita una economía de saberes locales que aportan valor al mundo y a todas las generaciones. Una economía de saberes epocales que no solo están desarrollando su proyecto de vida a la par del proyecto de vida de la misma ciudad, sino que aseguran un piso para que caminen los que vienen después.

En cambio, la ciudad extraviada es insegura hoy, y es también una forma de inseguridad garantizada a futuro. Porque si la misma ciudad no permite que su comunidad explore y desarrolle sus talentos, y les hace imposible vivir de eso, que sean conocidos por sus contemporáneos, que impulsen la renovación calurosa y afectuosa que toda ciudad viva necesita, que aporten a la sociedad eso que saben hacer al mismo tiempo que dan cuentan de lo que ven, bueno, el mañana está condenado a empezar narrativas rotas, interrumpidas, a repetir errores, y lo menos obvio pero para mí más importante y más complicado luego de revertir: están condenando a las generaciones futuras a desconocer su propia fortaleza, su propia capacidad creadora, y a poner el orgullo local en otro lado.

Como dice el poema de Ursula K. Le Guin: “Llevar la luz / no es un asunto fácil. / Ofrecer flores / es un trabajo de generaciones”. El Estado es responsable de no hacer el asunto más complicado y principalmente de no detener ese trabajo. En tanto, la individualidad tiene su responsabilidad también: preguntarse qué está mirando, cómo lo está haciendo, para qué, porque desde sus res-

puestas puede pensar qué espacios pretende, cómo los ocupa, qué ofrece, cuál es su trabajo generacional. Audre Lorde metería incluso más a fondo el dedo en la llaga y nos diría cómo ponemos en práctica lo que predicamos, eso que decimos ser y creer, siendo a su vez ese poner en práctica lo que revela el interior más profundo, lo invisible e indecible, de todo aquello que va entrando por nuestros ojos, nuestros oídos, el inconsciente, por el deseo (ese indomable al que nunca conoceremos del todo). Entonces, claro que acá también decimos que “el fruto habla del árbol”.

Todas estas ideas que atraviesan la conversación citadina las traigo en general pero no puedo obviar ponerlas en diálogo directo sobre la relación de Rosario con Buenos Aires.

Si de por sí es problemático y grave la manera en la que Rosario mira y atiende a Buenos Aires, el diagnóstico puede rozar lo fatal cuando revisamos que hay un patrón absoluto de mirar y consumir el mainstream porteño en todas sus formas (desde las tradicionales y clásicas a los mal llamados nuevos medios, o nuevas corrientes alternativas, que en todo caso reproducen un conservadurismo a través de nuevas tecnologías).

Ese no hacerse cargo del consumo del mainstream porteño nos permite explicar mucho de la actualidad cultural rosarina, porque no es un consumo pasivo sino que notoriamente define la manera en la que luego se piensa, se crea, se comunica, se gestiona, se participa de la ciudad, en toda esa disposición a desconectar la manera en la que pueden opinar de Buenos Aires y lo nacional pero —en el mejor de los casos— mantenerse al margen respecto a lo local (como si no hubiera formas metafóricas, anónimas, poéticas, seudónimos e imaginarios miles de transgredir la censura, pero para transgredir la censura uno debe antes querer vencer la autocensura, o la funcionalidad que encontramos en ciertas formas espantosas de vivir). Esa forma de pensar a Buenos Aires

desde los resultados e ignorar los largos, penosos y violentos procesos desde los que se lograron un puñado de buenas leyes culturales, que siempre están bajo amenaza y por las que hay que estar siempre listos no solo para salir a comunicar, concientizar, cortar avenidas, copar la legislatura, sino para integrarse con otras luchas; esa forma en la que piensan lo bueno de Buenos Aires a nivel actividad cultural ignorando incluso que algunos de esos procesos fueron con demasiada sangre y muerte, otros productos de hitos generacionales con heridas que nunca cerrarán, como Cromañón, son verdaderos principios de revelación. Y claro, dan cuenta incluso de algo más decepcionante.

Tan decepcionante que hay que decirlo en voz alta para que le quepa el poncho a quien le corresponda, y sepa que nos damos cuenta incluso cuando caminamos a la par, pero sobre todo para que nadie decepcionado se quede en el camino pensando que su sacrificio es en vano y que dar batalla no vale la pena: podemos aventurarnos que desde el inicio de los tiempos siempre hubo y siempre habrá acompañantes de lucha ocasionales, oportunistas, especuladores, acompañantes de lucha que no quieren cambiar las cosas, que solo quieren sacudir lo justo como para que se abra alguna puerta o ventana por la cual acceder. Ahí, el punto exacto en el que la individualidad se desentiende de la comunidad para ahogarse en su individualismo. Pasó, pasa, pasará siempre. Y aún así, también por ellos queremos cambiar las cosas.

Digo todo esto como porteña en Rosario, una porteña que lo sufre a doble mano.

Por un lado, lo sufro porque consumen una Buenos Aires tan diminuta y global que es prácticamente irreal, pero que es a su vez poderosa en el peor sentido del término. Consumen la Buenos Aires que construye su hegemonía, ese unitarismo viejo y para nadapreciado con el que tantos porteños hemos estado lidiando

históricamente porque empieza en nuestras narices, en nuestras oportunidades limitadas, despreciando nuestros barrios, criminalizando y estigmatizándolos, para regodearse en unas diez cuadras de la ciudad en zonas digitadas entre el poder económico y poder cultural. Barrio Parque, Retiro, Palermo (pionero en ser dividido con mil nombres tilingos especulación inmobiliaria mediante y robándole cuadras a barrios vecinos, como Villa Crespo), Colegiales, Chacarita, Recoleta, Barrio Norte devienen en conceptos y relatos no tanto a favor de sí, sino en contra de. Aún así, a lo largo de veinte años (y contando) de macrismo, mucho le hemos ganado desde el trabajo cultural. Las victorias más sólidas y duraderas, vigentes hasta hoy, son las que logramos de la mano del trabajo social, de escuchar a cada actor barrial, desde el vecino hasta el club de barrio, pasando por comercios y demás. Quiero decir, sabiendo que somos solo trabajadores de la cultura, que no estamos por encima de ningún otro trabajador ni ciudadano. Ser trabajadores de la cultura recordando que no somos LA CULTURA es una diferencia sustancial para violentarle los conceptos, los términos, el sentido a la instrumentación que hace la política de la cultura.

Por otro lado, lo sufro como porteña que vive en Rosario y que padece una serie de relaciones y reacciones de las más disparatadas en esa esquizofrenia que se produce cuando miras tu ciudad a través del lente distorsionado y diminuto, con tufo a relatos oficiales, de otra ciudad que, para más, es “la gran capital”. Las decepciones se han sucedido y no tengo dudas de cuántas seguirán, pero también sé que no son las ciudades las que decepcionan, porque somos nosotros los que las hacemos, por eso reaffirmo mi pertenencia a Rosario no solo ya llevándola en el DNI, sino con cada desconocido que se me hizo conocido luego de un tiempo de andar por acá. En cada mesa y sobremesa donde fui

invitada a pensar, a conversar, a divagar sin tener que pedir permiso ni perdón para sumarme a hacer la ciudad más justa, más vivible, más espontánea. De esos encuentros me vuelvo a casa sabiendo que empiezo a hacer una ciudad que no es la que me trajo hasta acá, pero que por momentos —cada vez más extensos y determinantes— pinta ser una ciudad mucho mejor: porque ahí me encuentro a una Rosario que es discutidora, hincha pelotas, irreverente, pasional y que no tiene las manos limpias ni miedo a perder. Hay una Rosario *graciosa y valiente* que muchos rosarinos se están perdiendo y por alguna razón estoy pudiendo vivir a toda luz. Agradecida.

Lejos de cerrar con optimismo, es una expresión de fe política la que cierra esto. Tengo la certeza de que ninguna mezquindad puede detenernos, que al final nos espera una ciudad segura y encontrada, una comunidad organizada. Pero que la espera, que puede ser larga y cuesta arriba, no nos haga ignorar las victorias. Más aún, nadie puede robarnos las victorias, esas invisibles a los ojos de los resultados electorales pero que profundizan desde lo mínimo, del uno a uno, una construcción de conciencia, una formación sentimental sobre cómo hacer ciudad y vivir nuestras ciudades, tan maltratadas por “los desconocidos” que las gestionan.

La garantía de esas victorias es que ninguna llevará la firma de nuestros nombres propios: llevará el nosotros que cosecharon nuestras siembras, incluso las que muchas veces pensamos perdidas. Porque si algo sabemos es que la eterna batalla por el mundo mejor es una batalla a pérdida aunque esté repleta de alegrías triunfales: a pérdida del yo, a pérdida del tiempo propio, a pérdida de toda zona segura, con la pérdida máxima de saber que es imposible ver hasta dónde pueden llegar nuestras flores, nuestros trabajos generacionales, y sin embargo, es eso mismo lo que le da sentido. La no vanidad, la no apropiación de la ciudad ni de la

cultura, la posibilidad absoluta de vivir no por uno solo y su propio tiempo, sino para que todxs tengan una vida vivible, de acá hasta el último amanecer.

Sobre Bárbara Pistoia

Con más de veinte años trabajando en comunicación política, es editora, ensayista y crítica cultural. Entre sus principales temas se encuentran las artes y las culturas populares, el racismo estructural y la gentrificación. Por Editorial Marciana publicó *Una guerra en paz. Comunidad, trabajo cultural y deseo en las ciudades gentrificadas* (2025). Por Gourmet Musical Ediciones publicó los libros *Por qué escuchamos a Tupac Shakur* (2019) y *¡Ay, amor! Un ensayo sobre la cumbia santafesina* (2024). En 2020, para el cumpleaños 60 de Maradona, por Síncopa Editora publicó *Todo Diego es político*, un libro que reúne once ensayos de diferentes autoras, que marcaron una nueva forma de leer la vida y el impacto político, social y cultural del Diez. Colabora habitualmente en diferentes medios y suplementos culturales. Fundó Hiiipower Club, el primer espacio hispanoamericano en historiar la cultura hip hop y funcionar como archivo audiovisual. Entre septiembre del 2018 y enero de 2025 escribió Delivery, un newsletter con las artes y el derecho a la ciudad como protagonistas. Desde finales de 2024 reside en Rosario.

Este libro está compuesto con las tipografías Roxborough CF, Montserrat, Noto y Cocomat Pro. Dos estaciones se necesitaron para crear este libro: empezamos al mismo tiempo que el verano nacía y terminamos promediando un invierno malvinizado, lleno de gloria.



Rosario 2026



Rosario es una ciudad sobrerrepresentada entre el mito y el morbo, dos formas distintas de favorecer a un mismo canon. Un canon que también encuentra en esta dinámica la llave que cierra las puertas a la crítica en presente, a nuevos sonidos e imaginarios, a nuevas voces y visuales, es decir, una dinámica que obstaculiza la descentralización y la posibilidad de resolver lo que el tiempo propio necesita territorial, social y culturalmente. Lo que termina por crear y estructurar un problema político.

En caso de emergencia rompa el cristal, y acá estamos: estas páginas buscan romper el relato único para ampliar una conversación que, por largos y penosos momentos, parece no haber empezado nunca. Una conversación con la Rosario del siglo XXI más allá de lo cómodo y previsible.



DESCARGA LIBRE Y GRATUITA

SINCOPAEDITORIA.BLOG